

ROBERT MUSIL

Las tribulaciones
del
estudiante Törless

SUR



BUENOS AIRES

"Apenas expresamos algo lo empobrecemos singularmente creemos que nos hemos sumergido en las profundidades de los abismos y cuando volvemos a la superficie la gota de agua que pende de la pálida punta de nuestros dedos ya no se parece al mar de que procede. Creemos que hemos descubierto en una gruta maravillosos tesoros y cuando volvemos a la luz del día sólo traemos con nosotros piedras falsas y trozos de vidrio, y sin embargo en las tinieblas relumbra aún, inmutable, el tesoro "

Maeterlinck

Una pequeña estación de ferrocarril del tramo que conduce a Rusia.

Entre los guijarros amarillos corrían, rectas e interminables, cuatro cintas de hierro paralelas en ambas direcciones. Junto a cada una de ellas, como una sucia sombra, la oscura raya del suelo quemado por las locomotoras.

Por detrás de los edificios bajos, pintados al óleo, de la estación, una ancha calle desgastada subía hasta la plataforma del ferrocarril. Sus aceras se perdían en el apisonado terreno que las bordeaban y sólo se las reconocía por dos hileras de acacias que, tristes, se levantaban a ambos lados, con sus agobiadas hojas ahogadas por el polvo y el hollín.

Las exhalaciones de la cansina luz de la tarde hacían que estos tristes colores fueran aún más pálidos, más débiles: los objetos y las personas tenían algo de indiferente, de inanimado, de mecánico, como si hubieran salido del escenario de un teatro de títeres. De cuando en cuando, a intervalos regulares, el jefe de la estación salía de su oficina, miraba con la misma inclinación de la cabeza las anchas vías hacia la casilla del guarda, que seguía sin anunciar la proximidad del tren rápido que en la frontera había sufrido un gran atraso, sacaba luego el reloj de bolsillo, siempre con el mismo movimiento del brazo, meneaba la cabeza y volvía a desaparecer, así como aparecen y desaparecen las figuras de esos antiguos relojes de campanario cuando dan las horas. En la ancha y apisonada plataforma que se extendía entre los rieles y las construcciones se paseaba un alegre grupo de jóvenes, a derecha e izquierda de una pareja mayor, que venía a ser el centro de una conversación bastante ruidosa. Pero ni siquiera la alegría de ese grupo era genuina; ya a los pocos pasos la estridencia de las joviales carcajadas parecía apagarse y caer inmediatamente como vencida por una tenaz, invisible resistencia.

La señora del consejero Törless era una mujer de unos cuarenta años, que ocultaba en ese momento, detrás del espeso velo, los ojos un poco enrojecidos por las lágrimas. Era una despedida, y le pesaba dejar otra vez a su único hijo durante tanto tiempo entre gentes extrañas y no tener siquiera la posibilidad de brindar ella misma su vigilante protección al hijo querido.

La pequeña ciudad estaba muy alejada de la capital; se hallaba al este del imperio, en medio de un campo reseco y escasamente poblado.

El motivo por el cual la señora Törless debía soportar la perspectiva de ver a su muchacho lejos y entre extraños era que en aquella ciudad existía un famoso instituto que ya desde el siglo pasado se levantaba en los terrenos de un piadoso convento, para preservar a la juventud de las corruptoras influencias de la gran ciudad.

En efecto, allí se educaban los hijos de las mejores familias del país para entrar luego en la escuela superior o ingresar en los servicios militares del estado. Y en cualquiera de estos casos, así como para alternar con los miembros de los altos círculos de la sociedad, la circunstancia de haber sido educado en el instituto de w. Era una recomendación muy especial.

Cuatro años atrás esto había movido a los Törless a condescender con los ambiciosos impulsos del hijo y a procurarle la admisión en el instituto.

Esta decisión costó más tarde muchas lágrimas, pues casi en el momento mismo en que el portón del instituto se cerró irrevocablemente detrás de él, el joven Törless comenzó a sentir una vehemente, violenta,

nostalgia por su hogar. Ni las horas de clase ni los juegos que se practicaban en el césped del vasto parque, ni las otras distracciones que el establecimiento ofrecía a sus internos, consiguieron cautivarlo. Apenas participaba en ellos: todo lo veía como a través de un velo, y hasta durante el día necesitaba a menudo esforzarse para ahogar un contumaz sollozo; por las noches dormía siempre sumido en lágrimas.

Escribía cartas a su casa casi diariamente, y tan sólo en ellas vivía. Todo lo demás le parecía borroso, carente de significación, paradas inútiles en su camino, como las cifras de las horas de la esfera de un reloj. Pero cuando se daba a escribir, sentía algo extraordinario, exclusivo; en él se elevaba algo así como una isla pletórica de luz y de maravillosos colores de entre el mar de grises sensaciones que día tras día lo circundaban, frías e indiferentes. Y cuando, durante la jornada, en los juegos o en las horas de clase, pensaba que por la noche escribiría su carta, tenía la sensación de que, pendiente de una invisible cadenilla, llevaba oculta una llave de oro con la cual, cuando nadie lo viera, podría abrir el portón de maravillosos jardines.

Lo curioso era que esta tenaz, consumidora nostalgia que sentía por sus padres tenía algo nuevo y extraño. Antes nunca se le había ocurrido que pudiera sentir tal cosa, había aceptado con gusto la idea de ingresar en el instituto y hasta rompió a reír cuando la madre, al despedirse por primera vez, no podía apartarse de él, en medio de las lágrimas. Y aquello estalló de pronto, en su interior, como algo elemental, sólo después de haber pasado algunos días en el instituto y de haberse sentido relativamente bien.

El pequeño Törless lo consideraba como nostalgia por el hogar, como deseo de ver a los padres; pero en realidad se trataba de algo más indeterminado y complejo. Porque, en efecto, "el objeto de esa nostalgia", la imagen de sus padres, nunca estaba propiamente presente. Quiero decir, ese recuerdo plástico, no ya tan sólo propio de la memoria, sino corpóreo, de una persona amada que nos habla a todos los sentidos y que está presente en todos los sentidos, de suerte que no podemos hacer nada sin percibir a nuestro lado su presencia, muda e invisible. Para el joven Törless, esa imagen repercutía como un apagado eco que sólo se estremecía un instante. Por ejemplo, Törless, a veces, ya no podía representarse la imagen de sus "queridos, queridísimos padres", como solía decirse en su fuero interno. Y cuando intentaba hacerlo, surgía de él ese infinito dolor cuya sensación, con serle dolorosa, se complacía en retener tenazmente; porque sus ardientes llamas le dolían y al mismo tiempo le deleitaban. El pensamiento de sus padres se le iba convirtiendo cada vez más en un mero pretexto para provocarse ese egoísta dolor que, con voluptuoso orgullo, él albergaba como en el retiro de una capilla, en la que, en medio de cien velas llameantes y cien ojos de imágenes sagradas, él esparciera incienso entre los tormentos que se infligía a sí mismo. Pero, cuando su "nostalgia" decreció y fue apagándose paulatinamente, se manifestó con claridad cuál era su verdadera índole. Al desaparecer, no aportó por fin la esperada tranquilidad, sino que dejó en el alma del joven Törless un nuevo vacío, y en ese vacío, en esa sensación de falta de plenitud, reconoció que no se trataba de una vana nostalgia que él había alimentado, sino de algo positivo, de una fuerza del alma, de algo que, con el pretexto del dolor, había florecido.

Pero aquello ya no estaba allí y esa fuente de una primera dicha superior se le había hecho perceptible al desaparecer.

En esa época, las cartas perdieron todo rastro del apasionamiento que antes ardiera en el alma del adolescente, y en cambio contenían menudas descripciones de la vida que se llevaba en el instituto y de los nuevos amigos que había hecho.

Él mismo se sentía empobrecido y desnudo, como un arbolillo que, después de su florecimiento, aún estéril, pasa el primer invierno.

Pero los padres estaban satisfechos. Lo amaban con cariño firme, inconsciente, animal. Cada vez que el joven pasaba unas vacaciones en su casa, la señora del consejero Törless, al encontrarse después en el hogar de nuevo vacío y como muerto, recorría aún durante varios días los cuartos, con los ojos llenos de lágrimas, acariciando aquí y allá con ternura un objeto en el que había descansado la mirada del muchacho o que sus dedos habían tocado. Y los dos, padre y madre, se habrían dejado hacer pedazos por él.

La torpe conmoción y la tristeza vehemente, terca que manifestaban las cartas, los apesadumbraba y les causaba un estado de tensa hipersensibilidad; la ligereza jovial, tranquila, que siguió luego, los puso otra vez alegres y, sintiendo que el muchacho había superado una crisis, le prestaron todo su apoyo.

Ni en una cosa ni en la otra reconocieron el síntoma de un desarrollo interior; antes bien, consideraron igualmente el dolor y la tranquilidad que siguió como una consecuencia natural de las circunstancias dadas. Se les escapó por entero que se trataba del primer intento frustrado que hacía el joven por desplegar sus energías interiores.

Törless se sentía ahora muy descontento y trataba vanamente de encontrar, aquí y allá, algo nuevo que pudiera servirle de apoyo.

Un episodio de esa época fue característico de lo que se estaba preparando en el interior de Törless.

Un día ingresó en el instituto el joven príncipe H., que pertenecía a una de las familias nobles más influyentes, antiguas y conservadoras del imperio.

A todos los demás compañeros les parecieron inexpresivos y afectados sus suaves ojos; y la manera que tenía de echar hacia afuera una cadera cuando estaba de pie, y de jugar con los dedos cuando hablaba, les hacía reír y les parecía femenina. Pero se burlaban especialmente de él porque no lo llevaron al instituto los padres, sino que lo hizo el que hasta entonces había sido su preceptor, un doctor en teología, miembro de una comunidad religiosa.

Pero, desde el primer momento, ese estudiante produjo en Törless una fuerte impresión. Acaso influyera en ello la circunstancia de que se trataba de un príncipe admitido en la corte; en todo caso, era una clase de persona diferente a las que hasta entonces había conocido.

El silencio de un antiguo castillo rural y los piadosos ejercicios espirituales parecían aún emanar de él. Cuando andaba, lo hacía con movimientos suaves, elásticos, con ese no sé qué de tímido apocamiento y de concentración en sí mismo que delataba la costumbre de atravesar en línea

recta y con paso firme salas y salas vacías, lugares en los que cualquier otra persona se desplazaría lentamente, a través de los rincones invisibles de los cuartos desiertos.

Para Törless, el trato con el príncipe constituyó, pues, una fuente de delicados goces psicológicos. Se inició en ese conocimiento de los hombres que enseña, por el tono de la voz, por la manera de tomar la mano, el modo de callar y la expresión del cuerpo cuando se acomoda a un lugar -en suma, por actos apenas perceptibles pero bien significativos-, a reconocer y a gozar la personalidad espiritual de otro.

Törless vivió durante ese breve período como en un idilio. No le sorprendía la religiosidad de su nuevo amigo, que para él, procediendo como procedía de una casa de burgueses librepensadores, era algo enteramente extraño. La aceptó más bien sin pensarlo mucho y, a sus ojos, ese carácter otorgaba al príncipe cierta superioridad, ya que realzaba la condición de ese joven del que Törless no sólo se sentía completamente diferente, sino excluido de toda comparación.

En compañía del príncipe, Törless se hallaba protegido, como en una capilla aislada, separada del camino principal. La idea de que no le correspondía hallarse en tal lugar se desvaneció ante el goce que le producía mirar la luz del sol atravesando las ventanas de la iglesia, y dejó que su mirada resbalase por la superficie del inútil oropel que escondía el alma de aquel ser. Así fue como Törless consiguió un retrato confuso de su amigo, de quien no podía hacerse ninguna idea concisa; como si sólo hubiera esbozado su silueta trazando con el dedo un arabesco bello pero complicado y en absoluto fiel a las leyes de la geometría.

Luego sobrevino, de pronto, la ruptura.

Por una tontería, como debió confesarse a sí mismo el propio Törless.

El hecho fue que un día se pusieron a discutir temas religiosos. Y en ese instante terminó todo. El entendimiento racional de Törless, como obrando independientemente de él, castigó, incontenible, al dulce príncipe. Lo cubrió de burlas y destruyó bárbaramente la afiligranada morada interior de su alma. Y se enemistaron.

Desde aquel momento, ya no volvieron a hablarse. Törless tenía la oscura conciencia de que había hecho algo insensato y un sentimiento poco claro le decía que aquella vara de madera de la razón que él empleara había roto algo delicado y fecundo en goces espirituales; pero le había sido imposible evitarlo. Claro está que le quedó para siempre una especie de añoranza de aquella amistad; pero parecía haber dado con otra corriente que lo alejaba cada vez más de ella.

Y al cabo de algún tiempo, el príncipe, que no se sentía cómodo en el instituto, se marchó.

Los días corrían ahora vacíos y aburridos para Törless; pero, mientras tanto, había alcanzado la pubertad e iban afianzándose, oscuros, sus nacientes instintos sexuales. En esa fase de su desenvolvimiento, trabó nuevas amistades que luego iban a tener suma importancia en su vida. Beineberg y Reiting, moté y Hofmeier eran precisamente los jóvenes en cuya compañía había ido a despedir a los padres a la estación.

Era curioso el hecho de que esos jóvenes fueran precisamente los peores alumnos del curso. Verdad es que tenían talento y, por supuesto, pertenecían también a buenas familias; pero a veces eran violentos y revoltosos hasta la brutalidad. Y el que precisamente Törless se hubiera apegado a tales compañeros se debía acaso a su propia falta de iniciativa que, desde que se apartara del príncipe, se había acentuado notablemente. Y ello se manifestaba hasta en la dilación del rompimiento, pues tanto una cosa como la otra significaba un temor a sensaciones demasiado sutiles, contra las que la naturaleza robusta y sana de los otros camaradas reaccionaba espontáneamente.

Törless se abandonó por entero a las influencias de sus amigos, pues su situación espiritual era aproximadamente ésta: a su edad, en el instituto se leía a Goethe, a Schiller, a Shakespeare, y tal vez también a los modernos. Y así, apenas digeridos, se los copiaba, se los imitaba. Nacían tragedias romanas o poemas líricos que se desarrollaban en períodos de páginas enteras, como en la delicadeza de la obra de encaje calado. De tal modo, cosas que en sí mismas son ridículas tienen, a pesar de todo, un gran valor para asegurar el desarrollo de los jóvenes; porque, en efecto, esas asociaciones y sentimientos procedentes del exterior hacen que los muchachos eludan el peligroso y blando terreno de las sensaciones propias de esos años, en los que uno tiene que distinguirse en algo, siendo aún demasiado torpe para ello. Y no tiene importancia el que después quede algo de tales juegos en algunos y nada en otros, porque ya cada cual ha capitulado con su conciencia, de manera que el único peligro está en la edad en que se realiza la transición. Si hiciéramos comprender a uno de esos jóvenes la ridiculez de su modo de ser en ese momento, sentiría que se le hunde la tierra bajo los pies o caería en el abismo, como un atento caminante nocturno que, de pronto, no ve frente a sí más que el vacío.

En el instituto faltaba esta ilusión, esta treta que favorecía el desenvolvimiento, pues la biblioteca contenía todos los clásicos, a los que no obstante encontraban aburridos, de manera que no quedaba otro remedio que leer novelitas sentimentales y humoradas militares carentes de ingenio.

El pequeño Törless, en sus ansias de lectura, había leído todos los libros formales, y alguna trivial y tierna historia había llegado a impresionarlo por un rato. Sólo que su carácter no recibió ninguna influencia verdadera.

Por lo demás, en esa época Törless no parecía tener ningún carácter.

Por ejemplo, bajo la influencia de esas lecturas, escribió hasta una pequeña narración y comenzó a componer una epopeya romántica. Al conmoverse por las penas amorosas de sus héroes, se le enrojecían las mejillas, se le aceleraba el pulso y le brillaban los ojos.

Pero cuando dejaba la pluma todo había pasado; era como si su espíritu viviera sólo en el movimiento. Luego pudo escribir también un poema y otro relato, pero siempre en esas condiciones. Sé conmovía, pero así y todo nunca tomaba realmente en serio su trabajo, que no le parecía importante. Nada trascendía de su persona y nada salía realmente de su interior. Le dominaba un sentimiento de indiferencia del que sólo una obligación exterior podía arrancarlo, como le ocurre a un actor que tiene la obligación de representar un papel.

Eran reacciones cerebrales; pero aquello que sentimos como el carácter o el alma de un hombre, en todo caso aquello frente a lo cual los pensamientos, las decisiones y los actos parecen poco significativos, fortuitos y cambiantes, lo que, por ejemplo, Törless había relacionado con el príncipe más allá de todo juicio racional, en suma, ese fondo inmóvil de la personalidad, eso era algo que había desaparecido por completo de la vida de Törless en esa época.

Sus compañeros evitaban este trasfondo inmóvil del alma, y lo sustituían por las bromas, el deporte y la brutalidad, del mismo modo como, en la escuela, las veleidades literarias son las encargadas de llenar este vacío.

Contra la primera de estas posibilidades, Törless tenía una tendencia demasiado acusada por lo espiritual; contra la segunda poseía un tacto demasiado agudo ante lo ridículo de los falsos sentimientos que la vida en el instituto hacía patentes a través de la coacción o la predisposición a las peleas y las discusiones a puñetazos. Por esta razón su ser experimentaba algo indeterminado, una inquietud interior que no le permitía ni tan sólo encontrarse a sí mismo.

Törless se apegó a sus nuevos amigos, porque se sentía dominado por su violencia y brutalidad y, como era orgulloso, intentó, en ocasiones, hasta competir con ellos, pero cada vez que lo hizo se quedó a mitad de camino y debió sufrir no pocas bromas. La experiencia volvió a intimidarlo. Toda su vida consistía, durante ese período crítico, sólo en la obstinación renovada de emular a sus rudos, viriles amigos, y en una profunda indiferencia interior respecto de esos empeños.

Cuando lo visitaban sus padres, él permanecía callado y hosco, mientras estaban solos. Evitaba siempre,

Con uno u otro pretexto, los cariñosos cuidados de la madre. En verdad le habría gustado abandonarse a ellos, pero se avergonzaba, como si sintiera clavados en él los ojos de sus camaradas.

Los padres tomaban aquello como indecisión y torpeza, propias de los años de desarrollo.

Por la tarde, se reunía todo el ruidoso grupo; jugaban a los naipes, comían, bebían, contaban anécdotas sobre los profesores y fumaban los cigarrillos que el consejero había llevado de la capital.

Esa animación alegraba y tranquilizaba a los padres.

Nada sabían de las otras horas que vivía Törless y que, en los últimos tiempos, eran cada vez más frecuentes. Törless tenía momentos en que la vida en el instituto le parecía por entero carente de sentido. Entonces se deshacía la masilla de sus empeños cotidianos y las horas de su vida se esparcían, sin conexión interior entre sí.

Con frecuencia permanecía largos ratos sentado, en oscura meditación, encogido sobre sí mismo.

Esta vez habían sido dos los días de visita. Habían comido, fumado, dado un paseo, y ahora el tren rápido llevaría de nuevo a los padres a la capital.

Un ligero temblor en los rieles anunció la proximidad del tren, y el toque de la campana, que colgaba del techo del edificio de la estación, resonó implacable en los oídos de la señora Törless.

-De modo, mi querido Beineberg que cuidará usted de mi muchacho, ¿verdad? -dijo el consejero Törless, volviéndose al joven barón Beineberg, un joven alto, huesudo, con grandes orejas separadas, pero de ojos expresivos e inteligentes.

Al oír esta recomendación, el joven Törless torció el gesto y Beineberg sonrió halagado y con un poco de malicia.

-sobre todo -dijo el consejero, dirigiéndose a los demás- quiero rogarles que en el caso de que le suceda algo a mi hijo, me lo comuniquen sin tardanza.

Pero esto arrancó al joven Törless una exclamación de reproche.

-pero papá, ¿qué va a pasarme? -dijo, aunque ya estaba acostumbrado a tener que soportar en cada despedida aquellos exagerados cuidados.

Los otros juntaron los talones, manteniendo rígidos al costado los elegantes espadines, y el consejero agregó:

-nunca se sabe lo que puede ocurrir. Y sólo pensar en ello me intranquiliza mucho. A fin de cuentas, bien podrías verte impedido de escribir.

El tren entró por fin en la estación. El consejero Törless abrazó a su hijo y la señora Törless se apretó aún más el velo sobre el rostro, para ocultar las lágrimas, los amigos agradecieron uno tras otro los cigarrillos del consejero y por fin el guarda cerró la portezuela del coche.

Otra vez más, el matrimonio contempló los altos, desnudos paredones de la parte trasera del instituto, los enormes, extendidos muros que rodeaban el parque; y por fin, a derecha e izquierda, volvieron a aparecer los campos grises y pardos y los ocasionales árboles frutales.

Mientras tanto, los jóvenes habían abandonado la estación y avanzaban en dos filas por los bordes de la calle -para evitar por lo menos el polvo más espeso y tenaz-, hacia la ciudad, sin conversar mucho.

Eran las cinco y sobre los campos se extendía una atmósfera fría y grave como un anuncio de la noche.

Törless estaba muy triste.

Acaso se debiera a la despedida de sus padres, acaso tan sólo a la sutil, sorda melancolía que pesaba ahora sobre toda la naturaleza y esfumaba las formas de los objetos situados a pocos pasos de distancia, al tiempo que los cubría con pesados colores, faltos de brillo.

La misma terrible indiferencia que durante toda la tarde lo había agobiado se deslizaba ahora sobre la llanura y, detrás de ella, como una viscosa niebla, se pegaba a los campos sembrados y a aquellos otros, grisáceos, plantados de nabos.

Törless no miraba ni a derecha ni a izquierda; pero lo sentía. Paso a paso ponía el pie en la huella que acababa de dejar en el polvo el que iba delante de él y sentía que debía hacerlo así, como si una férrea obligación lo llevara a ajustar toda su vida -paso a paso- a esa sola línea, a ese solo sendero estrecho, al que debía adaptarse y en el que debía permanecer, a través del polvo.

Cuando se detuvieron en una bifurcación en la que otro camino se confundía con el de ellos en una especie de mancha redonda y extendida, y se encontraron frente a un indicador podrido, que se levantaba en el aire, Törless

interpretó como un grito desesperado la contradicción entre este indicador y la horizontalidad de los caminos en cuyo cruce se levantaba.

Los jóvenes continuaron andando. Törless pensaba en sus padres, en conocidos, en la vida. A esa hora, la gente se viste para acudir a una reunión, o al teatro, y luego va al restaurante, oye una orquesta, acude al café. Se traba alguna relación entretenida, se mantiene hasta la mañana una aventura galante: la vida corre como una rueda maravillosa que brinda siempre algo nuevo, algo inesperado... Estos pensamientos le arrancaron un suspiro y a cada paso que lo acercaba al rigor del instituto, algo lo iba estrangulando cada vez más.

Ya oía ahora el tañido de las campanas. A decir verdad, nada lo aterraba tanto como esa señal de las campanas, que cortaban irremisiblemente el fin del día, como una brutal cuchilla.

Entonces se sumía en la nada y su vida languidecía en una permanente indiferencia. Pero aquel doblar de campanas añadía aún el escarnio, y sumía a Törless en un estado de rabia impotente, en el que se estremecía por sí mismo, por su suerte, por el día sepultado.

Ahora ya no podrás experimentar nada, durante doce horas no podrás vivir nada, durante doce horas estarás muerto... Tal era el sentido de aquel tañido de campanas.

Cuando el grupo de jóvenes se metió entre las primeras casas bajas, parecidas a chozas, se desvanecieron las sordas sensaciones de Törless. Como sobrecogido de súbito interés, levantó la cabeza y miró con vehemencia al interior de las casitas sucias, frente a las cuales pasaban. Ante las puertas de la mayor parte de ellas, había mujeres de pie, en bata o toscas blusas, con anchos pies manchados y brazos desnudos, morenos.

Si eran jóvenes y guapas, los muchachos les dirigían groseras y chuscas palabras. Ellas se juntaron mientras ahogaban risotadas, por la presencia de los "señoritos". Cuando al pasar alguien les rozaba con demasiada rudeza el pecho, lanzaban chillidos, o replicaban, en medio de carcajadas, con alguna grosera palabrota o un golpe en las caderas. Otras se limitaban a mirar con grave enojo a los jóvenes, y el campesino que acertó a llegar en ese momento sonrió turbado, a medias inseguro, a medias benévolo.

Törless no participó en estas orgullosas, tempranas, manifestaciones de virilidad de sus amigos.

La razón de ello estaba, acaso, en parte en cierta timidez frente a las cuestiones sexuales, como le ocurre a la mayor parte de los adolescentes; pero, sobre todo, en la naturaleza especialmente sensual de Törless, que tenía colores más escondidos, vigorosos y oscuros que la de sus camaradas y se manifestaba por ello con mayor dificultad.

Mientras los otros se comportaban desvergonzadamente con las mujeres, más por parecer "elegantes" que por verdadera avidez, el alma de silencioso del joven Törless se revolvió flagelada por una verdadera obscenidad.

Miraba con ojos tan ardientes, a través de las ventanas y estrechos corredores, al interior de las casas, que sentía bailar continuamente, frente a los ojos, como una redecilla.

Niños casi desnudos se revolcaban entre las inmundicias de los patios. Aquí y allá, la falda de una mujer que trabajaba mostraba la corva desnuda, o tieso entre los pliegues del vestido se acentuaba el túrgido pecho. Y como si todo aquello tuviera lugar en una atmósfera completamente diferente, animal, agobiante, del corredor de las casas se exhalaba un aire pesado, denso, que Törless aspiraba con vehemencia.

Pensaba en pinturas antiguas que viera en los museos sin haber comprendido mucho. Esperaba algo que nunca ocurría, como siempre había esperado de aquellos cuadros. Pero, ¿qué era?... Esperaba algo sorprendente, que aún no había acaecido, un espectáculo terrible, del que no era capaz de imaginar nada, algo de una sensualidad tremenda, animal, que debía cogerlo como con zarpas y desgarrarlo, una experiencia que, de alguna manera todavía no clara, relacionaba con las sucias batas de las mujeres, con sus toscas manos, con la vulgaridad de sus dormitorios, con... La suciedad de las inmundicias de los patios y corrales... No, no... Sentía ahora con mayor fuerza la quemante redecilla ante los ojos. Las palabras no podían expresarlo. No es lo que las palabras pueden decir; se trata de algo mudo..., una estrangulación del cuello, un pensamiento que apenas se insinúa cuando uno trata de decirlo con palabras, pero que entonces se aleja más todavía, algo parecido a lo que sucede con las ampliaciones muy grandes, en las que las cosas se ven con mayor claridad, pero donde llegan a verse cosas que, de hecho, no están... De todos modos, era algo como para avergonzarse.

-¿siente nostalgia, el niño? -le preguntó de pronto, burlonamente, el alto Reiting, que le llevaba dos años de edad y a quien el silencio de Törless y sus sombríos ojos habían llamado la atención. Törless sonrió turbado; le pareció que el malicioso Reiting había estado acechando el curso de su proceso interior.

No respondió palabra. Mientras tanto, habían llegado a la plaza de la iglesia de la pequeña ciudad, que tenía la forma de un cuadrado y el suelo cubierto con adoquines, y allí los amigos se separaron.

Törless y Beineberg no querían ir todavía al instituto, en tanto que los otros, como no tenían permiso para permanecer fuera más tiempo, tuvieron que volver.

Ellos se dirigieron a la confitería.

Se sentaron a una mesita redonda, junto a una ventana que se abría al jardín y bajó una araña de luz de gas, cuyas bujías zumbaban suavemente dentro de lechosas esferas de vidrio.

Se hicieron llenar las copitas con variados licores, fumaron algunos cigarrillos, comieron pasteles y gozaron de la comodidad de ser los únicos parroquianos, pues en las salas traseras se veía sólo un huésped frente a su vaso de vino. En el frente reinaba el silencio, y hasta la dueña del establecimiento, una mujer obesa y entrada en años, parecía adormecida detrás del mostrador.

Törless contemplaba a través de la ventana, con una mirada perdida y distraída sobre el desierto jardín, como iba oscureciendo poco a poco.

Beineberg hablaba, hablaba de la india, como de costumbre. Su padre, que era general, había estado allí, siendo oficial joven, al servicio de Inglaterra. Y al volver no sólo había llevado, como hacen todos los europeos, obras de talla, telas e idolillos, sino que conservó también algo de las misteriosas, extrañas luces crepusculares del esotérico budismo. No había dejado de aleccionar a sus hijos, desde la infancia, con todo lo que sabía sobre ello y con los conocimientos que luego fue adquiriendo.

Por lo demás, le ocurría algo muy singular con la lectura. Era oficial de caballería y, en general, no le gustaban nada los libros. Despreciaba por igual las novelas y las obras filosóficas. Cuando leía, no se detenía a meditar en el significado de la exposición o en cuestiones de controversia, sino que pretendía, ya al abrir el libro, penetrar, como a través de un secreto portillo, en el centro mismo de exquisitos conocimientos. Debían ser libros cuya sola posesión fuera como una secreta condecoración y como una garantía de revelaciones supraterráneas. Para él, únicamente poseían tal calidad los libros de la filosofía india, a los que no consideraba meros libros, sino revelaciones, realidades, obras clave, como los libros de alquimia y magia de la edad media.

A ellos se entregaba aquel hombre sano, activo, que cumplía con los rigores del servicio y que, además, montaba él mismo casi diariamente sus tres caballos, las más veces al atardecer.

Solía tomar al azar un pasaje y, antes de leerlo, pensaba si aquel día no le sería desvelado su íntimo sentido. Y nunca quedó decepcionado, aunque bien se daba cuenta de que no había llegado sino hasta el vestíbulo del sagrado templo.

Por eso, de aquel hombre nervioso, bronceado, que vivía al aire libre, trascendía un halo de misterio solemne. Su convicción de que diariamente, antes de la noche, estaba a punto de realizar un grande y fulminante descubrimiento, le daba un aire de reservada superioridad. No eran soñadores sus ojos, sino tranquilos y duros. La costumbre de leer libros en los que ninguna palabra podía quitarse de su lugar sin que se perdiera su recóndito significado, su manera de pesar cuidadosa y atentamente cada oración según su sentido directo y su doble sentido, habían forjado su temperamento.

Pero a veces solían perderse los pensamientos en una crepuscular atmósfera de melancolía. Le pasaba eso cuando pensaba en el secreto culto que él ligaba a los textos originales de los escritos que tenía ante sí, en el milagro que de ellos emanaba y que había apresado millares y millares de

seres humanos que a él, a causa de la gran distancia a que se hallaba, le parecían como hermanos, siendo así que despreciaba a los hombres con los que estaba en contacto directo y a los que veía en todos sus detalles. En esos momentos se ponía melancólico. Le abatía pensar que su vida estaba condenada a transcurrir lejos de las fuentes de las fuerzas sagradas, que sus empeños estaban tal vez condenados a paralizarse por lo desfavorable de su posición. Pero cuando, afligido, pasaba un rato leyendo sus libros, quedaba singularmente tranquilizado. Verdad es que la melancolía no perdía nada de su peso; por el contrario, la tristeza se acentuaba, pero ya no le oprimía. Se sentía entonces como abandonado y en un lugar perdido; pero en ese doloroso sentir había un sutil placer, un orgullo, el sentimiento de hacer algo singular, de servir a una divinidad no comprendida. Y en tales momentos, quizá pudiera descubrirse en sus ojos un pasajero destello, que recordaba el desvarío del éxtasis religioso.

Beineberg había hablado hasta cansarse. En él su maravilloso padre continuaba viviendo como en una especie de deformada ampliación. Verdad es que conservaba cada uno de sus rasgos, pero aquello que en el padre había sido al principio tal vez sólo un capricho de su temperamento, que su singularidad había en parte conservado y en parte acrecentado, se había convertido en el joven en una fantástica creencia. Esa particularidad del padre, que acaso no hubiera sido otra cosa que la última parte recóndita de la individualidad que cada ser humano -siquiera en la elección de sus ropas- tiene que crearse para tener algo que lo distinga de los demás, era en el hijo la firme creencia de que podría asegurarse una posición de predominio gracias a fuerzas espirituales extraordinarias.

Törless conocía todas estas cosas hasta la saciedad. Le pasaban, podría decirse, por encima y apenas lo conmovían.

Se había apartado un tanto de la ventana y observaba a Beineberg, que liaba un cigarrillo. Y volvió a sentir contra él esa extraña aversión que a veces le acometía. Aquellas manos oscuras, delgadas, que estaban enrollando diestramente el tabaco en el papel, eran, sin embargo, hermosas. Dedos largos, finos, uñas ovales, bellamente abovedadas: tenían evidentemente cierta distinción y la tenían también sus ojos oscuros, pardos. Asimismo, todo el cuerpo tenso, delgado, irradiaba distinción. Por cierto que las orejas le sobresalían demasiado, que el rostro era pequeño e irregular y que la impresión general de la cabeza recordaba la de un murciélago. Sin embargo -así lo sentía claramente Törless cuando comparaba cada particularidad- lo que le perturbaba tan singularmente no era la fealdad de los rasgos, sino precisamente su excelencia.

La delgadez del cuerpo -el propio Beineberg solía decir que él había sido hecho según el modelo de las esbeltas piernas de acero de los atletas homéricos- no le impresionaba en modo alguno como tal. Törless no había encontrado todavía una explicación a esa impresión suya y, ahora que se daba cuenta de ello, no se le ocurría tampoco ninguna razón satisfactoria. Le hubiera gustado mirar intensamente a Beineberg en los ojos, pero el otro lo hubiera advertido y entonces habría tenido que dar alguna explicación. Pero así precisamente, mirándolo sólo a medias y completando a medias la imagen en

la fantasía, advirtió en qué consistía la falta de acuerdo. Si imaginaba a Beineberg desnudo le resultaba del todo imposible mantener la representación de una tranquila esbeltez. Antes bien, frente a sus ojos se representaban inmediatamente los inquietos, retorcidos movimientos de la desviación y torsión de la columna vertebral, como ocurre en todas las representaciones del martirio de Cristo o en las grotescas pinturas de los artistas de las barracas de feria.

Asimismo, de las manos, que por cierto podían haberle dado la impresión de hacer ademanes exquisitos, sólo se le imponía la movilidad de los dedos, y precisamente en ellas, que eran lo más hermoso que tenía Beineberg, se concentraba su aversión máxima. Tenían algo de obsceno; ésta era acaso la explicación correcta. Y también había algo de obsceno en la impresión que daban los movimientos dislocados del cuerpo. Sólo que en las manos esa impresión de obscenidad parecía concentrarse e irradiarse desde allí como el presentimiento de un contacto. El propio Törless estaba sorprendido y un poco asustado de su ocurrencia. Porque, en efecto, ya era la segunda vez en ese día que, inadvertidamente y sin que hubiera una relación visible, algo sexual se le metía en el pensamiento.

Beineberg había tomado un periódico y ahora Törless podía observarlo con atención.

A decir verdad, no encontraba nada que pudiera servirle siquiera como disculpa de esa asociación de ideas que se le había ocurrido de pronto.

Sin embargo, a pesar de su falta de fundamento, la sensación de desagrado iba subiendo de punto. No habían pasado aún diez minutos de silencio cuando Törless sintió que ya la aversión por su amigo llegaba a un extremo intolerable. Le pareció que por primera vez se expresaba una disposición, una relación importante entre él y Beineberg; le pareció que un recelo que había estado siempre al acecho se manifestaba por primera vez a su sentir consciente.

Y a cada momento la tensión se hacía más aguda. En la cabeza de Törless se agolpaban insultos para los que no encontraba palabras. Y una especie de vergüenza, como si verdaderamente entre él y Beineberg hubiera ocurrido algo, lo intranquilizaba. Sus dedos comenzaron, inquietos, a golpear sobre la mesa.

Por fin, para librarse de este extraño estado, tornó a mirar por la ventana.

Beineberg levantó la vista del periódico, luego volvió a leer y, por último, dejó el diario y bostezó.

Al romperse el silencio, se quebró también la violencia que había estado agobiando a Törless. Palabras insustanciales pasaban ahora por encima de aquel momento y lo disipaban definitivamente. Había sido como un súbito aguzar los oídos al que seguía ahora la habitual indiferencia...

-¿cuánto tiempo tenemos todavía -preguntó Törless.

-unas dos horas.

Törless encogió los hombros, estremecido. Volvía a sentir la fuerza paralizadora del rigor que le esperaba. Las horas de clase, el trato diario con

los amigos. Ni siquiera sentía ahora esa aversión contra Beineberg que por un instante parecía haber creado una situación nueva.

-¿qué comeremos esta noche?

-no sé.

-¿qué asignaturas tenemos mañana?

-matemáticas.

-oh, ¿hay algo que hacer?

-sí, unos cuantos teoremas nuevos de trigonometría; pero los entenderás muy fácilmente. No tienen nada de particular.

-¿y después?

-religión.

-¿religión? Ah, sí. Ya habrá otra vez algo interesante... Cuando me siento con humor, creo que podría demostrar tanto que dos por dos son cinco, como que sólo puede haber un dios...

Beineberg miró a Törless burlonamente.

-estás chistoso -dijo-. Me parece casi como si la idea te diera hasta placer. Por lo menos te relumbran los ojos, llenos de entusiasmo.

-¿por qué no? ¿no es divertido? Siempre hay un punto en el que ya no sabemos si mentimos o si la conclusión a que hemos llegado es más verdadera que nosotros mismos.

-¿cómo dices?

-bueno, no ha de entenderse literalmente. Por cierto que siempre sabremos cuando mentimos; pero, a pesar de ello, la mentira se nos manifiesta a veces tan digna de crédito que, en cierto modo, el pensamiento se nos aferra a ella, se queda en ella.

-sí, pero, ¿qué placer encuentras en eso?

-precisamente éste. Es como una sacudida en la cabeza, un mareo, un vértigo.

-basta ya. Eso son juegos.

-no he sostenido lo contrario; pero en cualquier caso, de todo lo que ocurre en la escuela es lo que encuentro más interesante.

-ya veo. Es una especie de gimnasia mental, pero sin ningún objeto.

-no -dijo Törless y volvió a mirar al jardín. A sus espaldas, lejos, oía el zumbido de las llamas del gas.

Como una niebla, subía en él un sentimiento melancólico.

-no tiene ningún objeto. Tienes razón; pero, ¿que importa? De todas las cosas que durante el día hacemos en el colegio, ¿cuál es la que propiamente tiene un objeto? ¿es que algo tiene objeto? Quiero decir, en sí mismo, ¿entiendes? Por la noche sabemos que hemos

Vivido otro día, que hemos aprendido esto y aquello, que hemos cumplido satisfactoriamente el plan de estudios; pero hay algo vacío en todo eso. Quiero decir, interiormente. Nos queda, por así decirlo, una sed íntima, enteramente interior.

Beineberg masculló algo sobre ejercitar, preparar el espíritu... Demasiado jóvenes todavía para hacerlo... Más adelante...

-¿preparar, ejercitar el espíritu? ¿para qué? ¿lo sabes acaso con certeza? Acaso esperas algo, pero también para ti ese algo es del todo incierto. Todo es

así. Un eterno esperar algo, de lo cual sólo sabemos que hay que esperarlo. ¡es tan aburrida esa espera!...

-¿aburrida...? -comentó Beineberg, meneando la cabeza.

Törless seguía mirando al jardín. Le parecía oír el crepitar de las hojas secas que el viento amontonaba. Llegó luego ese instante de calma más intenso que siempre precede brevemente al momento de la caída de la noche. Las formas que se habían ido insertando cada vez más profundamente en el crepúsculo y los colores que fluían parecieron quedar inmóviles por unos segundos, como conteniendo el aliento.

-oye Beineberg -dijo Törless sin volverse-, durante el crepúsculo hay siempre algunos instantes de una singularidad total. Cuando los vivo, me vuelve a la memoria el mismo recuerdo. Yo era muy pequeño y jugaba una vez en el bosque a esa hora. La muchacha que me cuidaba se había alejado. Yo no lo sabía y creía que la tenía cerca. De pronto algo me obligó a mirar en derredor. Sentí que estaba solo. Sobrevino de pronto un gran silencio, y cuando paseé la mirada, me pareció que me estaban contemplando los árboles, silenciosamente, dispuestos en círculo. Rompí a llorar. Me sentí tan abandonado de los mayores, a merced de seres inanimados... ¿qué significaba eso? Y todavía lo siento con mucha frecuencia. ¿qué es ese súbito silencio que parece una voz que no oímos?

-no sé lo que quieres decir, pero ¿por qué no iban a tener las cosas lenguaje? ¡no podemos ni siquiera afirmar con seguridad que no tienen alma!

Törless no respondió. No le gustaba la manera especulativa de Beineberg.

Al cabo de un rato, éste dijo:

-¿por qué miras constantemente hacia afuera? ¿qué encuentras en eso?

-sigo pensando en lo mismo.

Pero en verdad estaba pensando en otra cosa, sólo que no quería confesarlo. Únicamente por unos minutos había podido soportar la tensión de antes, ese guardar un misterio grave y la responsabilidad de la vida, en medio de relaciones aún imprecisas. Ahora volvía a sobrecogerle aquel sentimiento de soledad y abandono que seguía siempre a los momentos de extremada tensión. Sentía que había en ello algo aún demasiado difícil de alcanzar, pero que estaba allí presente, aunque, en cierto modo, sólo en el fondo y como al acecho: la soledad.

Por el desierto jardín pasaba bailando, de vez en cuando, frente a la ventana iluminada, una hoja que dejaba una estela clara en medio de la oscuridad. Las tinieblas parecían desvanecerse, retroceder, para volver a avanzar al instante siguiente y permanecer inmóviles como un muro frente a la ventana. Esas tinieblas formaban un mundo en sí mismas. Era como si un ejército negro de enemigos hubiera llegado a la tierra, hubiera dado muerte a los hombres, o los hubiera expulsado, o les hubiera hecho cualquier otra cosa, de modo que no quedaran ni rastros de ellos.

Y a Törless le pareció alegrarse de tal espectáculo. En ese momento, no le gustaban los seres humanos, los mayores, los adultos. Nunca le gustaban en la oscuridad. Estaba acostumbrado a alejarlos de sí en el pensamiento. Entonces el mundo le parecía una morada desierta, sombría. Y en el pecho le crecía un terror, como si ahora debiera buscar, a través de salas y salas

-oscuras salas, en las que no podía saberse qué cosa escondían los rincones-, franqueando a tientas los umbrales que el pie de ningún otro ser humano iba ya nunca a franquear..., hasta que en una cámara se cerraban súbitamente las puertas frente a él y a sus espaldas, y se encontraba ante la propia señora de las negras huestes. Y en ese mismo momento, se cerraban también todas las otras puertas por las que él había pasado y sólo a lo lejos, junto a los muros, las sombras de las tinieblas, cual negros eunucos, permanecían de guardia para alejar la proximidad de los hombres.

Ésa era su manera de sentir la soledad, desde que lo habían dejado una vez abandonado, en el bosque, donde lloró. Esa soledad tenía para él el encanto de una mujer y de algo no humano. La sentía como una mujer, sólo que el aliento de ella era una estrangulación en el pecho; el rostro, un vertiginoso olvidar de todos los rostros; y los movimientos de las manos, terrores que le corrían por el cuerpo...

Tenía miedo de esa fantasía porque no dejaba de percibir su misterio y desenfreno. Y lo intranquilizaba el pensamiento de que tales representaciones cobraran sobre él un dominio cada vez mayor. Y precisamente lo asaltaban cuando se creía más sereno y puro. Era como una reacción contra esos momentos en los que él presentía sutiles conocimientos que, si bien ya se estaban preparando en su interior no correspondían todavía a su edad. Porque, en efecto, en el desarrollo de las sutiles energías morales, hay algunas fases prematuras que debilitan el alma, momentos de una atrevida experiencia que tal vez llegue a hacerse realidad -como si sus raíces bajaran primero a tientas y debieran luego revolver el suelo, hecho, empero, para darles sustento-, de ahí que jóvenes de gran futuro suelen tener un pasado rico en humillaciones y mortificaciones.

La afición de Törless por ciertos estados de ánimo era el primer indicio de un desarrollo interior que luego se manifestó como una capacidad especial de asombrarse. Más adelante, se desarrolló en él, como condición dominante, la singular capacidad de sentir en los acontecimientos, las personas, las cosas y a menudo también en él mismo, algo de un carácter insuperablemente incomprensible, así como por otro lado de una afinidad inexplicable, nunca del todo justificada. Le parecían cosas accesibles a la inteligencia, y sin embargo no podía aprehenderlas con las palabras o el pensamiento. Entre los acontecimientos exteriores y su yo, más aún, entre sus propios sentimientos y aquella parte más íntima y recóndita de su yo, que anhela conocer esos sentimientos, quedaba siempre una línea divisoria que, como un horizonte, retrocedía a medida que él se acercaba. Sí, cuanto más precisamente aferraba sus sensaciones al pensamiento, cuanto más las conocía, más extrañas e incomprensibles se le presentaban; de manera que terminaron por crearle la impresión de que no eran ellas las que se apartaban, sino que era él mismo que se alejaba, sin poder, de todos modos, librarse de la ilusión de que iba hacia ellas.

Este singular desacuerdo, difícil de superar, que llenó más adelante un buen trecho de su desenvolvimiento espiritual, parecía querer desgarrarle el alma y por mucho tiempo le acosó como su principal problema.

Por el momento, el rigor de esta lucha interior sólo le manifestaba en un súbito y frecuente cansancio que aterraba a Törless ya desde lejos, apenas lo

presentía en algunos extraños y dudosos estados de ánimo. Se sentía entonces sin fuerzas, como un prisionero aislado de los demás. Habría gritado de desesperación y de vacío, y en lugar de hacerlo así, se apartaba de su grave, esperanzado, acongojado y exhausto yo y se ponía a escuchar -aún espantado de esas bruscas renunciaciones y ya seducido deleitosamente por su aliento cálido, pecaminoso- las susurrantes voces que la soledad tenía para él.

Törless propuso de pronto pagar. En los ojos de Beineberg brilló un destello de comprensión; conocía el estado de ánimo de su amigo. A Törless le repugnaba ese entendimiento. Su aversión por Beineberg volvió a avivarse y sintió que el contacto con él le envilecía.

Pero después de todo, aquello formaba parte de él. El envilecimiento es una soledad más y un nuevo muro más sombrío.

Y sin decir palabra salieron a la calle.

En los últimos minutos debía haber caído una fina llovizna, pues el aire estaba húmedo y pesado, alrededor de los faroles flotaba una niebla multicolor y las aceras resplandecían esporádicamente.

Törless se apretó junto al cuerpo el espadín que golpeaba contra el pavimento; pero hasta el ruido de los tacones lo hacía estremecer extrañamente. Al cabo de un rato, se encontraron en terreno blando. Se alejaban del centro de la ciudad y se dirigían hacia el río, a través de las anchas calles del pueblo.

El río se revolvía negro y traía consigo profundos, azarosos ruidos, bajo el puente. Se veía un solo farol, de vidrios rotos y cubiertos de polvo. El resplandor de la luz vacilante, agitada por ráfagas de viento, dio sobre una ola fugitiva y les iluminó las espaldas. Los redondos maderos del puente cedían a cada paso y luego volvían a ocupar su lugar...

Beineberg se detuvo. Al otro lado, la orilla estaba bordeada por espesos árboles, la cual, debido a que la calle doblaba en ángulo recto y seguía la línea del agua, daba la impresión de un negro e impenetrable muro. Sólo tras una búsqueda cuidadosa se descubría una delgada, oculta senda que lo atravesaba en línea recta, perpendicular al río. Del monte bajo, espeso y ufano, que sus ropas rozaban al pasar, caía una salpicadura. Al cabo de un rato debieron detenerse otra vez y encender un fósforo. El silencio era completo, ya no se oía ni siquiera el gorgotear del río. De pronto les llegó desde lejos un rumor impreciso, quebrado. Se oía ya como un grito, ya como una advertencia, ya como la simple llamada de un ser incomprensible, que por algún lado se les acercaba entre los arbustos. Avanzaron en dirección al rumor. Se detuvieron otra vez, para volver luego a emprender la marcha. Debió de pasar todo un cuarto de hora antes de que, tomando aliento, distinguieran ruidosas voces y sonos de un acordeón.

Entre los árboles, todo se hizo ahora más luminoso, y al cabo de unos pasos se encontraron en el borde de un claro en cuyo centro se levantaba, maciza, una construcción alta, de dos pisos y forma cuadrada.

Era el antiguo establecimiento de baños. En su época, los de la ciudad y los campesinos de los alrededores lo usaban como estación curativa; pero hacía ya muchos años que estaba casi abandonado. Únicamente en el piso bajo funcionaba una taberna de mala reputación.

Los dos amigos permanecieron un instante quietos, aguzando el oído.

En el momento en que Törless daba un paso hacia adelante para salir de la espesura, resonaron en el zaguán pesadas botas y apareció un borracho con paso inseguro. Detrás de él, en la sombra del corredor, había una mujer cuya voz presurosa, enojada, susurraba como pidiendo al hombre algo. Éste rompió a reír y se tambaleó sobre las piernas. Luego se oyó una especie de ruego, que los jóvenes no pudieron, empero, comprender. Sólo era perceptible la voz acariciadora, zalamera. También la mujer salió de la casa y, acercándose al borracho, le puso la mano sobre el hombro. La luna la iluminaba, la iluminaba la falda, la blusa, la sonrisa suplicante. El hombre se quedó mirándola fijamente, sacudió la cabeza mientras apretaba las manos en los bolsillos. Luego escupió y apartó a la mujer. Debía de haberle dicho algo, pues ahora podían oírse las voces que sonaban más airadas.

- ¿de manera que no quieres darme nada, so...?

-iserá mejor que subas, cerda!

-¿qué...? isemejante palurdo!

Como respuesta, el borracho, con pesados movimientos, recogió una piedra.

-si no te marchas en seguida, idiota, te sacudiré el lomo -dijo, y se preparó a arrojar la piedra. Törless oyó como la mujer, profiriendo una última injuria, se lanzaba escaleras arriba.

El hombre permaneció un momento quieto, mientras sostenía, indeciso, la piedra en la mano. Rió, miró el cielo donde la amarillenta luna desaparecía entre negras nubes, luego se quedó contemplando la oscura valla de los árboles como si pensara en marcharse. Törless volvió a echar hacia atrás con precaución el pie. Sentía que el corazón le golpeaba en la garganta. Por fin pareció que el borracho había entrado en razón. Dejó caer la piedra y con tosca, triunfal carcajada, lanzó un grosero insulto hacia la ventana de arriba; luego desapareció. Los dos amigos permanecieron aún un rato inmóviles.

-¿la reconociste? -susurró Beineberg-. Era bozena.

Törless no respondió. Estaba atento escuchando, por ver si volvía el borracho. Entonces Beineberg lo empujó hacia adelante. Con presurosos, precavidos pasos legaron -a través de la luz que, en forma de cono, salía de la ventana del piso bajo- al oscuro zaguán de la casa. Una escalera de madera conducía en bruscos recodos hasta el primer piso. Casi al llegar allí debió de haberse oído el crujir de sus pasos en los escalones o el ruido del espadín contra la madera, pues se abrió la puerta de la taberna y alguien salió a ver quién había entrado en la casa, al tiempo que el acordeón dejó de pronto de tocar y se callaron por un instante la voces.

Törless, asustado, se apretó contra una de las vueltas de la escalera; pero, así y todo, y a pesar de la oscuridad, debían haberle visto, pues oyó que la burlona voz de la camarera, mientras tornaba a cerrarse la puerta, decía algo que suscitó violentas carcajadas.

En el rellano del primer piso, la oscuridad era completa. Ni Törless ni Beineberg se atrevían a avanzar un paso, por temor de derribar algo y hacer ruido. Dominados por la excitación, buscaron a tientas, con presurosos dedos, el picaporte.

Bozena, cuando era una joven labriega, había ido a la ciudad para servir y luego se hizo criada.

Al principio todo le fue bien. Su aspecto campesino, del que no llegó nunca a desprenderse por completo, así como su paso largo y firme le valieron la confianza de las señoras, que apreciaban la ingenuidad y el candor de una chica que olía todavía a establo, y el cariño de los patrones, a quienes agradaba el perfume que despedía bozena. Pero, acaso sólo por capricho, acaso también por desasosiego interior y ansias sordas de pasión, abandonó esa tranquila vida. Se hizo camarera, enfermó y luego encontró acomodo en una elegante casa pública; y a medida que la vida licenciosa la iba gastando se vio de nuevo empujada, cada vez más lejos de la ciudad, hacia la provincia.

Por fin, había ido a parar allí, donde hacía ya muchos años que vivía, no lejos de la aldea en que había nacido; y mientras durante el día trabajaba

como camarera en la taberna, por las noches leía novelas baratas, fumaba cigarrillos, y recibía, de vez en cuando, la visita de un hombre.

No había llegado aún a hacerse precisamente fea, pero su rostro estaba desprovisto notablemente de toda gracia; y ella ponía especial empeño en hacer resaltar todavía más esta circunstancia. Le gustaba aparentar que conocía muy bien la elegancia y los usos del mundo distinguido, que ahora, claro está, ya no frecuentaba. Se complacía en decir que le importaban un comino ese mundo, ella misma y toda las cosas. A pesar de su desamparo y descuido, gozaba de cierto prestigio entre los hijos de los campesinos de los alrededores. Claro está que, cuando hablaban de ella, escupían y se sentían obligados a ser más groseros que con otras muchachas; pero en el fondo, estaban orgullosos de esa "maldita criatura" que había salido de entre ellos y había mirado el gran mundo a través de su falso brillo. Pero siempre iban a verla de uno en uno y a escondidas. En ello encontraba Bozena un resto de orgullo y justificación de su vida; pero quizá los jóvenes señores del instituto le procuraran una satisfacción aún mayor. Con ellos exhibía deliberadamente sus cualidades más rudas y odiosas, porque, como solía decir, éstos, a pesar de todo, debían llegar hasta ella arrastrándose.

Cuando los dos amigos entraron en el cuarto, Bozena estaba tendida en la cama, como de costumbre, fumando y leyendo.

Törless permaneció un instante junto a la puerta con los ojos ávidos, aspirando la imagen de la mujer.

-¡Dios mío! ¡Vaya! ¡Qué dulces niños vienen a visitarme! -exclamó Bozena, volviéndose hacia los muchachos, a los que miró con aire un tanto despectivo-. ¿Y tú, barón? ¿Qué dirá tu mamá de esta visita?

Semejante manera de empezar era muy propia de ella.

-¡Bah, basta ya...! -refunfuñó Beineberg, y se sentó junto a Bozena en la cama. Törless lo hizo apartado. Le irritaba que Bozena no se hubiera ocupado de él y se comportara como si no le conociera.

En los últimos tiempos, las visitas a aquella mujer eran sus únicas y furtivas alegrías. Al acercarse el fin de semana, ya se sentía inquieto e incapaz de esperar el domingo, días en que, al atardecer, se deslizaba hacia ella. Ese tener que deslizarse clandestinamente le tenía muy preocupado. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, se les ocurriese a los muchachos ebrios de la taberna darle caza? ¿Por puro gusto, para jugarle una mala pasada al vicioso señorito? No era cobarde, pero sabía que allí estaba desamparado. El bonito espadín le parecía algo ridículo frente a los rudos puños de los bebedores. ¡Sin contar la vergüenza y el castigo que recibiría! No le quedaría otro remedio que huir o ponerse a suplicar. O hacer que Bozena le protegiera. El pensamiento le hizo estremecer de horror. ¡Y sin embargo era eso! ¡Sólo eso! ¡Ninguna otra cosa! Ese temor, ese tener que entregarse, lo atraía cada vez con renovado brío. Esta manera de salirse de su posición prominente para mezclarse con gente baja, para descender más bajo que esa gente todavía.

Törless no era ambicioso. En tales manejos siempre estaba presente la aversión a comenzarlos y el temor a las posibles consecuencias. Sólo su fantasía echaba a andar por torcidos caminos. A medida que los días de la semana transcurrían plúmbeos, uno tras otro, sobre su vida, comenzaban a atraerlo estos cáusticos encantos. Al recordar sus visitas, imaginaba en ellas

una tentación, una seducción singularísimas. Bozena se le representaba como una criatura de tremenda vileza y las relaciones que mantenía con ella, las sensaciones que con ella había conocido, como un culto horrendo en el que él mismo era la víctima de la inmolación. Le hechizaba dejar atrás todo aquello en que estaba encerrado, su posición distinguida, los pensamientos y sentimientos que le inculcaba, todo aquello que no le importaba nada pero que le ahogaba. Sentía el violento hechizo de precipitarse hacia aquella mujer en loca carrera, desnudo, despojado de todo.

Por lo demás, no se trataba de nada que no fuera común entre los jóvenes. Si Bozena hubiera sido pura y hermosa y él hubiera podido amar a esa edad, probablemente la habría mordido para hacer que en él y en ella el placer se elevara hasta el dolor. Porque la primera pasión de los adolescentes no es amor de uno por el otro, sino odio contra todo.

No es que la primera pasión esté acompañada por la incompreensión de los propios sentimientos y la extrañez que el mundo nos causa a esta edad, sino que estas cosas son el único fundamento no fortuito de tales pasiones. Y esas mismas pasiones son una evasión, para la cual el "ser dos" no significa otra cosa que una soledad redoblada.

Casi toda pasión primera dura poco y deja detrás de sí un gusto amargo. Es siempre un error, un desengaño. Uno no se comprende a sí mismo y no sabe a quién atribuir la culpa. Y eso ocurre porque la relación entre los personajes del drama es, en su mayor parte, fortuita, casual: ellos son compañeros ocasionales de una fuga. Después del apasionamiento, ya no se reconocen. Advierten en el otro oposiciones, porque ya no ven lo que tenían en común.

Pero algo distinto ocurría en Törless: se sentía solo. La vil prostituta entrada en años no podía desatar todo lo que había en él. Pero como era mujer, podía hacer asomar prematuramente a la superficie aspectos del interior de Törless que, como brotes que debían madurar, aguardaban aún el momento del fruto.

Ésas eran, pues, las extrañas imágenes y las fantásticas irritaciones de Törless; sólo que muchas veces se sentía llevado a arrojarse al suelo y a gritar de desesperación.

Bozena seguía sin ocuparse de Törless. Probablemente lo hacía por maldad, tan sólo para irritarlo. De pronto interrumpió la conversación y dijo:

-Dadme dinero, que os traeré té y aguardiente.

Törless le entregó una de las piezas de plata que le había dado su madre aquella tarde. Bozena tomó del alféizar de la ventana un infiernillo de alcohol y lo encendió. Luego se levantó lentamente y bajó por la escalera, arrastrando los pies.

Beineberg dio un empujón a Törless.

-¿Por qué eres tan insípido? Creerá que estás asustado.

-A mí no me líes -le rogó Törless-. No estoy malhumorado. Habla tú con ella. Pero ¿qué le ha dado para hablar continuamente de tu madre?

-Desde que sabe como me llamo, sostiene que conoció a mamá y que sirvió en casa de mi tía. En parte pudiera ser cierto, pero seguramente miente... Sólo por el placer de mentir, aunque no comprendo bien qué gusto pueda darle.

Törless enrojeció. Se le había ocurrido un singular pensamiento. Pero en ese momento llegó Bozena con el aguardiente y se sentó de nuevo junto a Beineberg en la cama. En seguida reanudó la conversación.

-...Sí tu mamá era una lindísima muchacha. A decir verdad, con esas orejas no te le pareces nada. Y hasta era divertida. A más de uno debe de habersele metido en la cabeza. Había motivos, claro.

Al cabo de un momento de silencio, pareció que se le había ocurrido algo particularmente gracioso.

-Tu tío, el oficial de dragones, ¿sabes? creo que se llamaba Karl, era primo de tu madre, a la que entonces hacía la corte; pero los domingos, cuando las señoras iban a la iglesia, me rondaba a mí. A cada momento tenía que llevarle cosas a su cuarto. Era buen mozo. Todavía hoy lo recuerdo. Sólo que no se andaba por las ramas... -acompañó estas últimas palabras con una elouente carcajada. Luego continuó extendiéndose sobre el tema, que ostensiblemente le daba un gusto especial. Empleaba palabras familiares y las decía con una expresión tal que parecía querer ensuciarlo todo.

-...Creo que también le gustaba a tu madre. ¡Si ella hubiera sabido! Me parece que tu tía nos habría arrojado a mí y a él de la casa. Así son las señoras distinguidas, aun cuando no tengan ningún hombre. Querida Bozena esto, querida Bozena aquello, así se pasaba todo el día, pero cuando la cocinera quedó embarazada, ¡habrías tenido que oírla! Creo que decían algo de que nos lavábamos los pies sólo una vez al año. Claro está que a la cocinera no le decían nada; pero yo podía oírlo todo cuando servía en la habitación. Tu madre torcía el gesto como si tuviera que beberse agua de colonia. Por lo demás, no pasó mucho tiempo sin que tu tía tuviera ella misma una barriga que le llegaba hasta la nariz.

Mientras Bozena hablaba, Törless se sentía impotente y entregado a los malignos y viles jugueteos de la mujer.

Veía vividamente ante sí lo que ella describía. La madre de Beineberg se había convertido en la suya propia. Recordaba las claras salas de la casa paterna, los rostros cuidados, limpios, reservados, que en las comidas solían exhalar un aire de respetable dignidad. Las elegantes, frías manos que ni siquiera al comer parecían ocultar nada. Se representó una multitud de tales particularidades y se avergonzó de estar allí, en ese cuartucho maloliente y de responder tembloroso a las humillantes palabras de una prostituta. El recuerdo de las maneras perfectas de aquella sociedad que nunca olvidaba las formas, le conmovió más que cualquier reflexión moral.

El punzante escozor de sus oscuras pasiones le pareció ridículo. Con penetrante mirada de visionario vio el frío, defensivo ademán, la reservada sonrisa con que lo apartaban, como si se tratara de un animalito sucio. Sin embargo, allí permanecía como atado a su asiento.

Con cada detalle que recordaba iba creciendo en él, junto con la vergüenza, una concatenación de feos pensamientos. Habían comenzado cuando Törless enrojeció en el momento en que Beineberg le explicó los motivos de la charla de Bozena.

Entonces había pensado repentinamente en su propia madre y todavía no había logrado desprenderse de ese pensamiento. Tenía la impresión de que sólo se había filtrado tenuemente a través del umbral de la conciencia

-relampagueante o remoto e impreciso-, marginal, sólo como visto al vuelo..., apenas se lo podía considerar un pensamiento. Pero inmediatamente había seguido una serie de preguntas que era menester disimular: "¿cómo era posible que la existencia de esta abyecta Bozena pudiera aproximarse a la de su madre?, ¿que las dos se agolparan alrededor de un mismo pensamiento?, ¿por qué no inclinaba Bozena la frente hasta el suelo cuando hablaba de ella?, ¿por qué no surgía un abismo que mostrara que nada de común había en una y otra? Esta mujer es para mí una maraña de todas las concupiscencias sexuales, y mi madre una criatura que hasta ahora pasó por mi vida sin nubes, inaccesible, clara y sin sombras, como un astro que está más allá de toda codicia..."

Pero todas esas preguntas no apuntaban a lo esencial. Apenas le rozaban. Eran algo secundario, algo a lo que Törless había llegado posteriormente. Se multiplicaban sólo porque no se referían a lo propiamente importante. Eran meros pretextos, evasiones de lo que, de manera súbita, instintiva, preconsciente, él había sentido desde el principio como una sucia relación. Con los ojos, Törless se impregnaba de la imagen de Bozena y mientras tanto no podía olvidar a su madre. A través de él, las dos estaban de alguna manera relacionadas. Todo lo demás eran pensamientos que se enroscaban alrededor de esta asociación de ideas. Ella era la única cosa importante. Pero, como los afanes por quitarse aquello de encima eran vanos, la relación fue cobrando una terrible, imprecisa significación, que acompañaba todos sus esfuerzos como una pérfida sonrisa.

Törless miró en derredor, tratando de liberarse de esa obsesión. Mas ahora ya todo se relacionaba con ella. La estufilla de hierro con manchas de herrumbre en la chapa, la cama con desvencijados barrotes y el baúl grasiento del que en muchos lugares se habían borrado los colores, las mantas que aparecían sucias a través de los agujeros de la colcha. Bozena, su camisa que se le había caído en un hombro, el vulgar, chillón rojo de la falda, su ancha y parlara risa; por fin Beineberg, cuya conducta se le antojaba como la de un lascivo sacerdote que, habiéndose enloquecido, entrelazaba ambiguas palabras en las formas graves de una oración... Todo esto le oprimía y volvía a enderezarle violentamente los pensamientos, siempre hacia lo mismo.

Sólo en un lugar los ojos que, espantados, iban de una cosa a la otra, encontraban paz. Más allá de la cortinita. Ahí estaban las nubes del cielo y la luna inmóvil.

Era como si de pronto hubiera salido a la fresca, serena noche. Por un instante, sus pensamientos se apaciguaron; luego, le sobrevino un agradable recuerdo, la casa de campo en que habían pasado el último verano. Las noches en el silencioso parque. El oscuro, aterciopelado firmamento de titilantes estrellas. La voz de la madre, que le llegaba desde lo profundo del jardín, donde se paseaba con el padre por los delgados senderos de guijo centelleante. Canciones que ella entonaba a media voz. Pero entonces... una ola helada le corrió por el cuerpo... Otra vez aquella atormentadora comparación. ¿Qué sentían sus padres en aquel momento? ¿Amor? No. Era la primera vez que se le ocurría semejante cosa. Debía de ser algo completamente diferente. Nada que hicieran los mayores y los adultos, algo

propio sólo de sus padres. Por las noches, con las ventanas abiertas, estarían sentados y se abandonarían el uno al otro, sintiendo algo distinto de lo que sentían las otras gentes, de lo que siente el que, confundido por cada sonrisa y cada mirada burlona, sin poder explicar a nadie lo que ello signifique, anhela unirse con otro ser que lo comprende... Eso es el amor. Pero para sentirlo había que ser joven y estar solo. Con los padres debía de haber ocurrido algo distinto, debía de haber sido algo sereno, plácido. La madre cantaba sencillamente por la noche, en el oscuro jardín, y estaba sosegada...

Pero precisamente eso era lo que Törless no entendía. Los pacientes planes que, para los mayores, sin que lo advirtieran, relacionaban los días a los meses y a los años, le eran aún ajenos. También esa indiferencia ante cada día que termina. Para Törless la vida comenzaba de nuevo cada mañana; la noche era para él una nada, una tumba, un extinguirse. Todavía no había aprendido a tenderse muerto todos los días, sin preocuparse gran cosa por ello.

Siempre había presentido que detrás había algo que le ocultaban. Se imaginaba las noches como oscuros portones que se abrían a misteriosos goces de los que le habían excluido para que su vida continuara vacua y desdichada.

Recordaba la singular risa de la madre y el modo, con que, bromeando, se apretaba contra el brazo del marido, como había visto una de aquellas noches de verano. Aquella imagen parecía disipar toda duda. También el mundo de ese ser inviolable y sereno debía tener una puerta que se abría a aquellos misteriosos goces. Y ahora que lo sabía, sólo podría pensar en ello con cierta sonrisa, contra cuyo maligno recelo se defendía en vano...

Mientras tanto, Bozena no dejaba de hablar. Törless la oía medio distraído. Hablaba de alguien que también iba a verla casi todos los domingos.

-¿Cómo se llama? Es de vuestro mismo curso.

-¿Reiting?

-No.

-¿Qué aspecto tiene?

-Es más o menos como éste -dijo Bozena señalando a Törless-. Sólo que tiene una cabeza demasiado grande.

-Ah, ¿Basini?

-Sí, eso es, así se llama. Es un ser curioso. Y noble. Sólo bebe vino. Pero también es tonto. Venir aquí le tuesta un dineral y no hace otra cosa que contarme historias. Presume de supuestos amores que tiene cuando está en su casa. No sé qué le ocurre. Bien veo que es ésta la primera vez que está con una mujer. Claro que tú también eres un niño; pero eres descarado. En cambio el es torpe, tiene miedo. Por eso me cuenta interminablemente, de qué manera, como sibarita, sí, así mismo dijo, hay que tratar a las mujeres. Dice que todas las mujeres son iguales, que no valen nada. ¿De dónde pretende saber tal cosa?

Beineberg se limitó a dar como respuesta una mueca burlona.

-Sí, ríete -exclamó Bozena, divertida-. Una vez le pregunté si no se avergonzaba ante su madre. "¿Madre?... ¿madre?", dijo él entonces. "¿Qué es eso? En este momento no existe. La dejé en casa antes de venir a verte..." Sí, oye bien, así sois vosotros; recatados hijitos, finos y jóvenes caballeros. Casi me dan pena vuestras madres.

A estas palabras, Törless volvió a pensar que también él, antes de llegarse hasta Bozena, lo dejaba todo detrás de sí y traicionaba a sus padres. Pero ahora veía que no hacía algo terrible y tremendamente exclusivo, sino enteramente común. Se avergonzó, pero también se volvieron los otros pensamientos. ¡Ellos también lo hacen, ellos te traicionan, tienes secretos compañeros de juego! Quizá en ellos sea de alguna manera diferente; pero esto mismo, esto tiene que ser igual: un misterioso, terrible goce... ¿Y si acaso supieran aún más?... ¿Algo enteramente inusitado, extraordinario? Porque durante el día están tranquilos...; y ¿esa risa de la madre?...; ¿cómo si con paso tranquilo fuera a cerrar todas las puertas ?

Con esta confusión de sentimientos, sobrevino un instante en el que Törless se abandonó por entero, con el corazón encogido, a la tempestad. Y precisamente en ese momento Bozena se puso de pie y se le acercó.

-¿Por qué no dice nada el pequeño? ¿Está preocupado ?

Beineberg le susurró algo, sonriendo maliciosamente.

-¿Qué? ¿Nostalgia? ¿Se le ha ido la mamá? ¿Y el chico desvergonzado se viene corriendo en seguida hasta aquí ?

Bozena hundió suavemente la mano, con los dedos abiertos, en el pelo de Törless.

-Vamos, no seas tonto. Dame un beso. Los hombres finos y distinguidos no son de alfeñique -y le inclinó hacia atrás la cabeza.

Törless quiso decir algo, una tosca burla, porque sentía que ahora todo dependía de que pudiera decir alguna cosa indiferente, sin importancia; pero no pudo pronunciar palabra. Se quedó mirando fijamente, con una sonrisa de piedra, el rostro licencioso que estaba sobre el suyo, aquellos ojos imprecisos. Luego, el mundo exterior comenzó a empequeñecerse..., a retirarse cada vez más... Por un instante se le representó la imagen de aquel campesino que había tenido en alto la piedra y que ahora parecía mofarse de él... Luego se quedó enteramente solo...

-Lo tengo -susurró Reiting.

-¿A quién?

-Al ladrón de las arcas.

Törless acababa de llegar con Beineberg. Faltaba poco para la hora de la comida y ya se había marchado el encargado de la vigilancia. Entre las verdes mesitas se habían formado grupos que charlaban y por toda la sala se difundían cálidos murmullos de vida.

Era el habitual salón del colegio, de paredes blanqueadas, con un gran crucifijo negro y los retratos de los soberanos reinantes. Junto a la gran estufa de hierro que todavía no habían encendido, estaban sentados, en parte sobre el estrado, en parte en sillas desplazadas de sus lugares, los jóvenes que por la tarde habían acompañado hasta la estación a los padres de Törless. Además de Reiting, hallábanse el alto Hofmeier y Dschjusch, que con tal sobrenombre llamaban a un pequeño conde polaco.

Törless sentía curiosidad.

Las arcas se encontraban al fondo del salón y eran largas cajas con muchas gavetas que podían cerrarse con llave y en las cuales los alumnos del instituto guardaban sus cartas, libros, dinero y toda clase de chucherías.

Desde hacía un tiempo, algunos se quejaban de que les faltaban pequeñas sumas de dinero, pero nadie podía decir con exactitud la cantidad echada de menos.

-Beineberg era el primero que podía decir con seguridad que le habían robado en la semana anterior una cantidad considerable; pero sólo Reiting y Törless estaban enterados de ello.

Sospechaban de los sirvientes.

-¡Vamos, cuenta, pues! -rogó Törless-; pero Reiting le hizo una rápida señal.

-Pst... Más tarde... Nadie sabe nada todavía.

-¿Es un sirviente? -susurró Törless. -Danos por lo menos algún indicio.

Reiting se apartó de los demás y dijo en voz baja:

-B.

Nadie, salvo Törless, había oído esta conversación un52 llena de precauciones. Lo que su amigo le comunicaba le producía gran sorpresa. ¿B? Únicamente podía ser Basini. ¡No era posible! Su madre era una mujer de loituna, el tutor tenía el título de excelencia. Törless no quería creerlo. Y de pronto, le asaltó el recuerdo de lo que Bozena había contado.

Apenas pudo esperar el momento en que los otros se marcharon para comer. Beineberg y Reiting se quedaron atrás con el pretexto que, habiendo comido mucho al mediodía, ahora no tenían apetito.

Reiting propuso que sería mejor ir allá "arriba".

Salieron al corredor que, interminable, se extendía a lo largo de las salas de clase. Las trémulas llamas de gas lo iluminaban sólo en breves trechos y los pasos resonaban de hueco en hueco, aun cuando se andara por él suavemente...

A unos quince metros de las puertas, una escalera conducía al segundo piso, en el que se hallaba el gabinete de ciencias naturales, otros elementos de enseñanza y una cantidad de cuartos vacíos.

A partir de allí, la escalera se hacía más estrecha y subía hasta el

desván, en pequeños peldaños empinados, que doblaban en ángulo recto. Y -como a menudo ocurría en viejos edificios en los que hay de manera harto ilógica una profusión de rincones y recovecos, sin utilidad alguna- la escalera continuaba dando vueltas por un buen trecho por sobre el cuerpo del edificio, de Micrte52 que más allá de la pesada puerta de hierro, cerrada con llave, que la obstruía, se prolongaba en la forma de una escalerilla de madera.

Y de este modo quedaba un espacio perdido de varios metros, que alcanzaba hasta las vigas del tejado. Nadie entraba en aquel lugar, que servía como depósito de viejas bambalinas, procedentes de inmemoriales representaciones de teatro.

Hasta en pleno mediodía la luz quedaba atenuada en la escalera en una especie de penumbra, saturada de viejo polvo, pues casi nunca se utilizaba aquella parte que se hallaba en un ala del inmenso edificio.

Al llegar a los últimos peldaños de la escalera, Beineberg se encaramó en la barandilla, y sosteniéndose de los barrotes, se dejó caer entre los telones, ejemplo que siguieron Reiting y Törless. Encontraron una gran caja de madera que ellos habían puesto adrede para que les sirviera de apoyo, y desde allí bajaron al suelo de un salto.

Aun cuando los ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad durante el ascenso, no era posible descubrir allí otra cosa que una desordenada confusión de bambalinas apoyadas unas sobre otras.

Pero cuando Beineberg apartó un poco una de ellas, apareció un estrecho corredor en forma de túnel.

Ocultaron la caja que les había servido para descender y echaron a andar entre las bambalinas.

Allí la oscuridad era completa y se necesitaba conocer muy bien el lugar para poder seguir adelante. De vez en cuando, crujía una de aquellas grandes paredes de lienzo cuando la rozaban. Del suelo se levantaba un murmullo como de ratones espantados y un olor a viejos arcones de madera podrida.

Los tres, que estaban acostumbrados al camino, iban a tientas, tomando mil precauciones a cada paso, para no dar con una de las cuerdas tendidas sobre el piso, que ellos habían puesto como trampa y señal de alarma.

Transcurrió bastante tiempo hasta que llegaron a una portezuela que estaba en la pared de la derecha.

Cuando Beineberg la abrió se encontraron en un cuartucho estrecho que daba debajo del tramo superior de la escalera y que, a la trémula luz de una lamparilla de petróleo que Beineberg encendió, mostró un aspecto bastante extravagante y novelesco.

El techo era, sólo en aquella parte que corría al nivel de la escalera, suficientemente alto para que los muchachos pudieran estar erguidos. Pero hacia atrás corría el sgo52 siguiendo la línea de la escalera y, bajando, terminaba en un rincón muy estrecho. Entre este rincón y la I.K hada frontal de enfrente, y entre dos tabiques delgados, se formaba aquel pequeño espacio que separaba las buhardillas del último piso del edificio, y configuraba una separación natural bordeando la pared maestra, a la que se hallaba adosada la escalera. Probablemente se hubiera construido aquel cuartucho con el designio de que sirviera de depósito de trastos viejos, aunque acaso también pudiera deberse a un capricho del arquitecto, a quien se le hubiera ocurrido la idea

medieval de hacer construir un escondite en aquel oscuro rincón.

En todo caso, en el instituto no había, aparte de los tres muchachos, quien conociera la existencia del cuartucho, sin contar con que a nadie se le hubiera ocurrido darle un destino.

Por eso pudieron proveerlo de todas aquellas cosas que le prestaran un aire romántico y misterioso.

Las paredes estaban completamente cubiertas con trozos de rojos damascos que Reiting y Beineberg habían robado de una habitación en los sótanos, y el suelo estaba cubierto con un grueso edredón de lana puesto en doble, como los que suelen usarse en invierno, por encima de las mantas. En la parte anterior de la cámara había unas cuantas cajas bajas, forradas con tela, que servían de asientos; atrás, donde el piso y el techo formaban un ángulo agudo, habían construido un lugar de descanso, que venía a ser como una gran cama baja. Ofrecía lugar para tres o cuatro personas y estaba separada de la parte anterior del cuarto por una cortina que también la dejaba a oscuras.

Junto a la puerta colgaba de la pared un revólver cargado.

A Törless no le gustaba aquel cuarto. Verdad es que su estrechez y soledad le agradaban; allí tenía la impresión de hallarse en lo profundo de una montaña, y el olor de las viejas, polvorientas bambalinas le provocaba sensaciones imprecisas. Pero el hecho de tener que dirigirse allí sigilosamente, esas cuerdas de alarma, este revólver y todas esas cosas que debían dar la cabal ilusión de algo misterioso y audaz, le parecían ridículas. Era como si uno pretendiera convencerse de llevar una vida de bandido.

Törless se avenía a todo sólo porque no quería ser menos que los otros; pero Beineberg y Reiting tomaban aquello muy en serio. Törless lo sabía. Sabía que Beineberg tenía ganzúas para todos los sótanos y cuartos del instituto. Sabía que a menudo durante muchas horas de clase, Beineberg desaparecía para ir a sentarse a alguna parte -arriba, entre las vigas del tejado o bajo tierra en una de las muchas bóvedas del edificio- y, a la luz de una linternilla que siempre llevaba consigo, leer novelas de aventuras o entregarse a la meditación de cosas sobrenaturales.

De Reiting conocía análogas rarezas. También éste tenía un rincón oculto, en el que escribía su diario secreto, lleno de planes para el futuro y precisas anotaciones sobre la manera de poner en práctica las numerosas intrigas que él urdía entre los camaradas, porque Reiting no conocía mayor placer que el de azuzar a las personas unas contra otras, valerse de una para declarar una sorda guerra contra otra, y deleitarse en arrancar por la fuerza complacencias y zalamerías, detrás de las cuales podía aún sentirse el odio enconado.

-Me ejercito -era su única disculpa, y la daba con afable risa. Se ejercitaba casi diariamente, en algún lugar apartado, ya golpeando contra una pared, ya contra

un árbol o una mesa, para fortalecerse los brazos y endurecerse las manos, criando callos.

Törless conocía todo aquello, pero lo comprendía solo hasta cierto punto. Algunas veces había seguido a Reiting y a Beineberg en sus caprichosas andanzas. Le había gustado lo inusitado de ellas. Y también le gustaba luego

volver a la luz del día, a la alegría serena de todos sus camaradas, mientras tenía aún los ojos y los oídos excitados, temblorosos por la soledad y las alucinaciones de las tinieblas. Pero cuando Beineberg y Reiting, con la nueva intención de tener alguien delante del que poder hacer el fantoche, lo buscaban para exponerle todas sus maquinaciones, cosa que parecía excitarles enormemente, en tales ocasiones la conciencia de Törless le impedía participar en este juego. Incluso consideraba a Reiting como una persona exaltada y demasiado extravagante. Solía decir que su padre había sido una persona inconstante, versátil, desaparecida prematuramente, que su nombre debía de ser sólo un seudónimo, que ocultaba una alcurnia de origen muy alto. Por su madre, pensaba que él estaba iniciado en secretos aún más ambiciosos. Soñaba con importantes posiciones oficiales y pensaba en la gran política; por eso quería llegar a ser oficial.

Törless no podía comprender tales designios. Para él los siglos revolucionarios habían pasado para siempre.

Sin embargo, simulaba tomar a Reiting en serio; claro está que sólo en lo pequeño y momentáneamente. Porque Reiting era un tirano, extremadamente severo con quien lo contradijera. Sus partidarios en el instituto variaban diariamente; pero la mayoría de los camaradas estaban siempre de su lado. En eso estribaba su talento. Uno o dos años atrás había hecho una enconada guerra contra Beineberg, que terminó con la derrota de éste. Beineberg llegó a quedar bastante aislado, aunque a juicio de todos, en sangre fría y en capacidad de despertar antipatías, apenas iba a la zaga de su adversario. Pero le faltaban la afabilidad y gentileza del otro. En casi todos, su modo de ser suelto y su dedicación a la filosofía engendraba desconfianza. En el fondo de su ser se presentían brutales excesos de alguna clase. Sin embargo, le había creado a Reiting grandes dificultades, y la victoria de éste había sido sólo fortuita. Pero desde entonces estaban unidos por intereses comunes.

En cambio Törless permanecía indiferente a estas cosas. Por lo demás, no encontraba en ellas gusto alguno. Sin embargo, se hallaba metido dentro de ese mundo y diariamente tenía ante sus ojos lo que significaba desempeñar el primer papel en un estado, pues en institutos como aquél cada clase es un pequeño estado. De ahí su tímido respeto por los dos amigos. Los esfuerzos que a veces hacía para imitar a los otros se quedaban siempre en intentos de diletante. De suerte que sin contar con que era más joven, vino a ser como un discípulo o ayudante de los otros. Gozaban de su protección, pero ellos escuchaban bien dispuestos el consejo de Törless. Porque, en efecto, el espíritu de Törless era el más agudo y ágil. Una vez lanzados a una aventura, Törless imaginaba las combinaciones más intrincadas y fructíferas. Nadie como él podía predecir con tanta precisión las diferentes posibilidades que podían esperarse de la conducta de alguien en una situación dada; pero cuando se trataba de tomar una decisión, basándose en las posibilidades psicológicas, de asumir una determinada responsabilidad y obrar de acuerdo con ella, Törless renunciaba, perdía el interés en el asunto y se desanimaba. Sin embargo le divertía el papel de jefe secreto del estado mayor, tanto más cuanto que ese papel era lo único que aportaba alguna animación a su profundo aburrimiento.

Pero muchas veces cobraba conciencia de lo que tenía que sacrificar a

esta dependencia interior. Sentía que todo lo que hacía era sólo un juego; pero, así y todo, era un juego que a medias le ayudaba a pasar el tiempo de su larvada existencia en el instituto, sin rozar siquiera, claro está, su propio ser íntimo, que se recluía a una imprecisa distancia.

Y cuando en ciertas ocasiones veía con cuánta seriedad los dos amigos tomaban estas cosas, sentía que algo fallaba en su propio entendimiento. Se habría burlado alegremente de ellos; pero tenía miedo de que detrás de los fantásticos manejos de los amigos pudiera esconderse algo más verdadero de lo que él era capaz de ver. En cierto modo, se sentía desgarrado entre dos mundos: uno burgués, sólido, en el que todo estaba regulado y se desarrollaba razonablemente, como era el mundo de su hogar; y otro mundo fantástico, lleno de aventuras, tinieblas, misterios, sangre e impensadas sorpresas. Uno parecía excluir al otro. La sonrisa burlona que habría mantenido gustoso entre los labios y un estremecimiento que le corría por las espaldas se entrecruzaban, vislumbraba ciertas cosas...

Anhelaba sentir por fin algo concreto en su interior; necesidades definidas que establecieran una clara distinción entre el bien y el mal, entre lo útil y lo inútil; anhelaba una capacidad de elección aun cuando pudiera equivocarse; es decir, prefería en cualquier caso equivocarse a ir por el mundo sólo con la sensibilidad a flor de piel.

Cuando entró en la pieza, tornó a asaltarle ese desacuerdo interior, como ocurría siempre en aquel lugar.

Reiting se había puesto a contar su historia.

Basini, que le debía dinero, había postergado una y otra vez el momento de devolvérselo, empeñando siempre su palabra de honor.

-Al principio yo nada tuve que decir -agregó Reiting-, pues cuanto más tiempo pasara más favores me debería; pero faltar a la palabra de honor una, dos, tres o cuatro veces, no es cosa de poca monta, ¿no os parece? Por fin tuve necesidad de aquel dinero. Se lo hice saber y él me juró, por lo más sagrado, que me lo devolvería. Naturalmente, tampoco esta vez cumplió su palabra. Yo le advertí que iba a denunciarlo. Me pidió dos días más de tiempo porque esperaba recibir una suma de su tutor. Mientras tanto, me había informado un poco sobre la situación de Basini, pues quería saber si debía dinero a alguien más. Había que contar también con esa posibilidad. Y lo que comprobé no era precisamente agradable. Le debía dinero, además, a Dschjusch y a algunos otros. Ya les había pagado una parte, naturalmente, con el dinero que me debía a mí. Los otros tenían prisa por cobrar. ¿Es que me tomaba a mí por el más bondadoso de todos? De ser así, su actitud no me caía nada simpática. Sin embargo, me dije "esperemos, ya se presentará la ocasión de demostrarle lo contrario". Al conversar conmigo, me había mencionado la suma que esperaba recibir para tranquilizarme y demostrarme que era mayor que la deuda. Yo seguí preguntándole y llegué a la conclusión de que la suma total de las deudas superaba en mucho a la que él esperaba recibir. "Ahá", pensé, "ahora probará otra vez".

Y en efecto, así ocurrió. Se me presentó en actitud de gran confianza y me rogó que tuviera un poco de paciencia, ya que los otros lo acosaban mucho. Por esta vez permanecí completamente frío. "Ve a mendigarles a los otros", le dije, "yo no estoy acostumbrado a pedirles nada". "A ti te conozco

mejor, contigo tengo más confianza", intentó persuadirme. "Ésta es mi última palabra: me entregas mañana el dinero o te impondré condiciones". "¿Qué condiciones?", quiso saber. ¡Habría tenido que verlo! Parecía que estaba dispuesto a vender el alma. "¿Qué condiciones? Oh, oh, tendrás que seguirme en todo lo que yo pretenda. "Si no es más que eso, lo haré, seguro, y me gustará hacerlo. "Oh, tendrás que hacerlo aunque no te guste, tendrás que prestarte a lo que se me ocurra..., con ciega obediencia". Entonces me miró de soslayo, a medias sonriente, a medias cortado. No sabía hasta qué punto se podría comprometer, hasta qué punto yo hablaba en serio. Probablemente le habría gustado prometerme cualquier cosa, pero temblaba sólo imaginando el momento en que lo pondría a prueba. Por fin dijo, sonrojándose: "Te devolveré el dinero". Me divertía verlo. Era un individuo en el que entonces no había reparado, se me confundía con los otros cincuenta. Y lo cierto es que nunca contó para nada, ¿no? Y ahora, de pronto, estaba tan cerca de mí que lo veía en sus particularidades más íntimas. Yo sabía de seguro que él estaba dispuesto a venderse, sin protestar demasiado, con tal de que nadie lo supiese. Era realmente una sorpresa; y no hay nada más hermoso que cuando, de pronto, una persona se nos revela de esa manera, cuando nos muestra su modo de ser hasta entonces no sospechado, cuando se nos exhibe súbitamente ante la vista, como los movimientos de una carcoma al deshacerse la madera...

Al día siguiente me devolvió, en efecto, el dinero; es más, aún me invitó a tomar algo en el casino. Pidió vino, tortas, cigarrillos y me manifestó que quería obsequiarme por "agradecimiento", por haber tenido yo tanta paciencia. Sólo que a mí me desagradaba que obrara con tanta mansedumbre, como si entre nosotros nunca hubiera mediado una palabra hiriente. Se lo hice notar y él se puso aún más amable. Era como si quisiera liberarse de mí, volver a ser igual. No quería saber nada de lo pasado y volvió a hacerme protestas de su amistad; sólo que en sus ojos había algo que se aferraba a mí como si temiera que desapareciese la atmósfera de proximidad, artificialmente creada. Terminé por detestarlo. Yo me decía: ¿Creerá que puede convencerme todo esto?" Y me puse a pensar en cómo podría humillarlo. Buscaba algo que fuera bien hiriente. Me vino entonces a la memoria lo que Beineberg me había contado por la mañana. Le habían robado dinero. Se me ocurrió muy de paso. Pero el pensamiento volvía y volvía una y otra vez. Hasta me estrangulaba la garganta. "Sería verdaderamente una maravilla", pensé mientras le preguntaba, como al acaso, cuánto dinero aún poseía. La cifra que me dio sumada a lo que me había devuelto coincidía. "Pero, ¿quién habrá sido tan tonto para prestarle dinero?", le pregunté riendo. "Hofmeier", me dijo.

Creo que me estremecí de alegría. Precisamente Hofmeier había estado dos horas antes en mi cuarto para pedirme prestado dinero. De manera que aquello que me había pasado por la cabeza un par de minutos antes, se convertía de pronto en realidad. Exactamente como si uno, bromeando, pensara "esta casa debería incendiarse ahora", y al instante siguiente las llamas se levantaran a varios metros de alto...

Calculé rápidamente, una vez más, todas las posibilidades. Desde luego que no tenía la seguridad absoluta pero mi presentimiento me bastaba. Me incliné, pues hacia él y le dije del modo más afable que pudiera darse, como si

pretendiera meterle en el cerebro una aguda, delgada varilla de hierro. "Pero vamos, querido Basini, ¿por qué me mientes?" Cuando oyó esto los temerosos ojos parecían flotarle en la cara. Pero yo continué: "Tal vez puedas engañar a otro; en todo caso, a mí no. Bien sabes que Beineberg..." Él no se sonrojó ni se puso pálido. Parecía esperar la solución de un equívoco. "Bueno, para decirlo brevemente", le declaré, "el dinero con que me pagaste tu deuda era el que por la noche tomaste del cajón de Beineberg".

Me eché hacia atrás para observar la impresión que le hacían mis palabras. Había enrojecido como una guinda. Las palabras que quería decir se le atragantaban le hacían afluir la saliva a los labios. Por último consiguió hablar. Fue todo un torrente de denuestos y acusaciones contra mí; cómo podía atreverme a sostener semejante cosa, cómo podía abrigar siquiera remotamente sospecha tan miserable, que lo que yo buscaba era reñir con él porque era el más débil, que me había irritado porque, al pagarme la deuda, se había liberado de mí; pero que él convocaría a toda la clase..., al prefecto, al director..., que Dios mostraría su inocencia, etc, y así, hasta nunca acabar. Ya me sentía verdaderamente desasosegado por temor de haber cometido una injusticia y de haberlo ofendido sin motivo. ¡Y tan bien que le quedaba el rojo en la cara...! Tenía el aspecto de un animalito indefenso, atormentado; pero en modo alguno podía yo confesar, sin más, mi error. De manera que mantuve una sonrisa burlona (a decir verdad casi solo de turbación y embarazo), con la cual seguí todo su discurso. De vez en cuando asentía con un movimiento de cabeza y le decía con calma: "Pero si lo sé todo". Al cabo de un rato también él se calmó. Yo continuaba sonriendo. Tenía como la impresión de que con esa sonrisa sola podría convertirlo en ladrón, aun cuando no lo fuera. "Además", pensé, "siempre habrá tiempo de repararlo todo".

Al cabo de otro rato, en el que, de tarde en tarde, miraba furtivamente, palideció de pronto. En su rostro se produjo una singular transformación. Aquella soltura formal, aquel aire inocente que antes lo embelleciera, desapareció con los colores. Tenía ahora un aire verdoso, macilento, hinchado. Sólo una vez había visto yo antes algo parecido, cuando presencié en la calle cómo detenían a un asesino. Estaba mezclado con la otra gente y nada en él lo hubiera denunciado; pero cuando el oficial de policía le puso una mano sobre el hombro, se convirtió súbitamente en otra persona. Se le transformó el rostro y los ojos se le quedaron clavados en el vacío, como buscando una salida... Una verdadera cara de malhechor.

El cambio de la expresión de Basini me recordó aquel espectáculo. Quería decir entonces que yo estaba en lo cierto... Sólo tenía que aguardar...

Y en efecto, ocurrió como me lo esperaba. Sin que yo le hubiera dicho nada más, Basini, agotado por el silencio, rompió a llorar y me pidió merced. Había robado el dinero sólo porque se veía en gran necesidad de él; si yo no hubiera intervenido, lo habría devuelto con tanta presteza que nadie se habría dado cuenta de nada. No debía decir yo que él había robado, puesto que sólo había tomado en préstamo secretamente... Las lágrimas le impidieron continuar; pero luego siguió haciéndome objeto de sus súplicas. Me obedecería en todo lo que a mí se me antojara, con tal de que no le dijera a nadie lo que sabía. A ese precio se me ofreció como esclavo. Y la mezcla de astucia y ansioso temor que se echaba de ver en sus ojos era repugnante. No le prometí

sino que iba a pensarlo, pero le hice notar que lo que había ocurrido con él era, en primer término, una cuestión que incumbía a Beineberg. ¿Y ahora qué vamos a hacer con él?

Mientras Reiting hablaba, Törless lo oía sin decir palabra, con los ojos cerrados; de vez en cuando le recorría el cuerpo un estremecimiento hasta la punta de los dedos y en la cabeza se le agolpaban desordenados y tumultuosos pensamientos, en lo alto, como burbujas de agua hirviente. Dicen que eso ocurre a quien por primera vez ve a la mujer que habrá de hacerle concebir desde el principio una pasión arrebatadora. Dicen que existe un momento así, en el que uno se inclina, reúne energías, contiene el aliento, un instante de supremo silencio que se da en la tensísima intimidad de dos personas. Y es absolutamente imposible decir lo que ocurre en ese instante. El instante mismo es como la sombra que proyecta la pasión. Un relajamiento de todas las tensiones anteriores y al propio tiempo un estado de nueva, súbita sujeción, en el que ya está contenido todo el futuro, una incubación concentrada en la punta de un alfiler..., y por otra parte algo insignificante, un sordo, impreciso, sentimiento, una debilidad, un temor...

Así lo sintió Törless. Lo que Reiting había contado de él mismo y de Basini le parecía, cuando se lo preguntaba, sin importancia. Un mal paso dado con ligereza y una actitud cobarde por parte de Basini que naturalmente tenía que despertar un cruel malhumor en Reiting; pero, por otro lado, tenía el oscuro presentimiento de que aquel incidente había asumido un giro enteramente personal contra él mismo y en todo aquello había algo que lo amenazaba como con la aguda punta de una espada.

Imaginó a Basini en casa de Bozena y tuvo que mirar en derredor el cuarto. También las paredes parecían amenazarlo, inclinarse hacia él como para asirlo con sangrientas manos; el revólver se movía de aquí para allá en su lugar.

Es que ahora, por primera vez, había caído una piedra en las serenas aguas de la soledad de sus ensueños. Allí estaba la piedra y nada podía hacerse. Allí estaba la realidad. Ayer Basini se hallaba tan en regla como él mismo; pero se había abierto la puerta de una trampa y Basini se había precipitado abajo. Exactamente como Reiting lo había descrito: una súbita transformación y ya no era la misma persona...

Y otra vez tornó a relacionar todo aquello con Bozena. Los pensamientos de Törless arrastraban blasfemias. Una exhalación de cosa putrefacta, dulzona, que emanaba de ellos, lo había perturbado, y esa profunda humillación, esa entrega de uno mismo, esa manera de verse envuelto entre las pesadas, pálidas, ponzoñosas hojas de la ignominia, que como un incorpóreo, remoto espejismo se le había insinuado en sus sueños..., todo eso le había ocurrido de pronto con Basini. ¿Era pues algo con lo que verdaderamente había que contar, algo de que tenía uno que guardarse, algo que podía surgir de pronto, del silencioso espejo del pensamiento?. Pero entonces todo lo demás era también posible, entonces Reiting y Beineberg eran posibles, también ese cuarto era posible... Y también era posible que en el mundo luminoso, sereno, que hasta entonces era el único que había conocido, se abriera una puerta que condujera a otro, sordo, quemante, vehemente, desnudo, anonadador. Era posible que entre aquellos hombres que vivían en una firme y traslúcida construcción de

vidrio y acero con su ordenada existencia alrededor de la oficina y la familia, y aquellos otros caídos, sangrientos, sudorosos y sucios, que vagaban por perdidos senderos, en medio de rugientes voces, hubiera un paso, es más aún, que los límites de esos dos mundos, secretos y próximos, franqueables, se tocaran en todo momento.

Pero no podía eludir la pregunta, ¿cómo es posible? ¿Qué ocurre en ese momento? ¿Qué cosa apunta, como un clamor, hacia lo alto y qué cosa se apaga repentinamente?

Ésas eran las preguntas que el incidente hizo nacer en Törless. Surgían imprecisas, con los labios cerrados, veladas por un sentimiento sordo, indefinido... de debilidad, de miedo.

Pero a lo lejos resonaban en Törless, ciertamente, desgarradas y de una en una, muchas de las palabras de Bozena, que lo llenaban de una espera cargada de temor.

En ese momento terminó el relato de Reitíng.

Törless comenzó a hablar en seguida. Obedecía a un repentino impulso, nacido de su consternación. Le parecía que tenía por delante algo decisivo y se espantaba de su proximidad, quería eludirlo, ganar una tregua. Habló, pero en el mismo instante sintió que decía cosas impropias, que sus palabras eran infundadas y que en modo alguno expresaban sus verdaderas opiniones... Dijo:

-Basini es un ladrón -y el sonido claro, duro, de esta palabra, le produjo tal satisfacción que la repitió dos veces...-, un ladrón. Y a los ladrones se los castiga en todas partes..., en todo el mundo. Hay que denunciarle, alejarle del instituto. Ojalá se corrija fuera; pero con nosotros ya no tiene nada que ver.

Pero Reitíng dijo, con una expresión de desagradable sorpresa:

-No, ¿para qué llevar las cosas a esos extremos?

-¿ Para qué ? ¿ No te parece obvio ?

-De ninguna manera. Hablas como si ya tuviéramos las puertas de casa una lluvia de azufre que fuera a aniquilarnos a todos, si permitimos que Basini permanezca entre nosotros. No me parece un asunto tan tremendo.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿De modo que seguirás estudiando, comiendo, durmiendo diariamente con un hombre que ha robado y que luego se te ha ofrecido como doncella, como esclavo? Francamente, no te entiendo. Se nos educa juntos porque pertenecemos a la misma clase social. ¿Te será, por ventura, indiferente servir en el mismo regimiento o trabajar con él en el mismo ministerio, o frecuentar las mismas familias...? ¿Y acaso que haga la corte a tu propia hermana?

-Vaya, ¿no te parece que exageras? -rompió a reír Reitíng-. Hablas como si perteneciéramos a una fraternidad para toda la vida. ¿Crees por ventura que siempre llevaremos un sello que declare "Graduado en el instituto de W." ? ¿ Crees que ello entraña privilegios y deberes especiales? Más adelante cada cual seguirá su propio camino y cada uno de nosotros ocupará el lugar que le corresponda. Porque no hay sólo una clase social. Quiero decir que no tenemos por qué quebrarnos la cabeza pensando en el futuro. Y en lo tocante al presente, en ningún momento dije que continuemos siendo camaradas de Basini. Ya encontraremos algo que conserve las distancias. Basini. está en nuestras manos. Podemos hacer con él lo que queramos. Por mí, puedes ir y

escupirle dos veces al día. ¿ En qué queda, pues, lo que tenemos en común, mientras él se avenga a lo que nosotros queramos? Y si se rebela, siempre podremos enseñarle quién es el amo... Tienes que hacerte a la idea de que entre nosotros y Basini no existe otra cosa que aquello que pueda procurarnos algún placer o diversión.

Aunque Törless no estaba convencido de la corrección de su propio punto de vista, continuó hablando vehementemente:

-Escúchame, Reiting. ¿ Por qué brindas a Basini una defensa tan calurosa?

-¿ Que yo lo defiende ? No lo sabía. No tengo ningún motivo especial para hacerlo. Todo este asunto me es infinitamente indiferente. Sólo me irrita que tú exageres. ¿Qué ocultas detrás de esto? ¿Qué significa este idealismo tuyo? Santa indignación o entusiasmo por el instituto y por la justicia. No tienes idea de lo exageradamente tonto que suena todo esto. ¿O es que, a fin de cuentas -y Reiting lanzó a Törless una relampagueante mirada, cargada de sospechas- tienes algún otro motivo para hacer expulsar a Basini y sencillamente no quieres reconocerlo? ¿Alguna vieja venganza que ha quedado pendiente? Entonces dilo, porque, si fuera eso, podríamos verdaderamente aprovechar esta ocasión favorable.

Törless se volvió hacia Beineberg; pero éste se limitó a reír irónicamente. Durante la conversación había estado chupando un largo chibucú, sentado a la manera oriental, con las piernas cruzadas, y a la dudosa luz del cuarto parecía, con sus salientes orejas, la grotesca imagen de un ídolo.

-Por mí, podéis hacer lo que queráis; el dinero no me importa y la justicia tampoco. En la India le habrían atravesado las visceras con una afilada caña de bambú; por lo menos, sería divertido. Basini es tonto y cobarde. No será una lástima para él; en cuanto a mí, me tiene sin cuidado lo que pueda ocurrirle a tales gentes. Son insignificantes, y lo que pueda suceder en su alma es cosa que no sabemos. Que Alá infunda gracia a vuestro juicio.

Törless no replicó. Se dio por vencido una vez que Reiting, se le había opuesto y que Beineberg no quiso hacer pesar su opinión. Törless ya no podía presentar otra resistencia. Ya no veía necesidad alguna de detener aquella cosa incierta, que se aproximaba.

Decidieron aprobar lo que Reiting propuso. Determinaron que desde aquel momento, Basini estuviera sujeto a vigilancia, sometido en cierto modo a tutela, para darle oportunidad de que se regenerara. En adelante iban a examinar atentamente los ingresos y los gastos de Basini, y los tres decidirían cuáles habrían de ser las relaciones de aquél con los demás compañeros.

Esta decisión era aparentemente muy correcta y benévola, "exageradamente vulgar", como esta vez no dijo Reiting; porque, en efecto, sin que se lo confesara, cada cual sentía que con ella habían creado tan sólo una situación ambigua. Reiting habría renunciado de mala gana a la idea de proseguir divirtiéndose con el incidente, ya que éste le procuraba placer; pero, por otro lado, aún no sabía con claridad qué giro podría continuar dándole. En cuanto a Törless, se había quedado paralizado ante el mero pensamiento de que ahora tendría que tratar diariamente a Basini.

Cuando poco antes había pronunciado la palabra "ladrón", por un instante todo se le había hecho más fácil. Había sido como una válvula de

escape, como una liberación de cosas que se revolvían en su interior.

Pero esta sencilla palabra no conseguía contestar a las preguntas que tornaban a surgirle. Ahora se habían hecho más claras, y ya no se trataba de evadirlas.

Törless pasó la mirada de Reiting a Beineberg, cerró los ojos y repitió para sí la decisión que habían tomado, volvió a mirar a los amigos... Él mismo ya no sabía si se trataba tan sólo de una fantasía, que como un gigantesco cristal quebrado cubría las cosas, o si todo aquello era verdadero, aquello que, inquietante y fantástico, vislumbraba ante sí. ¿ Es que Beineberg y Reiting no sabían nada de esos interrogantes, aunque ellos, desde el principio, se movían a sus anchas en este mundo, que sólo ahora y por primera vez le parecía a él tan extraño?

Törless tenía miedo de ellos, pero era el miedo de aquél que, hallándose frente a un gigante, le teme porque lo sabe ciego y tonto...

Pero había ocurrido algo decisivo: ahora estaba mucho más lejos que un cuarto de hora antes. Había pasado toda posibilidad de echarse atrás. Le animaba una ligera curiosidad acerca de lo que sobrevendría, puesto que habían llegado a una decisión contra su propia voluntad; pero todo lo que le agitaba por dentro permanecía aún en tinieblas. Sin embargo, experimentaba ya cierta delectación en mirar fijamente, para penetrarlas, esas tinieblas que los otros no advertían. Y tal delectación estaba mezclada con un suave estremecimiento, como si sobre su vida se extendiera, ahora permanentemente, un cielo gris, cubierto de grandes nubarrones, con monstruosas, cambiantes figuras... y aquellas preguntas siempre de nuevo presentes: ¿son monstruos? , son sólo nubes?

¡Y esas preguntas eran sólo para él! Como un misterio, algo ajeno a los otros, prohibido...

Así comenzó Basini a adquirir, por primera vez, la significación que luego habría de tener en la vida de Törless.

Al día siguiente, impusieron a Basini la tutela.

Lo hicieron no sin cierta solemnidad. Aprovecharon una hora de la mañana, mientras hacían ejercicios al aire libre, en el césped del gran parque, para apartarse algún tanto.

Reiting pronunció una especie de perorata. No precisamente breve. Hizo notar a Basini que había arruinado su propia existencia, que en verdad habría correspondido denunciarlo, y que sólo a una merced especialísima debía que, por el momento, no sufriera la vergüenza de verse castigado y expulsado del instituto.

Luego le comunicó las condiciones. Reiting se hacía cargo de la vigilancia.

Durante toda la escena, Basini había estado muy pálido; sin embargo, no replicó palabra y por la expresión del rostro, nadie hubiera podido medir lo que le ocurría por dentro.

A Törless el incidente le pareció a medias de pésimo gusto y a pesar de todo cargado de significación.

Beineberg había prestado más atención a Reiting que a Basini.

En los días siguientes, toda aquella historia pareció casi olvidada. Fuera de las horas de clase y de las comidas, Keiting no se dejaba ver; Beineberg estaba más taciturno que de costumbre y Törless conseguía pensar cada vez menos en el episodio.

Basini se movía entre los compañeros como si no hubiera ocurrido nada.

Basini era algo más alto que Törless, pero de complexión debilucha, movimientos blandos, perezosos, y rasgos femeninos. Poseía una inteligencia limitada; en esgrima y en ejercicios físicos era uno de los últimos. Perontenía cierto aire agradable de coqueta afabilidad.

Frecuentaba la casa de Bozena sólo para alardear de hombre. Por su desarrollo físico atrasado, el verdadero deseo sexual le era aún por completo desconocido. Sentía más bien que era su deber, o que era conveniente, que en él no faltara el aire de aventuras galantes. Su momento más feliz era aquel en que salía de la casa de Bozena y la dejaba detrás de sí, pues lo único que le interesaba era poseer el recuerdo del lance.

Además mentía también por vanidad. De las vacaciones, volvía siempre con recuerdos de alguna pequeña aventura: cintas, rizos, cartitas; pero cuando una vez sacó del baúl una lindísima liga, pequeña, perfumada, color celeste, y luego se llegó a saber que no la había obtenido de ninguna amiga sino de su propia hermana de doce años, fue objeto de incontables burlas por su ridícula jactancia.

La inferioridad moral que todos percibían en él, así como su necedad, tenían el mismo origen. No era capaz de oponer resistencia a ninguna sugestión y luego se sorprendía siempre de las consecuencias. Era como esas señoras de lindos ricitos sobre la frente, que dan a sus maridos una dosis de veneno en la comida y luego se espantan grandemente de las duras, extrañas palabras del fiscal y de la sentencia de muerte.

Törless le evitaba. Al hacerlo así, poco a poco fue perdiéndose también aquel profundo sentimiento de espanto que en los primeros momentos se había apoderado de él y le había sacudido tan singularmente. Todo volvía a ser razonable. Aquella cosa extraña que sintiera tornábase día a día más irreal, como los rastros de un sueño que no pueden perdurar en el mundo de la realidad, seguro, bañado por los rayos de un sol resplandeciente.

Para afirmarse más en ese sentido, comunicó a sus padres en una carta todo lo ocurrido, sólo que calló los sentimientos que le provocó el incidente.

Había llegado de nuevo al convencimiento de que lo mejor sería aprovechar la siguiente ocasión que se ofreciera para alejar a Basini del instituto. No podía imaginar que sus padres pensarán de otra manera. Esperaba de ellos un juicio severo, terminante, sobre Basini, esperaba que, no pudiendo soportar que éste estuviera cerca del hijo, se apresuraran, por así decirlo, a cogerlo con las puntas de los dedos y arrojarlo lejos, como a un insecto repugnante.

Nada de esto contenía, empero, la carta que recibió como respuesta. Los padres se habían esforzado honestamente en sopesar, como personas razonables, todas las circunstancias, en la medida en que la cortada, presurosa carta del hijo les permitía hacerse cargo de ellas. Prefirieron dar un juicio

contenido y prudente, tanto más cuanto que debían tener en cuenta las exageraciones propias de la indignación juvenil del hijo. Aplaudieron, pues, la decisión que habían tomado los tres jóvenes de dar a Basini la oportunidad de corregirse; opinaban que no era lícito arruinar la vida de una persona por una falta, cometida con ligereza, sobre todo -y ésta era a una circunstancia que recalcaron mucho- teniendo en cuenta que no se trataba de una persona ya hecha y madura, sino de un joven de carácter blando que estaba todavía en mitad de su desarrollo. En todo caso, tal vez sería conveniente mostrar a Basini severidad y rigor, pero también tratarlo con benevolencia para alentarle a corregirse.

Fortalecieron este consejo con una serie de ejemplos que Törless conocía muy bien; porque, en efecto, el joven recordaba que, en los primeros cursos, en los que la dirección aún se complacía en imponer medidas draconianas y en limitar la cantidad de dinero para gastos menudos a sumas ínfimas, muchos no podían, a menudo, contenerse y dejar de mendigar a los más felices de los pequeños glotones un pedazo de su emparedado de jamón u otra fruslería de este género. Ni siquiera él mismo se había visto libre de esa tentación, aun cuando oultaba su vergüenza regañando contra la malévola, malintencionada dirección del colegio. Y no sólo a los años sino también a las graves y bondadosas exhortaciones de los padres debía él la satisfacción de haber superado, poco a poco y con orgullo, semejantes debilidades.

Pero en esta ocasión todo aquello no hizo ningún efecto en Törless.

No podía dejar de comprender que sus padres tenían razón en muchos aspectos; pero también sabía que,

lejos, es casi imposible juzgar con entera rectitud; tenía la impresión de que en la carta de los padres faltaba algo muy importante.

No se traslucía en ella la sensación de que hubiera ocurrido algo irreparable, algo que nunca debía ocurrir entre personas de cierto círculo. Faltaban el asombro y la perplejidad. Los padres hablaban como si se tratara de algo habitual, que había que tomar con tacto pero no con mucha indignación, una mácula, muy fea por cierto, pero inevitable, como las necesidades físicas cotidianas. Y no había ni pizca de inquietud personal; les ocurría lo mismo que a Beineberg y a Reiting.

Törless podía haber admitido que se le dijera todo aquello, pero en cambio, rompió la carta en pedazos y la quemó. Era la primera vez en su vida que incurría en semejante acto de impiedad filial.

La carta ejerció en él un efecto contrario. En lugar de aceptar la sencilla actitud que le proponían, volvió a asaltarle el pensamiento de que la conducta de Basini era discutible, dudosa. Se decía, meneando la cabeza, que era menester meditar todavía, aunque no podía precisar por qué...

Lo más curioso era que Basini le perseguía más en los sueños que cuando reflexionaba en toda aquella historia. En tales circunstancias, Basini se le manifestaba comprensible, cotidiano, con claros contornos, tal como lo veían sus padres y sus amigos; y al instante siguiente Basini desaparecía para volver, una y otra vez, como una pequeña, pequeñísima figura que, intermitentemente, resplandecía ante un fondo profundo, muy profundo...

Una noche -era muy tarde y ya todos dormían- Törless sintió que alguien lo despertaba.

Junto a la cama estaba Beineberg. Aquello era tan inusitado que en seguida pensó que debía tratarse de algo importantísimo.

-Levántate, pero no hagas ruido. Que nadie nos oiga. Iremos allá arriba; tengo que contarte algo.

Törless se vistió presuroso, tomó el abrigo y se calzó unas pantuflas...

Una vez arriba, Beineberg volvió a colocar en su lugar, con especial cuidado, todos los obstáculos, y luego se puso a preparar té.

Törless, que sentía aún el sueño en todo el cuerpo, sorbió ávidamente la aromática, tibia, amarillenta bebida. Se acurrucó en un ángulo, esperando una gran sorpresa.

Por fin, Beineberg dijo:

-Reiting nos engaña.

Törless no se sorprendió en modo alguno. Siempre había dado por sentado que todo aquel asunto debía continuar de alguna manera. Era casi como si lo hubiera estado esperando. E involuntariamente dijo:

-Lo sospechaba.

-¿Cómo? ¿Que lo sospechabas? Pero no debes de haber notado nada, ¿no? No habría sido muy propio de ti.

-En todo caso, no se me ocurrió nada preciso. Además, no seguí pensando gran cosa en el asunto.

-Pero ahora lo sé todo. Desde el primer día abrigué sospechas sobre Reiting. Ya sabes que Basini me devolvió mi dinero. ¿Y con qué? ¿Qué te parece? ¿Con su propio dinero? No.

-¿Y crees que Reiting ha entrado en el juego?

-Seguramente.

En el primer momento, a Törless se le ocurrió que ahora también Reiting había seguido el ejemplo de Basini.

-¿Entonces crees que Reiting, lo mismo que Basini... ?

-¿Qué estás pensando? Sencillamente Reiting dio a Basini el dinero necesario para que pudiera cancelar su deuda conmigo.

-No veo qué razón pudo tener para hacerlo.

-Tampoco yo pude comprenderlo del todo. En todo caso, recordarás que, desde el principio, Reiting se empeñó vehementemente en defender a Basini. En aquel momento tuviste toda la razón del mundo. En verdad lo más natural habría sido hacer expulsar a ese individuo; pero entonces no quise apoyarte premeditadamente, pues pensaba que todavía faltaba ver a dónde iba a parar el juego. Es cierto que no sé si en aquel momento Reiting ya tenía intenciones precisas, o si sólo quería esperar a ver si podía asegurarse a Basini de una vez por todas. Pero hoy sé lo que ocurre.

-¿Sí?

-Espera, no quiero contártelo tan de golpe. Conoces la historia que hace cuatro años ocurrió en el instituto, ¿no?

-¿Qué historia?

-Bueno, cierta historia...

-Ah, sí, superficialmente. No sé sino que entonces, a causa de una cochinada, se produjo un gran escándalo y que expulsaron a un buen número

de alumnos como castigo.

-Sí, a esa historia me refiero. Me enteré de ciertas particularidades más por un alumno de aquella clase. Entre ellos había un muchachito muy guapo del que se habían enamorado muchos. Es algo que ya conoces, pues ocurre todos los años. Pero aquellos llevaron las cosas demasiado lejos.

-¿Cómo?

-¿Que cómo? No hagas preguntas tontas. ¡Y lo mismo hace Reiting con Basini!

Törless comprendió lo que ocurría entre los dos muchachos y sintió que se le estrangulaba la garganta, como si le estuvieran echando arena.

-Nunca hubiera pensado eso de Reiting -fue todo lo que se le ocurrió decir. Beineberg se encogió de hombros.

-Cree que puede engañarnos.

-¿Y está enamorado?

-No veo ninguna señal de eso. No es tan mentecato. Mantiene relaciones con él, se entretiene con él; a lo sumo, le gusta físicamente.

-¿Y Basini?

-¿Ése?... ¿No has notado qué descarado se ha vuelto últimamente? Ya casi no me deja que le diga nada Siempre llama a Reiting, sólo a Reiting y otra vez a Reiting, como si éste fuera su ángel custodio particular. Probablemente haya pensado que es mejor entregarse a uno solo. Y Reiting debe de haberle prometido protección si se avenía en todo a su voluntad; pero se han equivocado. Ya ajustaré cuentas con Basini.

-¿Cómo te enteraste?

-Los seguí una vez.

-¿A dónde?

-Aquí al lado. Reiting tenía una llave mía de la otra entrada. Yo me vine aquí. Abrí con precaución el agujero y me deslicé al otro lado.

En la delgada pared medianera que separaba el cuartito y el desván, había una abertura lo bastante ancha para permitir el paso de un cuerpo humano. En caso de sorpresa debía servir como salida de emergencia; generalmente estaba tapada con ladrillos sueltos.

Se produjo una prolongada pausa, en la que sólo se oía el crepitar del tabaco.

Törless no podía pensar en nada... veía, veía a través de sus ojos cerrados un súbito y violento torbellino de cosas... Hombres, hombres en medio de una iluminación deslumbrante, claras luces y sombras inquietas, profundas; rostros, un rostro, una sonrisa, unos ojos que se abrían, un temblor de la piel; veía a los seres humanos de una manera en que todavía no los había visto nunca, en que nunca los había sentido; pero los veía sin verlos, sin representárselos, sin imágenes, como si tan sólo su alma los viera. Eran figuras tan claras que habrían podido penetrar en él mil veces, pero se detenían como frente a un umbral que no podían traspasar y retrocedían apenas él buscaba palabras para dominar aquellas figuras.

Tenía que seguir preguntando. Dijo con voz vibrante:

-¿Y..., tú, lo viste todo?

-Sí.

-Y..., ¿cómo estaba Basini?

Pero Beineberg guardó silencio y de nuevo volvió a oírse tan sólo el inquieto crepitar del cigarrillo. Pasó un buen rato antes de que Beineberg volviera a hablar.

-Estuve examinando este asunto por ambas partes, y ya sabes que tengo opiniones muy particulares. Por lo que toca a Basini, me parece que en modo alguno haya algo que lamentar. Lo mismo me da que lo acusemos ahora, que le demos una paliza o que, de puro gusto, lo atormentemos hasta que quede medio muerto; porque no puedo imaginarme que un individuo como ése llegue a tener alguna significación dentro del maravilloso mecanismo del mundo. Me parece un elemento sólo fortuito, que ha sido creado fuera del orden general. Es decir, alguna significación también tendrá, pero seguramente muy imprecisa, como la de un gusano o una piedra, algo que no sabemos si, al pasar, aplastaremos o no; y esto y la nada son la misma cosa. Porque cuando el alma del mundo quiere que una de sus partes permanezca, se expresa muy claramente. Dice no, crea un obstáculo, nos hace pasar por encima del gusano o da a la piedra una dureza tal que no podemos destruirla sino con la ayuda de alguna herramienta. Y antes de que vayamos a buscar una herramienta, la piedra habrá creado los obstáculos con una serie de pequeñas, tenaces dificultades, de manera que aun cuando las superamos, la cosa ya tendrá de antemano otra significación.

En los hombres esa dureza estriba en su carácter, en la conciencia de que somos seres humanos, en el sentido de la responsabilidad, en saber que se es una parte del alma del mundo. Ahora bien, si un hombre pierde esa conciencia, se pierde él mismo, y cuando un hombre se pierde y se da por vencido, pierde eso propio, peculiar, en virtud de lo cual la naturaleza lo hizo hombre. Y nunca podemos estar más seguros que en el caso de que ese hombre es algo ya innecesario, una forma vacía, algo que el alma del mundo ya ha echado de sí.

Törless no sentía el deseo de replicarle; ni siquiera lo escuchaba con gran atención. Hasta entonces nunca le habían gustado esos discursos metafísicos ni tampoco se le había ocurrido que pudiera eliminarse así, sin más ni más, a un ser humano, como acababa de hacerlo el razonamiento de Beineberg. Aquellas cuestiones aún no habían aparecido en el horizonte de su vida.

En consecuencia no se tomó ninguna molestia en examinar el sentido de las afirmaciones de Beineberg. Se limitó a escucharle sólo a medias.

Sencillamente, no entendía cómo podía alguien ser tan categórico. Estaba tembloroso y la circunspección con que Beineberg exponía sus pensamientos que provenían sabe Dios de dónde, le parecía ridícula, inconveniente, fuera de lugar, le impacientaba. Y Beineberg prosiguió diciendo:

-En el caso de Reiting, todo es muy distinto. También él está a merced mía por lo que hizo. Sólo que su suerte no me es tan indiferente como la de Basini. Como sabes, la madre de Reiting no tiene una gran fortuna. Si lo expulsan del instituto, se vendrán abajo todos sus planes. Si sale correctamente de aquí podrá llegar a ser algo; en caso contrario, se le ofrecerán pocas oportunidades. Y Reiting nunca me ha soportado, ¿comprendes? Siempre me ha odiado. Ya antes me creó bastantes dificultades; todas las que pudo... Creo que aún hoy se alegraría si pudiera hacerme

reventar. ¿Comprendes ahora cómo puedo hacer todo lo que quiera, estando en posesión de este secreto...?

Törless se sobresaltó de manera tan extraña como si la suerte de Reiting le tocara a él mismo. Miró espantado a Beineberg. Éste había cerrado los ojos hasta el punto de que sólo se le veían dos menudas rayitas, y Törless tuvo la impresión de que estaba frente a una calma, pavorosa, gran araña, que acechaba junto a su tela. Las últimas palabras de Beineberg habían sonado frías y claras, como las frases de un dictado, en el oído de Törless.

No había seguido con atención el discurso del amigo. Sólo se había dicho: "Beineberg vuelve a hablar ahora de sus ideas, que nada tienen que ver con las cosas reales." Y de repente, no supo cómo había sucedido.

La telaraña, que de alguna manera se había estado formando afuera, de manera abstracta, debía de haberse cerrado de pronto con fabulosa rapidez, Y ahora, por una vez, había allí algo concreto, real, vivo..., una cabeza había caído en el lazo, con el cuello estrangulado.

Verdad es que Reiting no le gustaba nada; pero, recordando ahora el modo de ser amable, descarado, suelto, con que tramaba todas sus intrigas, Beineberg le pareció infame, cuando se lo imaginó estrechando, tranquilo y con una sonrisa irónica, su horrenda, espantosa urdimbre de pensamientos alrededor del otro. Törless dijo involuntariamente:

-No debes aprovecharte de él.

Acaso lo hubiera movido a decir esto su continua, secreta aversión por Beineberg.

Pero éste dijo, tras breve reflexión.

-¿Para qué? Sería verdaderamente una lástima. Desde ahora no es peligroso para mí; pero tiene demasiado valor para hacerlo tropezar en una tontería como esta.

Con tales palabras dio por terminado lo que se refería a Reiting; pero continuó hablando otra vez de la suerte de Basini.

-¿Crees todavía que deberíamos denunciar a Basini?

Törless no respondió. Deseaba oír hablar a Beineberg, cuyas palabras le sonaban como el retumbar de pasos dados en tierra hueca, socavada, y quería regodearse en ese estado.

Beineberg dijo:

-Pienso que lo mejor sería que lo castigáramos nosotros mismos, porque de cualquier manera merece un castigo, aunque sólo sea por su insolencia. Los del instituto a lo sumo lo expulsarán y dirigirán a su tío una larga carta. Ya sabes qué aire de negocio oficial se le prestará. Vuestra excelencia, su sobrino ha olvidado... Se ha equivocado... Le rogamos que lo retire... Esperamos que vuestra excelencia consiga inducirlo... a corre girse..., pues por el momento nos es imposible mantenerlo con los demás..., etc. ¿Te parece que esto tiene algún interés o algún valor para ellos?

-¿Y qué valor puede tener para nosotros?

-¿Qué valor? Para ti quizá ninguno, pues alguna vez serás consejero o poeta. Tú no necesitas de esto y hasta acaso lo temes. ¡Pero yo me imagino mi vida de otra manera!

Esta vez Törless prestó atención.

-Para mí Basini tiene un valor... Y hasta muy grande. Porque, mira, tú

sencillamente lo dejarías escapar y te quedarías muy tranquilo, pensando que era una mala persona.

Törless reprimió una sonrisa.

-Para ti, todo termina en eso, porque no tienes ningún interés en adiestrarte para maniobrar en casos parecidos. Pero yo, en cambio, estoy muy interesado. En mi caso debo concebir a los hombres de manera diferente. Por eso quiero conservar a Basini; para aprender con él.

-Pero, ¿cómo lo castigarás?

Beineberg retuvo un instante la respuesta, como si la meditara aún. Luego, dijo con precaución y titubeando:

-Te equivocas si crees que me importa mucho castigarlo. Claro está que, a fin de cuentas, lo que pienso para él puede considerarse también un castigo... Pero, en pocas palabras, tengo otras intenciones... Lo... bueno, digamos que lo atormentaré.

Törless se guardó de decir palabra. Todavía no comprendía claramente; pero sentía que todo aquello le llegaba, y debía llegarle, como de su interior. Beineberg, que no podía saber qué efecto habían causado sus palabras, prosiguió diciendo:

-No tienes por qué asustarte. No es tan cruel lo que pienso hacer. Por lo demás, como ya te expliqué, con Basini no hay que tener ninguna consideración. La decisión sobre si lo atormentaremos o lo perdonaremos nos corresponde sólo a nosotros y depende de los motivos que tengamos. ¿Tienes tú alguno? Eso que dijiste de la moral, de la sociedad, etc., naturalmente no cuenta. Ni tú mismo creíste nunca en semejante cosa. Según puedo suponer, este asunto te es indiferente. Pero, en el caso de que no quieras entrar en el juego, siempre podrás retirarte. En cambio, mi camino sigue una línea intermedia. Y debe ser así. Tampoco Reiting quiere abandonar el asunto, pues también para él tiene un valor especial, le ofrece la oportunidad de tener en sus manos a una persona con la que puede ejercitarse a manejarla como un instrumento. Reiting quiere dominar y a ti te trataría lo mismo que a Basini, si por casualidad se le diera la ocasión. En mi caso ocurre algo más importante; casi como un deber conmigo mismo. ¿Cómo podría explicarte esta diferencia que hay entre él y yo ? Bien sabes cuánto venera Reiting a Napoleón. Ahora bien, fíjate que la clase de hombre que sobre todo me gusta es la que se parece más al filósofo y al santón indio. Reiting sacrificaría a Basini sólo por interés. Lo desmenuzaría moralmente para saber cómo se comportaba el otro en semejante operación, y, como te dije, haría lo mismo contigo o conmigo, sin la menor contemplación. Yo, en cambio, tengo, como tú, cierto sentimiento de que, en última instancia Basini es también un ser humano. Frente a la crueldad, también una parte de mí se siente herida. Pero precisamente de eso se trata. ¡De ser una víctima! ¿Ves? también yo estoy tejido con dos hilos. Hay uno impreciso que, contrariando mis claras convicciones, me sujeta a una compasiva inacción. Pero también hay otro que corre a través de mi alma, a través de los conocimientos más íntimos, y me sujeta al cosmos. Poco antes te decía que hombres como Basini no significan nada, que son sólo una forma contingente, vacía. Los verdaderos hombres son únicamente aquellos que pueden penetrar en sí mismos, hombres cósmicos, que son capaces de sumergirse en el gran proceso del mundo. Esos hombres obran milagros con

los ojos cerrados, porque saben valerse de todas las fuerzas del mundo, que están igualmente dentro que fuera de ellos. Pero los hombres que siguieron hasta aquí el curso del segundo hilo, deben romper el primero. He leído sobre horribles sacrificios expiatorios por parte de monjes iluminados. Y a ti no te son del todo desconocidos los medios de que se valen los santos indios. Todas las cosas horribles que ocurren en esos ejercicios sólo tienen el objeto de dar muerte a los miserables deseos dirigidos hacia afuera que, ya se trate de la vanidad o del apetito, de la alegría o de la compasión, sólo puede anular el fuego que cada uno es capaz de encender en sí mismo. Reiting sólo conoce lo exterior; yo, en cambio, sigo el segundo hilo. Ahora, a los ojos de todo el mundo, él me aventaja, porque mi camino es más lento e inseguro; pero de un golpe yo puedo sobrepasarlo como a un gusano. Mira, se dice que el mundo está gobernado por leyes mecánicas que no pueden transgredirse. Eso es completamente falso; sólo lo dicen los libros escolares. El mundo exterior es, sin duda, tenaz y hasta cierto punto sus llamadas leyes no se dejan modificar; pero ha habido hombres que consiguieron hacerlo. Lo dicen libros sagrados, muy sabios, que la mayor parte de la gente no conoce ni de oídas. Por ellos sé que ha habido hombres que pudieron mover las piedras, el agua, y el aire, mediante un sencillo acto de su voluntad, y a cuyos mandatos ninguna fuerza de la tierra podía desobedecer. Pero también éstos son sólo los triunfos exteriores del espíritu; porque, en efecto, aquél que llega por completo a contemplar su alma, se libera de la vida corporal, que es sólo contingente. Dicen esos libros que quienes alcanzan tal estado ingresan directamente en el reino superior de las almas.

Beineberg hablaba con mucha gravedad, con contenida emoción. Törless había mantenido casi ininterrumpidamente los ojos cerrados. Sentía junto a sí el aliento de Beineberg y lo aspiraba como si fuera un angustioso medio de aturdirse. Beineberg puso fin a su discurso, diciendo:

-Bien comprendes, pues, cuál es el interés que tengo en todo esto. Todo lo que me impulsa a dejar escapar a Basini es de origen inferior, exterior. Tú podrás seguir ese impulso; pero para mí es un prejuicio del que tengo que liberarme como de todo aquello que me desvía del camino que me lleva a mí yo más íntimo. Justamente el hecho de que me sea difícil atormentar a Basini quiero decir, humillarlo, aplastarlo, alejarlo de mí está bien. Se necesita una víctima que obre un efecto purificador. Tengo la obligación de aprender diariamente en él que el mero ser humano individual no significa nada, que es tan sólo una semejanza exterior, imitativa.

Törless no comprendía muy bien todo aquello. Volvía a tener la sensación de que, de pronto, un lazo invisible, mortal, se estaba cerrando. Le resonaban en los oídos las últimas palabras de Beineberg, "tan sólo una semejanza exterior, imitativa". A Törless le parecía que estas palabras se ajustaban también a su propia relación con Basini. ¿No estaba aquel encanto especial, que para él tenía Basini, en tales visiones? ¿No era que cuando se representaba a Basini había detrás del rostro de éste otro rostro, como flotando? ¿Otro rostro de perceptible semejanza, que sin embargo no podía asirse?

Y así fue cómo Törless, en lugar de ponerse a reflexionar sobre los extraños designios de Beineberg, procuró, a medias aturdido por las nuevas,

inusitadas impresiones, poner en claro lo que le ocurría a él mismo. Recordó la tarde anterior antes de conocer la falta de Basini. Entonces ya había tenido realmente estas visiones. Había habido algo que el pensamiento no pudo explicarle, algo que le había parecido muy sencillo y muy extraño. Había visto imágenes que no eran en verdad imágenes, frente a aquella chozas, cuando se hallaba con Beineberg en la confitería.

Eran semejanzas y al propio tiempo diferencias insalvables. Y lo había turbado ese juego, esa perspectiva secreta enteramente suya, personal.

Y ahora, de pronto, una persona se había posesionado de él. Todo aquello había cobrado cuerpo, se había hecho real en una persona. Toda esa cosa peculiar de antes se había concentrado en ella, había pasado de la fantasía a la vida, y se había hecho... amenazadora.

La conmoción fatigó a Törless; los pensamientos se le eslabonaban sin firmeza.

No le quedaba más que la sensación de que no debía desembarazarse de Basini, de que éste desempeñaría

también en él un papel importante, ya a medias reconocido.

Meneaba asombrado la cabeza cuando pensaba en las palabras de Beineberg. ¿También él...?

"Él no puede buscar lo mismo que yo. Y sin embargo encontró las palabras justas para describir..."

Más que pensar, Törless soñaba. Ya no podía distinguir su propio problema psicológico de las fantasías de Beineberg. Terminó por quedarle sólo la sensación de que el gigantesco lazo iba cerrándose cada vez más alrededor de todo.

La conversación no continuó. Apagaron la luz y se deslizaron con cuidado de nuevo al dormitorio.

En los días siguientes, no ocurrió nada decisivo. En el colegio había mucho que hacer. Reiting, con precaución, renunciaba a sus desapariciones y Beineberg no buscó una nueva entrevista.

Durante esos días, como una corriente refrenada, lo ocurrido fue metiéndose profundamente en Törless e impartiendo a sus pensamientos una dirección irresistible.

Había abandonado definitivamente la idea de hacer expulsar a Basini. Por primera vez sentíase ahora lleno de sí mismo, concentrado en sí mismo, y no podía pensar en ninguna otra cosa. También Bozena le era ahora indiferente; lo que había sentido por ella era tan sólo recuerdo fantástico, y ahora le ocupaban cosas serias, claras.

Y por supuesto, esas cosas serias le parecían no menos fantásticas.

Abandonado a sus pensamientos, Törless salió a pasear solo por el parque; era alrededor del mediodía y el sol de otoño proyectaba pálidos recuerdos sobre los prados y senderos. Törless estaba interiormente agitado y no sentía placer en continuar andando, de manera que se limitó a rodear el edificio y a tenderse sobre el pajizo césped que se extendía al pie de la pared lateral, casi sin ventanas. Por encima de él, se abría el cielo de un azul empaldecido, sufriente, propio del otoño, y menudas nubecillas blancas, apelotonadas, corrían presurosas.

Törless se había echado cuan largo era de espaldas y miraba soñadoramente por entre las copas sin hojas de dos árboles que tenía frente a sí.

Pensaba en Beineberg. ¡Qué extraño era aquel hombre! Las palabras que había dicho podían adecuarse a un templo indio en ruinas, en medio de lúgubres imágenes de ídolos y serpientes encantadas, ocultas en recónditos escondites; pero, ¿qué sentido tenían aquí a la plena luz del día, en el instituto, en la Europa moderna? Y sin embargo, aquellas palabras, después de recorrer una eternidad, como un camino sin fin ni objeto, tras millares de bifurcaciones y recodos, parecían haber llegado de pronto a una meta con sentido...

Y súbitamente advirtió Törless -y le pareció que se le ocurría por primera vez- cuán alto en verdad estaba el cielo.

Fue como un sobresalto. Entre las nubes resplandecía un agujero pequeño, azul, intenso, indeciblemente hondo.

Tenía la impresión de que con una escalera larga, larga, podría llegarse hasta allá arriba; pero cuanto más alto se elevaba con los ojos tanto más se alejaba aquel azul resplandeciente, fondo88. Y sin embargo sentía que era menester llegar allí alguna vez y poder detenerlo todo con la mirada. Este deseo le atormentaba vivamente.

Era como si, tensa al máximo, la mirada volara rauda, cual una flecha, entre las nubes, y como si cuanto más lejos apuntaba, diera cada vez menos cerca del blanco.

Y Törless se entregaba a ese juego, esforzándose por permanecer tranquilo y razonable en la medida de lo posible. "Ciertamente no hay ningún fin" se dijo "Todo se proyecta cada vez más lejos, más adelante, al infinito." Con los ojos clavados en el cielo se decía estas palabras como si quisiera poner a prueba la fuerza de una fórmula de conjunto. Pero en vano. Las palabras no

decían nada o, mejor, decían algo completamente diferente, como si refiriéndose, eso sí, al mismo objeto, hablaran empero de otro aspecto de él, indiferente.

"¡El infinito!" Törless conocía la expresión por las clases de matemáticas. Nunca se había representado nada preciso, al pronunciar aquella palabra. Alguien la había inventado alguna vez y desde entonces era posible contar con ella como con algo seguro. Era precisamente lo que ocurría en los cálculos matemáticos. Pero más allá de ellos, Törless nunca había tratado de buscarle un sentido.

Y ahora le penetraba como un puñal y esa palabra contenía algo terriblemente inquietante. Se le antojó que era como un concepto domesticado, amansado, con el cual diariamente él hacía sus pequeños malabarismos y que, de pronto, ahora, se había desenfrenado. Los trabajos de algún inventor habían hecho adormecer esa cosa salvaje, violenta, anonadadora, que ahora se despertaba súbitamente y volvía a ser temible; y en aquel cielo se le imponía como algo vivo, que lo amenazaba, se mofaba de él.

Terminó por cerrar los ojos porque aquella visión le atormentaba demasiado.

Cuando poco después, una ráfaga de viento que barría el pajizo césped le hizo abrir los ojos, apenas sentía su propio cuerpo y de los pies le subía una agradable frescura que le mantenía los miembros en un estado de dulce inercia. A su anterior sobresalto se había agregado ahora algo suave y lánguido. Todavía sentía el cielo gigantesco y silencioso que lo cubría, mirándolo fijamente; pero ahora recordaba cuán a menudo ya otras veces había sentido esa misma sensación y en ese estado, entre la vigilia y el sueño, recorrió todos aquellos recuerdos y se sintió entrelazado con ellos.

Estaba primero aquel recuerdo de la infancia en el que los árboles se erguían graves y mudos como personas hechizadas. Ya entonces debió de haber sentido que esa sensación habría de volver a visitarlo muchas veces. Hasta aquello que había pensado en casa de Bozena tenía algo de ese recuerdo de la infancia, algo lleno de presentimientos y resonancias. Y también había ocurrido eso mismo en aquel momento de quietud, en el jardín, que se extendía ante las ventanas de la confitería, antes de que cayera el oscuro velo de la noche. Y Beineberg y Reiting se convertían a menudo, durante un fugaz instante, en algo ajeno, extraño, irreal. ¿Y Basini? Todo lo que ocurriera con él había dividido a Törless. La idea que se hacía de ello era tan pronto razonable y cotidiana, tan pronto lúgubre, con ese silencio penetrado de imágenes, común a todas esas impresiones, que se escurría aquí y allá en todo lo que Törless percibía, como algo real, vivo, que podía manejarse. Exactamente como le ocurriera poco antes con la idea del infinito.

Törless sentía que aquel silencio cargado lo iba cercando por todas partes. Como remotas, sombrías fuerzas, lo había estado amenazando ya desde siempre; pero instintivamente él se había apartado y aquello no había hecho sino rozarlo fugazmente, con una tímida mirada; pero ahora un accidente, una serie de acontecimientos, le había aguzado la atención y se la había enderezado a ese solo punto. Y a cada momento que pasaba, la

aproximación de aquellas sombras lo desgarraba en medio de terribles incertidumbres.

Las cosas, los hechos y los hombres parecían tener ahora para Törless algo así como un doble sentido: como algo que la habilidad de un inventor había encadenado a una palabra inofensiva, explicativa, y como algo completamente monstruoso, que a cada instante amenazaba liberarse de aquello.

Cierto es que hay una explicación sencilla y natural para todas las cosas, y Törless no lo ignoraba, pero, para su terrible sorpresa, aquella explicación parecía descubrir en las cosas no más que una capa del todo superficial, sin llegar para nada hasta su interior, que Törless, como provisto de una mirada que se hubiera vuelto sobrenatural, veía siempre como algo brillante, como una segunda y más profunda apariencia de las cosas.

Y mientras Törless permanecía tendido, entretejiendo sus recuerdos, de éstos nacían extraños pensamientos, como si fueran raras flores. Aquellos momentos que nadie puede olvidar, aquellas situaciones cuya conexión con otras no entendemos pero que, sin embargo, hacen que nuestra vida se proyecte a nuestro entendimiento sin lagunas, como si corrieran paralelas y a igual velocidad unas junto a otras, se ajustaban recíprocamente de pasmosa manera.

El recuerdo del silencio pavoroso, quieto y de lívidos colores, de muchos atardeceres, sucedía alternativamente a la calurosa y trémula inquietud de una tarde de verano; una inquietud vertida por su alma ardorosa, con un movimiento parecido al que tendrían las palas vibrantes de una hueste de iridiscentes lagartijas huidizas.

De repente vio ante sí una sonrisa de aquel principito, una mirada, un movimiento..., todo íntimamente unido con aquella manera suave, dulce, con que el príncipe deshacía los pensamientos que Törless había entretejido alrededor de él, todo concentrado en un indescriptible segundo, en una nueva dimensión extraña, infinitamente amplia. Luego, le asaltaron nuevamente los recuerdos del bosque, de los campos; después, una silenciosa imagen en un cuarto oscurecido de su hogar, que le recordó a un amigo perdido. Le acudían a la memoria palabras de una poesía...

Porque ocurre que, en ciertas cosas, es imposible comparar, relacionar, lo que se vive con lo que se piensa o aprende. Lo que vivimos sin reservas, como algo indiviso en un instante, se hace incomprensible y confuso cuando pretendemos atarlo, con la cadena del pensamiento a nuestras posesiones permanentes. Y lo que nos parece enorme y ajeno al hombre mientras nuestras palabras, desde lejos, pretenden asirlo, se hace sencillo y pierde su carácter inquietante, tan pronto penetra en el círculo activo de nuestra vida.

Y todos esos recuerdos tenían en común, pues, el mismo misterio, como si estuvieran frente a él claros, al alcance de la mano.

En su momento habían estado acompañados de un sentimiento sombrío, en el que Törless casi no había reparado.

Y ahora se esforzaba precisamente en determinar qué era aquello. Pensó que una vez, hallándose con su padre frente a un paisaje, él había exclamado: "¡Oh, qué hermoso!" y se había turbado cuando el padre se alegró

de la exclamación; pues del mismo modo habría podido decir "Es tremendamente triste". Era una falla⁹³ de las palabras lo que le atormentaba. Una conciencia a medias de que las palabras no eran sino subterfugios, pretextos fortuitos de lo que uno sentía.

Y hoy recordaba aquel paisaje, recordaba aquellas palabras, y tenía aquel claro sentimiento de mentir sin saberlo. La mirada nostálgica de Törless atravesó otra vez el recinto de todas aquellas cosas. Pero su mirada regresaba una y otra vez de aquel recinto con las manos vacías. Una sonrisa de encanto en el reino de los pensamientos, una sonrisa que, distraído y como anonadado, conservara todavía en los labios, se transformó en el esbozo de un rasgo de dolor apenas perceptible...

Sentía la urgente necesidad de ir a la búsqueda de un punto de apoyo, de un puente o una comparación entre él mismo y aquello que, sin palabras, se encontraba erguido frente a su espíritu.

Y ocurría que, apenas lograba tranquilizarse con algún pensamiento, oía esta incomprensible voz interior: "Mientes". Era como si debiera vivir sin cesar en medio de una división en la que siempre quedaba un tenaz residuo, o como si con febriles dedos se esforzara hasta herírseles por desatar un nudo infinito.

Por fin, se abandonó del todo. Aquel mundo de ensueños se ciñó a su alrededor y los recuerdos crecieron, cambiaron, en tremendas deformaciones.

Había vuelto a clavar los ojos en el cielo, como si quizá, por una casualidad, pudiera aún arrebatarse su secreto, adivinar algo de él, de aquello que tanto le turbaba; pero se fatigó y le sobrecogió el sentimiento de una profunda soledad. El cielo permanecía silencioso, y Törless sentía que, bajo esa bóveda muda, inmóvil, se hallaba completamente solo. Se sentía como un diminuto punto viviente bajo aquel gigantesco cadáver.

Pero ya casi no le asustaba. Como un viejo, conocido dolor, le había invadido ahora todos los miembros.

Era como si la luz hubiera adquirido un destello lechoso, como si ante los ojos le bailara una niebla fría y pálida.

Lentamente y con cuidado, volvió la cabeza y miró en torno, por ver si en verdad todo había cambiado. Entonces la mirada topó con el muro grisáceo, sin ventanas, que se levantaba por detrás de la cabeza de Törless. El muro parecía haberse inclinado sobre él y mirarlo en silencio. De tiempo en tiempo, desde esa pared, le llegaba un murmullo, señal de la misteriosa vida que anidaba allí.

Algo parecido había oído a menudo en el escondite, cuando Beineberg y Reitíng hablaban sobre sus fantásticos mundos. Y él se había regocijado al oír ese murmullo, como la extraña música de acompañamiento de alguna grotesca pieza teatral.

Pero ahora, hasta el claro día parecía haberse metido en un insondable escondite, y el silencio vivo rodeaba a Törless por todas partes.

No pudo apartar la mirada. Junto a él, en un rincón húmedo, sombrío, crecía una fáfara cuyas anchas hojas ofrecían fantásticos escondites a babosas y gusanos. Törless oyó los latidos de su corazón. Luego volvió a percibir un tenue, susurrante murmullo..., y ese murmullo era lo único vivo en un mundo silencioso y sin tiempo.

Al día siguiente ya estaban juntos Beineberg y Reiting cuando Törless se acercó a ellos.

-Ya hablé con Reiting -dijo Beineberg-, y lo hemos arreglado todo. A ti, por supuesto no te interesan estas cosas.

Törless sintió como enojo y celos ante este nuevo giro de la situación; y no sabía si mencionar, en presencia de Reiting, la conversación nocturna que había mantenido con Beineberg.

-Bueno, pero por lo menos podríais haberme llamado, porque el asunto me concierne tanto como a vosotros dos -replicó.

-Lo habríamos hecho, querido Törless -se apresuró a decirle Reiting-, pero no pudimos encontrarte y dimos por descontada tu aprobación. Por lo demás, ¿qué habrías de decirle a Basini? (Ni la menor palabra de disculpa, como si su comportamiento fuera algo natural.)

-¿Que habría de decirle? Pues que es un canalla -respondió Törless, turbado.

-¿No es cierto? Un perfecto canalla.

-Y tú también te metes en bonitas cosas, ¿no? -y Törless sonrió, algo cortado, porque se avergonzaba de no estar más resentido con Reiting.

-¿Yo? -Reiting se encogió de hombros-. ¿Qué tiene de malo? Y si él es tan tonto, tan bajo, que...

-¿Has vuelto a hablar con él? -preguntó Beineberg interviniendo en la conversación.

-Sí, ayer por la noche estuvo conmigo y me pidió dinero, porque tiene otra vez deudas que no puede pagar.

-¿Y le has dado algo?

-No, todavía no.

-Ah, muy bien -opinó Beineberg-. Entonces tenemos aquí la ocasión para atraparlo. Podrías citarlo en alguna parte para hoy por la noche.

-¿Dónde? ¿En el cuarto?

-Creo que no, pues todavía no sabe de su existencia, pero dile que acuda al desván, allí donde estuviste una vez con él.

-¿A qué hora?

-Digamos..., a las once.

-Muy bien. ¿Quieres que todavía sigamos paseando?

-Sí, Törless probablemente tenga aún que hacer ¿no?

En realidad, Törless ya no tenía ningún trabajo que hacer y sintió que entre los dos había todavía algo secreto que pretendían ocultarle. Se irritó consigo mismo por su inflexibilidad que le impedía acompañar a los otros.

Y así vio, con celos, cómo se alejaban sus amigos y trató de imaginar qué se traían entre manos.

No dejó de notar cuán inocente y amable era la manera de andar erguido, de Reiting. Exactamente como cuando hablaba. Y entonces procuró imaginarse cómo habría sido Reiting aquella noche, en su ser interior, en su intimidad. Tenía que haber sido como el caer largo larguísimo, de dos almas apasionadas la una por la otra hasta dar luego en un abismo como el de un reino subterráneo. Y entonces habría habido un instante en que los rumores del mundo de arriba, de muy arriba, se apagaban, se extinguían.

¿Podía alguien que hubiera vivido semejante cosa, volver a estar

satisfecho y comportarse con ligereza? Seguramente para Reiting aquello no tenía gran importancia. A Törless le habría gustado preguntárselo, y en cambio, a causa de un pueril recato, lo había abandonado a aquel maquinador que era Beineberg.

A las once menos cuarto, Törless vio cómo Beineberg y Reiting se deslizaban de sus camas, y él se levantó entonces inmediatamente.

-Pst... Espera un poco. Llamaremos la atención si salimos los tres juntos.

Törless volvió a meterse entre las sábanas.

Se reunieron en el corredor y subieron hasta el desván con las habituales precauciones.

-¿Dónde está Basini? -preguntó Törless.

-Vendrá por el otro lado. Reiting le dio la llave.

Estuvieron todo el tiempo a oscuras. Sólo una vez arriba, ante la gran puerta de hierro, Beineberg encendió su pequeña linterna sorda.

La cerradura ofrecía resistencia. Se había afianzado en una posición a causa de los muchos años que había permanecido cerrada y no obedecía a la ganzúa. Por fin cedió con ruido seco y la pesada hoja se movió, chirriando, en los goznes herrumbrados.

Del desván se desprendió un aire cálido, rancio, como el que exhalan los invernáculos pequeños.

Beineberg volvió a cerrar la puerta.

Los tres subieron por la escalera de madera y se agazaparon junto a una enorme viga transversal.

A ambos lados se extendía una hilera de grandes tinajas de agua, que debían servir a los bomberos en caso de que estallara un incendio. Evidentemente, hacía ya mucho que no se renovaba el agua, pues se sentía un olor dulzón.

Todo aquel ambiente era sumamente agobiante: el calor de debajo del tejado, el aire enrarecido y la maraña de grandes vigas que en parte se perdían hacia arriba en la oscuridad y en parte se arrastraban por el suelo formando una espectral urdimbre de maderos.

Beineberg cegó la linterna y, sin decir palabra, se sentaron100 inmóviles en medio de las tinieblas... Transcurrieron largos minutos.

De pronto se oyó el chirrido de una puerta en el extremo opuesto, suave y vacilante. Era un rumor que hacía saltar el corazón hasta el cuello, como la primera señal de que se aproxima la presa.

Siguieron unos pasos inseguros, el ruido retumbante de un pie contra la madera, un murmullo apagado, como el de un cuerpo que cae... Silencio. Después de nuevo pasos temerosos... Un momento de espera... Una voz muy baja.

-¿Reiting?

Entonces Beineberg quitó la pantalla de la linterna y dirigió un ancho rayo hacia el lugar de donde venía la voz.

Se iluminaron algunas enormes vigas que proyectaron agudas sombras, pero más allá no se veía otra cosa que un cono de polvo, que bailaba en el aire.

Los pasos se fueron haciendo cada vez más claros y próximos.

Se oyó de nuevo un pie -esta vez muy cerca- que daba contra la madera, y al instante siguiente surgió, en medio de la base del cono luminoso, el rostro de Basini... ceniciento en la dudosa luz.

Basini sonreía. Graciosamente, dulcemente. Se salió del marco de luz

manteniendo esa sonrisa rígida, como la de un cuadro.

Törless, sentado en su viga, sintió que le temblaban los músculos de los ojos.

Beineberg se puso a enumerar, medurado, con roncas palabras, los actos reprobables de Basini. Luego preguntó:

-¿Y no te avergüenzas?

Basini dirigió a Reiting una mirada que parecía decir: "Ha llegado el momento en que debes ayudarme" Y en ese mismo instante, Reiting le dio un puñetazo tal en el rostro, que Basini retrocedió tambaleándose, tropezó con una viga y terminó por caer al suelo. Beineberg y Reiting se lanzaron sobre él.

La linterna se había volcado y su luz se difundía, incomprensible y pesada por el suelo, hasta los pies de Törless...

Por los ruidos y murmullos, Törless se dio cuenta de que habían despojado a Basini de sus ropas y de que ahora lo estaban azotando con algo delgado, elástico, correoso. Evidentemente habían preparado todos los detalles. Törless oía los gemidos y las quejas, lanzadas ,a media voz, de Basini que, suplicante, pedía sin tregua perdón; por último, percibió tan sólo un suspiro, como un grito reprimido, luego palabrotas de injuria proferidas a media voz, y la cálida, vehemente, respiración entrecortada de Beineberg.

Törless no se había movido de su sitio. Verdad es que al principio había tenido una ganas bestiales de abalanzarse con ellos, de flagelar también con ellos pero lo contuvo la sensación de que habría llegado demasiado tarde y sería superfluo. Una pesada mano le tenía paralizados los miembros.

Se había quedado mirando el suelo, frente a sí, aparentemente con indiferencia. Ni siquiera aguzaba el oído para seguir los rumores, y ya no sentía que el corazón le palpitaba tan violentamente como antes. Tenía clavados los ojos en la luz que se derramaba a sus pies, como un charco. Veía unas manchas en el suelo y una lea101 telaraña, pequeñita. El resplandor llegaba hasta las juntas de las vigas y se perdía en una penumbra polvorienta, sucia.

Törless habría podido permanecer en esa actitud una hora entera sin notarlo. No pensaba en nada y sin embargo algo le oprimía en su interior. Y se observaba a sí mismo; pero lo hacía como si en verdad mirara el vacío y se viera a sí mismo sólo como en un destello confuso. Y ahora, lentamente, pero cada vez más perceptible, de ese destello confuso salía algo que buscaba imponerse a la clara conciencia.

Por un momento, algo hizo sonreír a Törless, pero luego esa exigencia subió de punto. Le hizo abandonar su asiento y colocarse de rodillas en el suelo. Le hizo sentir la necesidad de apretar su cuerpo contra la tablas, y Törless sintió que los ojos se le agrandaban como los de un pescado, y sintió cómo le golpeaba, a través del desnudo cuerpo, el corazón contra la madera.

Lo había sobrecogido una alteración tal que debió aferrarse a las vigas para defenderse del vahído.

El sudor brillaba en su frente. Se preguntó, lleno de temor, qué sentido podía tener todo aquello.

Asustado de su indiferencia, aguzó nuevamente el oído, a través de las tinieblas, hacia el lugar en que estaban los otros tres.

Había vuelto a reinar el silencio; sólo Basini se quejaba en voz baja, para sí, en tanto que buscaba a tientas sus ropas.

La voz quejosa de Basini suscitó en Törless un sentimiento grato. Como con patas de araña, le recorrió las espaldas un estremecimiento, arriba y abajo. Luego se le concentró entre los omoplatos y de allí, con finas uñas, le estiró hacia atrás la piel de la cabeza. Con gran sorpresa, Törless comprobó que se encontraba en un estado de extrema excitación sexual. Trato de establecer desde cuándo estaba así y sin recordarlo supo que su estado ya era aquél cuando sintió la singular necesidad de apretarse contra el suelo. Se avergonzó; pero era como si una violenta ola de sangre le hubiera inundado la cabeza.

Beineberg y Reiting llegaron a tuestas y se sentaron en silencio junto a él. Beineberg se puso a contemplar la linterna.

En ese momento, Törless recuperó su tranquilidad. Aquello ya no podía apartarse de la vista -así lo sentía ahora-, como si mirara con hipnóticos y rígidos ojos al cerebro. Era un interrogante..., era un... no, era una desesperación... ¡Oh, ya lo conocía tanto...! Los muros, aquel jardín de la confitería, las casuchas bajas, aquel recuerdo de infancia..., siempre lo mismo..., siempre lo mismo. Miró a Beineberg. "¿Y éste no siente nada?", pensó; pero Beineberg se inclinó para alzar del suelo la linterna. Törless le contuvo el brazo.

-¿No es como un ojo? -dijo y señaló la luz que se derramaba por el suelo.

-¿Y ahora te da por ponerte poético?

-No; pero ¿no te parece que tiene una peculiar relación con los ojos? De ellos emana (piensa en tus ideas favoritas desde el punto de vista de la física). Además, es seguro que un hombre revela mucho más con sus ojos que con sus palabras...

-Bueno... ¿y qué?

-Para mí esta luz es como un ojo, dirigido a un mundo extraño. Es como si fuera a revelarme algo. Quisiera embeberme de ella...

-Ya veo que empiezas a ponerte poético.

-No, lo digo en serio. Estoy desesperado. Reflexiona un poco y también tú lo sentirás. Una necesidad de revolcarme en ese charco de luz..., así de cuatro patas, arrastrarme hasta ese rincón lleno de polvo, por ver si puede revelármeme algo...

-Querido, eso son tonterías, sensiblerías. Es mejor que las dejes de lado.

Beineberg se agachó y enderezó la linterna. Al verlo, Törless experimentó una maligna alegría. Se percataba de que ese hecho tenía para él un sentido más, algo que se le escapaba al compañero.

Aguardó a que reapareciera Basini. Un lúgubre estremecimiento volvió a recorrerle las espaldas y a estirarle otra vez, con finas garras, la piel de la cabeza hacia atrás.

Sabía ya con toda claridad que a él le estaba reservado algo que iba apremiándole cada vez en intervalos más breves; era una sensación incomprensible para los otros, pero que, evidentemente, para la vida de Törless debía tener una gran importancia.

Sólo que no sabía cuál podía ser el sentido de aquella sensación, aunque recordaba que estaba ya presente cada vez que se desencadenaban los hechos, y que le parecía extraña y le atormentaba sencillamente porque él no

conocía la causa.

Se propuso pensar seriamente en ello en la ocasión siguiente. Mientras tanto, se entregó por entero al estremecimiento escalofriante que precedía a la aparición de Basini.

Beineberg había levantado la linterna y de nuevo los rayos cortaban un círculo en la oscuridad.

Y de pronto, tornó a aparecer dentro del círculo el rostro de Basini, exactamente como la primera vez, con la misma sonrisa rígida, sostenida, dulzona, como si en el interin no hubiera ocurrido nada, sólo que del labio superior, la boca y la mandíbula resbalaban lentamente algunas rojas gotas de sangre que, como gusanos, iban abriéndose camino, serpenteando.

-Siéntate allí -dijo Reiting mientras señalaba una enorme viga. Basini obedeció-. Probablemente había creído que te sería más fácil salirte de eso, ¿eh? Tal vez creíste que yo te ayudaría. Pues ya ves cómo te has engañado. Lo que hice contigo era sólo para ver hasta dónde eras capaz de llegar.

Basini insinuó un movimiento de defensa. Reiting amenazó abalanzarse nuevamente sobre él. Entonces Basini exclamó:

-Pero, por amor de Dios, yo no podía hacer otra cosa.

-¡Calla! -gritó Reiting-. Estamos hartos de tus discursos. Sabemos de una vez por todas lo que hay que hacer contigo; y ahora vamos a juzgarte...

Sobrevino un breve silencio. Y de pronto dijo Törless, en voz baja, con tono casi cordial:

-Di, pues, "soy un ladrón".

Basini abrió desorbitadamente los ojos, casi espantado; Beineberg sonrió con aprobación.

Pero Basini permanecía callado. Beineberg le dio entonces un golpe en las costillas y le gritó:

-¿No oyes? Tienes que decir que eres un ladrón vamos, dilo pronto.

Otra vez sobrevino un breve silencio y luego, Basini dijo en voz baja, en un respiro y con el tono más inocente e impersonal que pudo:

-Soy un ladrón.

Beineberg y Reiting rompieron a reír, complacidos mientras miraban a Törless.

-Fue una buena ocurrencia, muchacho.

Y luego dirigiéndose a Basini, le dijeron:

-Y ahora tendrás también que decir en seguida "Soy un animal, un animal ladrón, soy vuestro animal ladrón, cochino".

Basini lo repitió sin interrupción, con los ojos cerrados. Pero Törless ya se había retirado a la penumbra. Le repugnaba la escena y se avergonzaba de haber proporcionado a los otros esa idea suya.

Durante la clase de matemáticas Törless concibió un súbito pensamiento.

En los últimos días había estado siguiendo los cursos del instituto con particular interés, pues pensaba: "Si esto es verdaderamente una preparación para la vida, como dicen, entonces tiene que haber aquí algo de lo que yo busco."

Y había pensado en las matemáticas, precisamente por aquellas ideas sobre el infinito.

Y fue mediada la clase de matemáticas cuando la idea le surgió, caliente, en la cabeza. Al terminar la clase se juntó con Beineberg, porque era el único con quien podía hablar de semejante cosa.

-Dime ¿entendiste bien todo esto?

-¿Qué?

-Ese asunto de las cantidades imaginarias.

-Sí, no es tan difícil. Lo único que hay que tener presente es que la raíz cuadrada de menos uno es la unidad de cálculo.

De eso precisamente se trata. Tal cosa no existe. Todo número, ya sea positivo, ya sea negativo, da como resultado, si se lo eleva al cuadrado, algo positivo. Por eso no puede haber ningún número real que sea la raíz cuadrada de algo negativo.

-Completamente cierto. Pero, ¿por qué, de todos modos, no habría de intentarse aplicar también a un número negativo la operación de la raíz cuadrada. Desde luego que el resultado no puede tener ningún valor real; por eso el resultado se llama imaginario. Es como cuando uno dice: aquí, antes, siempre se sentaba alguien; pongámosle hoy entonces también una silla. Y aun cuando la persona haya muerto, obramos como si todavía pudiera acudir a nosotros.

-Pero, ¿cómo puede hacerse tal cosa, cuando se sabe, con toda precisión matemática, que es imposible?

-A pesar de ello se hace precisamente como si fuera posible. Quizás pueda obtenerse algún resultado. ¿Y qué otra cosa ocurre, a fin de cuentas, con las cantidades irracionales? Una división que nunca termina, una fracción cuyo valor nunca puedes agotar, aun cuando te pases la vida haciendo la operación. Y, ¿qué piensas de las líneas paralelas, que se cortan en el infinito? Creo que no habría matemáticas si pretendiéramos saberlo todo tan a conciencia y exactamente.

-En eso tienes razón. Cuando uno considera las cosas así, todo parece bastante correcto; pero lo curioso está precisamente en que se puedan hacer cálculos reales y se pueda llegar por fin a un resultado comprensible con semejantes valores imaginarios, que de alguna manera son imposibles.

-Sí, y para ello los factores imaginarios deben anularse recíprocamente en el curso de la operación.

-Sí, sí, todo lo que dices lo sé muy bien; pero de todos modos, ¿no queda algo muy extraño? ¿Cómo podría decirlo? Imagínate sólo esto: en una de esas operaciones al principio hay números, por decirlo así, completamente sólidos. Una medida de longitud o de peso, o algo que podamos representarnos de manera concreta. Y que por lo menos son números reales. Al terminar la operación son también números reales; pero esos dos extremos,

el comienzo y el final están ligados por algo que no existe. ¿No es acaso como un puente que sólo tiene pilares a una y a otra orilla, y que, a pesar de ello, puede uno atravesar como si los tuviera en todo el recorrido? Operaciones de esa naturaleza me dan vértigo. Son como un trozo de camino que va sabe Dios adónde. Pero lo que me parece realmente inquietante es la fuerza que hay en esas operaciones y el hecho de que uno pueda llegar con seguridad al otro lado.

Beineberg sonrió irónicamente.

-Hablas casi ya como nuestro catequista: "Ves una manzana..., pues son las vibraciones de la luz que el ojo, etcétera... Y extiendes la mano para coger algo, pues son los músculos y los nervios que ponen en movimiento a aquéllos. Pero entre ambas cosas hay algo más, y es el alma inmortal, que una vez pecó... Sí, sí, ninguna operación puede explicarse sin el alma que actúa sobre vosotros como sobre el teclado de un piano..."

Y Beineberg imitó el tono de voz con que el catequista solía formular esta vieja comparación.

-Por lo demás, me interesan muy poco todas estas cosas.

-Yo pensaba, por el contrario, que debían intensarte; por lo menos pensé inmediatamente en ti porque esto (si verdaderamente es tan inexplicable) viene a ser casi una confirmación de tus creencias.

-¿Por qué no iba a ser inexplicable? Considero muy posible que aquí los inventores de las matemáticas hayan dado un traspies. Porque, en efecto, ¿por qué aquello que está más allá de nuestro entendimiento no podría permitirse gastarles precisamente semejante broma al entendimiento? Pero la cuestión no me preocupa mucho, pues sé que todas estas cosas no conducen a nada.

El mismo día Törless manifestó al profesor de matemáticas el deseo de ir a verle a su casa para que le explicara algunos puntos de la última lección, y al día siguiente, durante el intervalo de mediodía, Törless subió la escalera que conducía a la pequeña morada del profesor.

Sentía ahora un respeto completamente nuevo por las matemáticas que, habiéndole parecido antes una disciplina muerta, de improviso se le habían convertido en algo vivo. Y a causa de ese respeto sentía una especie de envidia por el profesor, que debía de estar familiarizado con todos los secretos matemáticos, cuyo conocimiento llevaba siempre consigo como la llave de un jardín vedado. Törless, ciertamente, se veía, además, empujado a aquella visita por una curiosidad un poco tímida. Nunca había estado todavía en el cuarto de un hombre soltero y ardía en deseos de saber como era la vida de un hombre sabio, reservado y tranquilo, a juzgar por su manera de comportarse públicamente.

En general, era esquivo y retraído con sus profesores; por eso creía que ellos no le tenían particular simpatía. De manera que hallándose ahora turbado, frente a la puerta, el paso que daba le pareció un atrevimiento en el que se trataba menos de obtener una explicación -porque ya ahora dudaba de que ello fuera posible- que de echar una furtiva mirada alrededor de la vida del profesor y de su diario concubinato con las matemáticas.

Lo introdujeron en el cuarto de trabajo. Era una habitación larga, de una sola ventana; un escritorio salpicado de manchas de tinta se hallaba junto a la

ventana, y contra la pared había un sofá con borlas y forrado con un raído género verde, listado. Sobre el sofá colgaba de la pared una descolorida gorra de estudiante y una serie de fotografías oscurecidas, de los tiempos de la universidad. Encima de una mesita ovalada con patas de tijeras, con unos ornamentos que se supone debían haberle dado gracia, pero que, por el contrario, representaban un añadido completamente frustrado, había una pipa y un pote de tabaco de corte grueso. Por lo demás, todo el cuarto olía a tabaco de pipa barato.

Apenas Törless había tenido tiempo de cobrar conciencia de estas impresiones y de cierto malestar interior, como ocurre al encontrarse uno frente a algo poco agradable, cuando el profesor entró en el cuarto.

Era un hombre joven, de a lo sumo treinta años de edad, rubio, nervioso, excelente matemático, que ya había mandado a la academia algunos trabajos importantes.

Fue a sentarse en seguida a su escritorio, revolvió un poco los papeles que había sobre él (Törless comprendió más tarde que era en esos papeles donde el profesor encontraba verdadero refugio), se limpió los lentes con un pañuelo, cruzó una pierna sobre la otra, y se quedó mirando a Törless, en actitud expectante.

Éste, por su parte, también había comenzado a observarlo. Advirtió que el profesor llevaba un par de bastos calcetines blancos de lana y además que el borde de los pantalones estaba ennegrecido por el betún de los botines.

El pañuelo, en cambio, era de un blanco resplandeciente y la corbata, si bien perfectamente anudada, era de abigarrados colores, como los de una paleta de pintor.

Estas pequeñas observaciones chocaron involuntariamente a Törless. Ya no podía esperar que aquel hombre estuviera en posesión de conocimientos importantes, puesto que evidentemente ni en su persona ni en nada de lo que le rodeaba podía advertirse el menor signo de ello. Se había imaginado el cuarto de trabajo de un matemático como algo completamente diferente, con algún signo de las cosas tremendas que en él se pensaban. La vulgaridad, el carácter cotidiano de ese cuarto le hería. Y trasladó ese sentimiento a las matemáticas, de manera que su respeto comenzó a ceder frente a una recelosa aversión.

Como ahora también el profesor se movía con impaciencia en su asiento, sin saber cómo debía tomar aquel largo silencio y aquellas miradas inquisitivas, se creó ya en ese momento una atmósfera de incomodidad.

-Bueno, pues..., usted quiere una explicación... Con mucho gusto estoy dispuesto... -comenzó a decir el profesor.

Törless formuló sus reparos y se esforzó por exponerle su significación; pero le parecía que hablaba a través de una espesa, turbia niebla, y que las palabras se ahogaban ya en la garganta. El profesor sonreía, tosía de vez en cuando y por fin dijo:

-Permítame usted.

Encendió un cigarrillo y lo fumó en presurosas chupadas; el papel, como Törless advirtió mientras hablaba, se hinchaba y luego se arqueaba hacia abajo chisporroteando cada vez. El profesor se quitó los lentes de la nariz, tornó a colocárselos, hizo con la cabeza una señal de asentimiento y por último no dejó

que Törless llegara al final.

-Me complace mucho, mi querido Törless, me complace realmente mucho lo que me dice -lo interrumpió-. Su preocupación demuestra seriedad. Realmente..., pero no es tan sencillo darle la explicación que usted desea... Compréndame usted bien, se lo ruego. Mire usted, me está hablando de la función de los factores trascendentes. Hum, sí, se los llama así... Ahora bien, no sé cómo se imagina usted estas cosas; lo que está más allá de los estrictos límites del entendimiento es algo muy especial. A decir verdad, no son cosas que me conciernan a mí mismo; mi especialidad es otra; podrá pensarse de este modo o de este otro, sobre el asunto. Y yo evitaría en cualquier caso polemizar... Pero en lo tocante a las matemáticas -y aquí recalcó la palabra matemáticas como si quisiera cerrar de una vez por todas una puerta fatal- en lo que concierne, pues, a las matemáticas, es absolutamente seguro que se trata de una cuestión sólo natural y matemática. Ahora bien, para ser estrictamente científico yo debería hacerle algunas demostraciones que usted apenas podría comprender. Además, no tenemos tiempo. Sepa usted que me doy cuenta de que, por ejemplo, estos valores numéricos imaginarios, que realmente no existen, son un hueso duro de pelar para cualquier estudiante joven. Debería contentarse usted con saber que tales conceptos matemáticos son precisamente necesidades puras del pensar matemático. Reflexione usted. En la fase elemental de los estudios matemáticos, en la cual aún se halla usted, para muchos es difícil comprender la explicación cabal. Afortunadamente sólo muy pocos sienten verdadera curiosidad por estas cosas; pero cuando viene uno, como usted hoy (aunque como ya le dije, me ha complacido mucho), a plantear estas cuestiones, entonces lo único que puede decirse es: Querido amigo, aquí no cabe otra cosa que creer. Cuando sepas diez veces más matemáticas de lo que ahora sabes, lo comprenderás; pero, por el momento, ¡creer! No hay otro remedio, querido Törless. Las matemáticas constituyen todo un mundo en sí mismas y es menester haber vivido mucho tiempo en ese mundo para sentir todo lo que en él es necesario.

Cuando el profesor calló, Törless estaba de buen humor. Desde que había oído cerrarse la puerta, las palabras del profesor le habían sonado cada vez más lejanas... Al otro lado, indiferentes, estaban todas las explicaciones correctas que, sin embargo, no le eran accesibles.

Pero el torrente de palabras y el sentimiento de fracaso le habían aturdido y no comprendió en seguida que debía ponerse de pie.

Entonces el profesor, para rematar definitivamente la charla, echó mano de un último argumento, convincente.

Sobre una mesilla estaba un célebre libro de Kant. El profesor lo tomó y se lo mostró a Törless.

-Vea este libro. Es de filosofía. Contiene un análisis del tema de nuestra conversación. Si usted pudiera llegar a la médula del libro, se encontraría con esas necesidades del pensar que precisamente lo determinan todo. Es algo muy parecido a lo que ocurre con las matemáticas. No advertimos esas necesidades del pensar y sin embargo procedemos continuamente valiéndonos de ellas. Ahí tiene usted la prueba de lo importantes que son esas cosas; pero -sonrió cuando vio que Törless abría el libro y se ponía a hojearlo-, pero, no va usted a ponerse a leerlo ahora. Únicamente quería darle un ejemplo, que usted

podiera recordar alguna vez en el momento oportuno. Por ahora, seguramente es todavía demasiado difícil para usted.

Törless pasó el resto del día en estado de gran excitación.

La circunstancia de haber tenido en las manos un libro de Kant -esa circunstancia completamente fortuita, a la que en su momento no había prestado gran atención- repercutió en él profundamente. Le era conocido de oídas el nombre de Kant y lo consideraba la última palabra de la filosofía, como suelen opinar quienes sólo tienen un remoto contacto con las ciencias del espíritu. Y la creencia en esa autoridad había sido uno de los motivos por los cuales Törless, hasta entonces, no se había sentido atraído por los libros serios. Los muchachos muy jóvenes, una vez pasado el período en que quieren ser cocheros, jardineros o confiteros, suelen abrazar con la fantasía aquellas profesiones que parecen ofrecer a su ambición la mejor posibilidad de sobresalir y distinguirse. Cuando dicen que quieren ser médicos, ello significa que alguna vez vieron un bonito consultorio atestado de pacientes o una vitrina con curiosos instrumentos quirúrgicos, o algo por el estilo. Si hablan de la carrera diplomática, piensan en el brillo y en la distinción de los salones internacionales. En suma, que eligen su profesión según el medio en que les gustaría verse y según la pose que más les agradaría adoptar.

Ahora bien, el nombre de Kant siempre se había pronunciado ante Törless con el aire de estar hablando de un misterioso e inquietante santo. Y Törless no podía pensar sino que Kant había resuelto definitivamente los problemas de la filosofía y que después de él la filosofía misma era una ocupación ociosa, sin finalidad, así como creía que después de Schiller y Goethe ya no era lícito componer poesía.

En casa de sus padres, esos libros estaban en el armario de cristales verdes, en el cuarto de trabajo del consejero, y Törless sabía que ese armario no se abría nunca, salvo para mostrar algún libro a un visitante. Era como el santuario de una deidad a la que uno no se acerca gustosamente y a la que venera sólo porque, gracias a que ella existe, ya no necesita uno preocuparse por ciertas cosas.

Esa actitud frente a la filosofía y la literatura había ejercido una desdichada influencia en el desarrollo de Törless, y a ella debía muchas horas tristes. Por esta causa, sus anhelos se desviaron de los objetivos más adecuados y quedaron -mientras Törless, privado de una meta natural, luchaba por encontrar otra- a merced de la brutal y decidida influencia de los compañeros. Sus inclinaciones sólo volvían de vez en cuando, avergonzadas, y dejaban en la conciencia de Törless la sensación de haber hecho algo inútil y ridículo. Sin embargo, poseían tal intensidad, que Törless no llegaba nunca a librarse de ellas, y esta lucha constante era la causa de que a su ser le faltasen unas líneas claras que lo definieran y un camino recto que seguir.

Pero aquel día, su actitud frente a la filosofía parecía haber entrado en una nueva fase. Los pensamientos a los que en vano había buscado hoy una explicación ya no eran los eslabones inconexos de una juguetona imaginación, sino que se revolvían en él, no lo dejaban tranquilo, y Törless sentía con todo su cuerpo que detrás de ellos alentaba algo de su propia vida. Esto era completamente nuevo para él. Un estado casi de ensueño, de misterio. Acaso se hubiera desarrollado obedeciendo silenciosamente a la presión de los últimos tiempos y ahora, de pronto, se manifestaba con ávidos dedos. Le ocurría como a una madre que, por primera vez, siente los movimientos

imperiosos del fruto de su cuerpo.

Fue una tarde de entrañable goce espiritual.

Törless sacó del cajón todos los intentos poéticos que había hecho y que había conservado allí. Se sentó con ellos junto al hogar y permaneció solo y sin que nadie lo viera, detrás del gran biombo. Hojeaba un cuadernillo tras otro, luego lo rompía lentamente y, saboreando una y otra vez la fina conmoción de la despedida, lo arrojaba al fuego.

Quería dejar detrás de sí todo lastre anterior, como si lo único que importara ahora fuera concentrar la atención en dirigir los pasos hacia adelante.

Por fin se levantó y se mezcló con los demás. Se sentía liberado de toda angustia. Lo que había hecho respondía a un impulso puramente instintivo; nada como la mera existencia de ese impulso le ofrecía la seguridad de que realmente a partir de entonces sería un hombre nuevo. Mañana, se dijo, mañana lo examinaré todo cuidadosamente y todo se aclarará.

Se paseó por la sala de trabajo, por entre los bancos, contemplando los cuadernos abiertos sobre cuya blancura corrían aquí y allá, presurosos, los dedos de los que escribían, arrastrando detrás de sí pequeñas sombras pardas... Y él veía todo aquello como quien habiéndose despertado repentinamente, encuentra las cosas cargadas de una significación más grave.

Pero ya el día siguiente le trajo una gran decepción. Aquella mañana, Törless había comprado un ejemplar de la obra que había visto en casa del profesor y aprovechó el primer recreo largo para comenzar a leer. Pronto comprobó que no entendía palabra de lo que estaba encerrado entre paréntesis y de lo que decían las notas a pie de página, y por más que seguía concienzudamente con los ojos las frases, tenía la sensación de que una vieja mano huesuda, le revolvía el cerebro y le introducía en él un tornillo.

Cuando al cabo de una media hora, ya agotado, levantó la vista, no había pasado de la segunda página y el sudor perlaba su frente.

Así y todo, apretó los dientes y volvió a leer una página más, hasta que terminó el recreo.

Por la noche, empero, no se acercó al libro. ¿Temor? ¿Repugnancia? No lo sabía muy bien. Sólo una cosa le atormentaba: el profesor, ese hombre que aparentaba tan poco, tenía el libro al alcance de la mano en su cuarto, como si le procurara un cotidiano entretenimiento.

En ese estado de ánimo le encontró Beineberg.

-Y bien, Törless, ¿cómo te fue ayer con el profesor?

Se sentaron solos en el hueco de una ventana y corrieron hacia adelante el ancho perchero del que colgaban muchos abrigos, de manera que de la clase sólo les llegaba, de vez en cuando, un zumbido ondulante y el reflejo de las lámparas en el cielo raso. Törless se puso a jugar distraídamente con uno de los abrigos que estaban colgados frente a él.

-¿Estás dormido? Tiene que haberte respondido algo, ¿no?, supongo que no se ha visto en grandes dificultades.

-¿Por qué?

-Bueno, no se habrá intimidado por una pregunta tan tonta.

-La pregunta no era tonta. Todavía sigo pensando en todo eso.

-Sí, a mí tampoco me parece tan tonta; sólo para él debe de haber sido tonta. Esos aprenden sus cosas de memoria como el cura su catecismo, y cuando uno les pregunta sobre algo que está fuera de la línea, se ven en dificultades.

-Ah, no creas que le costó mucho trabajo responder. Ni siquiera me dejó terminar. Inmediatamente se dio cuenta de lo que yo quería saber.

-¿Y qué explicación te dio?

-A decir verdad ninguna. Me dijo que yo todavía no estaba en condiciones de comprender, que eran necesidades del pensar, y que son cosas que sólo se entienden bien una vez que uno se ha embebido de ellas.

-¡Puras patrañas! ¿De modo que no pueden explicar sus historias a alguien que tiene el cerebro bien constituido? ¿Que sólo es posible comprenderlas cuando uno se ha pasado diez años ablandándose los sesos? Y hasta entonces uno habrá contado mil veces con esas bases y habrá levantado grandes edificios, en los que todas las piezas encajan perfectamente; debe uno crecer en los principios, como el católico en la Revelación. ¿Es pues un arte, ése de engatusar a un hombre normal con demostraciones? En cambio, nadie sería capaz de persuadirlo de que sus edificios, si bien se sostienen, descansan en una piedra fundamental que, a pesar de todo, se esfuma en el aire cuando pretende uno comprenderla.

A Törless le desagradó la manera exagerada que Berneberg tenía de

presentar las cosas.

-No será tan terrible como tú dices. Yo nunca dudé de que las matemáticas estaban en lo cierto (en última instancia, los resultados así lo demuestran); pero, claro está, me parece extraño que este fenómeno se oponga al entendimiento; y, después de todo, bien pudiera ser que se opusiera sólo aparentemente.

-Pues bien, tú puedes esperar esos diez años y entonces tal vez su entendimiento esté listo, preparado... yo también estuve reflexionando desde la última vez que hablamos de esto, y estoy firmemente convencido de que aquí hay gato encerrado. Por lo demás, antes no hablabas de la misma manera que hoy lo haces.

-Oh, no, también estoy preocupado; sólo que no quiero exagerar como tú. Lo encuentro extraño, eso es todo. El pensamiento de los números irracionales, de los números imaginarios, de las líneas paralelas que se cortan en el infinito (es decir, en alguna parte, entonces), me desconcierta. Cuando pienso en estas cosas quedo aturdido, como si recibiera un golpe en la cabeza.

Törless se echó hacia adelante, en medio de la sombra, y la voz le vibró ligeramente al hablar.

-Antes lo tenía todo tan claramente ordenado en mi cabeza; y ahora tengo la impresión de que mis pensamientos son como nubes, y cuando llego a algún lugar, me parece que hay un vacío a través del cual se ve una amplitud infinita, indeterminable. Las matemáticas estarán en lo cierto, pero, ¿qué le ocurre a mi cabeza y qué les ocurre a las cabezas de los demás? ¿Es que no lo sienten? ¿Cómo se lo representan? ¿De ninguna manera?

-Creo que pueden verlo en tu profesor. Cuando llegas a alguna conclusión, miras inmediatamente en torno y preguntas: ¿En qué relación está ahora esto mío con todo lo demás? Ellos se han hecho un camino de millares de serpenteantes corredores, a través del cerebro. Y se limitan a mirar el último recodo que dejaron atrás, por ver si aún continúa manteniéndose el hilo que van dejando detrás de sí. Por eso tú los confundes con tu manera de preguntar. Ellos no pueden encontrar el camino que lleva hacia atrás. ¿Cómo puedes sostener por lo demás, que exagero? Esos hombres adultos, tan inteligentes y sensatos, se han tejido una red y cada punto de la malla sostiene a otro, de suerte que el conjunto parece natural; pero nadie sabe dónde está el primer punto, por obra del cual se mantiene el todo. Nosotros dos nunca hablamos seriamente de ello. A la postre, a nadie le gusta dedicar muchas palabras a estas cosas; pero bien ves ahora qué endeble es la concepción del mundo con que la gente se contenta... Es un engaño son patrañas que sólo indican debilidad mental, pobreza de sangre. Porque, en efecto, el entendimiento de los hombres llega muy lejos, en tanto que su explicación científica elaborada de la cabeza, una vez fuera se congela, se enfría; ¿te das cuenta? ¡Ah, ah, todas esas cimas esas cimas exteriores de que nos hablan los profesores esas cimas tan delicadas, que ahora todavía no podemos comprender, son cosa muerta, son cosa helada! ¿Entiendes? Por todas partes se levantan, rígidas, esas maravillosas cimas de hielo y nadie es capaz de hacer nada con ellas, tan faltas de vida están.

Törless había vuelto a echarse lentamente hacia atrás. El cálido aliento de Beineberg daba en los abrigos y calentaba aquel rincón. Y la excitación de

Beineberg como siempre, impresionó penosamente a Törless. Y ahora, el otro se había inclinado tan cerca de Törless que sus ojos inmóviles, como dos piedras verdes, estaban junto a los de Törless, en tanto que las manos, de una movilidad peculiarmente fea, se agitaban aquí y allá en la semipenumbra.

-Todo lo que ellos afirman es incierto. Todo se desarrolla naturalmente, dicen. Cuando cae una piedra, lo que la hace caer es la fuerza de gravedad; pero, ¿por qué no habría de ser la voluntad de Dios? ¿Y por qué no habría de compartir la suerte de aquel que no estuviera satisfecho con la suya propia? ¡Pero no sé por qué te hablo de esto! Siempre te quedarás a mitad de camino. Encontrarás que todo es un poco extraño, menearás un poco la cabeza, te espantarás un poco. Eso es lo que siempre haces; pero nunca te aventuras fuera de ti. En todo caso, no soy yo quien se lo pierde.

-¿Quieres decir que te doy lástima? No vayas a creer tampoco que tus afirmaciones son tan seguras.

-¡Cómo puedes decir eso! ¡Son lo único seguro que hay! Por lo demás, no sé por qué hablo contigo de esto. Ya verás, mi querido Törless; hasta apostarí que alguna vez tendrás un interés enorme por conocer la naturaleza íntima de estas cosas. Por ejemplo, si con Basini ocurre lo que yo...

-Por favor -lo interrumpió Törless-, no quisiera mezclar precisamente ahora el asunto de Basini.

-¿Y por qué no?

-Porque no. Sencillamente no quiero. Me resulta desagradable. Para mí Basini y esto son cosas diferentes. Y no me gusta cocinar cosas diferentes en la misma olla.

Beineberg torció el gesto ante esta inusitada decisión, mejor todavía, ante la rudeza de su camarada más joven; pero Törless sentía que la mera mención del nombre de Basini le había quitado toda su seguridad, y, para ocultarlo, continuó hablando, irritado.

-Haces en general afirmaciones con una seguridad que verdaderamente no hace al caso. ¿No crees que también tus teorías están construidas sobre la arena, lo mismo que las otras? Suponen también muchos vericuetos, que deben contar con una gran dosis de buena voluntad.

Lo curioso fue que Beineberg no se enojó. Se limitó a sonreír -cierto es que un poco cortado, mientras los ojos le refulgían, inquietos- y a decir:

-Ya verás, ya verás.

-¿Qué cosa veré? Pues por mí, si tengo que ver, que sea; pero me interesa un rábano, Beineberg. Tú no me entiendes. No sabes lo que me interesa. Si las matemáticas me atormentan y si... -reflexionó rápidamente y no dijo nada de Basini-, si las matemáticas me atormentan, lo que busco en ellas es algo diferente de lo que buscas tú. No es nada sobrenatural. Precisamente busco lo natural, ¿comprendes? Nada que esté fuera de mí. Busco en mí mismo, ¡algo natural! Ciertamente es que hay cosas que no comprendo; pero tú tampoco las comprendes, como ocurre en el caso de las matemáticas. ¡Ah, déjame por ahora en paz con tus especulaciones!

Cuando se puso de pie, Törless estaba temblando excitación.

Y Beineberg se limitó a decir otra vez:

-Ya verás, ya verás...

Por la noche, tendido en la cama, Törless no lograba conciliar el sueño. El tiempo se deslizaba como las enfermeras pasan ante el lecho de un enfermo. Sentía los pies helados y las mantas lo agobiaban en lugar de calentarlo.

En el dormitorio se oía tan sólo la respiración tranquila y regular de los alumnos internos, que después de las horas de estudio, de gimnasia y de correr de aquí para allá al aire libre, estaban entregados a un sueño sano, animal.

Törless se puso a escuchar la respiración de los que dormían. ¿Cuál era la de Beineberg, la de Reiting, la de Basini? No lo sabía; pero tenía que ser la de uno de esos muchos pechos que subían y bajaban regularmente, indiferentes, tranquilos, como un aparato mecánico.

Una de las cortinas de lino había quedado desenrollada sólo hasta una altura media y por allí entraba la clara y resplandeciente noche que dibujaba un pálido e inmóvil cuadro en el suelo. El cordón había quedado sin anudar y caía en una fea curva hacia abajo, mientras se proyectaba en el suelo una sombra, como un gusano que se arrastrara por el claro cuadrado de penumbra.

Todo tenía una fealdad inquietante, grotesca.

Törless procuró pensar en algo grato. Recordó a Beineberg. ¿Acaso no le había vencido hoy? ¿No había sido hoy cuando por primera vez había logrado afianzarse en sus propias peculiaridades frente a los demás? ¿No había logrado acaso elevarse hasta el punto de hacerle sentir al otro la diferencia infinita de fineza de sensibilidad que los separaba? ¿Había sabido contestar bien? ¿Sí o no?...

Pero ese "sí o no" le subía una y otra vez por la cabeza cual una burbuja que luego se esfumaba. "Sí o no", "sí o no", volvía a repetirse sin tregua, con un ritmo monótono, como el del rodar de un tren, como el balancearse de las flores en alto tallo, como el golpear de un martillo que se oye en una casa silenciosa, a través de muchas delgadas paredes... Ese penetrante y continuo "sí o no" fastidiaba a Törless. Su alegría no era verdadera. ¡Parecía tan ridícula!. Y cuando por fin se incorporó en el lecho, creyó que era su propia cabeza la que, asintiendo, se movía acompasadamente sobre los hombros, arriba y abajo, rítmicamente.

Por último, todo se acalló en su interior. Ante los ojos tenía sólo una amplia superficie negra que se iba extendiendo en círculo en todas direcciones.

Aquí llegaban... Desde lo lejos, allá en el borde, dos figuritas pequeñas, vacilantes, trémulas, avanzaban al sesgo sobre el entablado. Eran evidentemente sus padres; pero tan pequeños que Törless no podía sentir nada por ellos.

Volvieron a desaparecer por el otro lado.

Luego aparecieron otros dos. Pero, ¡vaya! un tercero avanzaba desde atrás, con pasos que eran el doble de largos que el cuerpo y... en seguida se hundió en el borde. ¿No había sido Beineberg? Y allí iban ahora los dos primeros; uno de ellos, no había duda, era el profesor de matemáticas, Törless lo reconoció por el pañuelo que coquetamente le sobresalía del bolsillo. ¿Y ese otro que llevaba bajo el brazo un volumen grueso, muy grueso y tan alto como la mitad de él mismo? ¿Tan grande que apenas podía cargar con él? A cada tres pasos se detenían y dejaban el libro en el suelo. Törless oyó que la débil voz del profesor decía: "Si esto es así, encontraremos la explicación correcta

en la página doce; pero la página doce nos remite a la página cincuenta y dos, donde está expuesto, empero, lo que ya se hizo notar en la página treinta y uno. Y, apoyándose en este supuesto..." Entonces se inclinaban sobre el libro y con las manos movían presurosamente las páginas. Al cabo de un rato volvían a levantarse y el hombrecillo acariciaba cinco o seis veces las mejillas del profesor. Luego avanzaban unos pasos más y Törless oía de nuevo su voz con tanta claridad como cuando se dedicaba a aclarar algún teorema en las clases de matemáticas. Y así continuaba la cosa, hasta que el otro volvía a acariciar la mejilla del profesor.

¿Quién era ese otro? Törless frunció las cejas para verle mejor. ¿No llevaba una coleta? ¿Y una ropa un tanto anticuada? Muy anticuada. Si hasta tenía calzas de seda que le llegaban a las rodillas. ¿No era acaso...? ¡Oh... -y Törless se despertó con la exclamación-: Kant!

No pudo contener una sonrisa. Alrededor todo estaba en silencio. La respiración de los que dormían se había hecho más apagada. También él había dormido. Y además en el ínterin, la cama se había calentado. Se estiró, cuanto largo era, bajo las sábanas, con una sensación agradable.

"De manera que soñé con Kant", pensó, "¿por qué no soñé más? Tal vez me hubiera soltado algún discursillo". Recordó que en una ocasión -a la mañana siguiente debía dar examen de historia y no se hallaba bien preparado para afrontarlo- soñó durante toda la noche tan vividamente con los acontecimientos sobre los que debían examinarlo, que al día siguiente pudo referirlos como si él mismo hubiera participado en ellos, de manera que obtuvo una nota sobresaliente. Y ahora pensaba otra vez en Beineberg y en Kant, en la conversación que habían sostenido el día anterior.

Lentamente, el ensueño se fue apartando de Törless..., lentamente, cual una sábana de seda que se desliza sin fin sobre la piel de un cuerpo desnudo.

Pero muy pronto una singular inquietud le borró la sonrisa del rostro. ¿Había avanzado realmente siquiera un paso en sus pensamientos? ¿Podría comprender siquiera algo de ese libro que debía de contener la solución de todos los enigmas? ¿Y la victoria que había obtenido? Desde luego que había sido sólo su inesperada vehemencia lo que había reducido a Beineberg al silencio...

De nuevo se apoderó de él una profunda sensación de desagrado y un malestar físico. Permaneció así varios minutos, henchido de repugnancia.

Pero luego, de pronto, tuvo conciencia del contacto de su cuerpo con las suaves y tibias sábanas de la cama. Con precaución, muy lentamente, sigiloso, Törless volvió la cabeza. Sí, allí estaba todavía aquel pálido cuadrado en el entablado. Verdad era que ahora los lados se habían desplazado algún tanto, pero todavía se arrastraba por su interior aquella curiosa sombra, como un gusano. Le pareció que allí estaba encerrado y encadenado algo peligroso, que él podía contemplar desde la cama como protegido por una verja de hierro, con la tranquilidad de quien está a salvo.

Por toda la piel se le deslizó una sensación que repentinamente se convirtió en la imagen de un recuerdo. Cuando era muy pequeño, sí, eso era, cuando todavía llevaba vestiditos y no acudía aún a la escuela, tenía momentos en los cuales experimentaba el inexpresable deseo de ser una niña. Y este deseo no se albergaba en la cabeza; oh, no, ni tampoco en el corazón.

Le cosquilleaba todo el cuerpo y le recorría toda la piel. Sí, había momentos en que se sentía tan vividamente una niña que él pensaba que no podía ser de otra manera. Porque entonces nada sabía de lo que significaban las diferencias de sexo y no comprendía por qué todos le decían que debía seguir siendo un hombrecito. Y cuando le preguntaban por qué creía que era mejor ser una niña, se daba cuenta de que no podía explicarlo...

Aquella noche sintió de nuevo, por primera vez, algo parecido. Aquel escozor que le recorría el cuerpo bajo la piel.

Era algo que parecía del cuerpo y del alma a la vez. Un hormigueo y un ajeteo apresurados, que le aprisionaban el cuerpo como con millares de aterciopeladas antenas de mariposa. Y además esa terca porfía con la que la niñas huyen cuando sienten que los adultos no habrán de comprenderlas, esa arrogancia con la que se ríen disimuladamente de los mayores, esa arrogancia temerosa, en la que se percibe que en cualquier momento puede retirarse a algún hondo y temible escondite de su pequeño cuerpo...

Törless se rió suavemente y de nuevo se extendió, con agradable sensación, bajo las mantas.

¿Y aquel hombrecillo movedizo con el que había soñado? ¡Con cuánta avidéz volvía con los dedos las páginas! ¿Y el cuadrado de allí abajo? ¡Ja, ja! ¿Y no habría, acaso, aquel inteligente hombrecito, percibido algo de su vida? Se sintió infinitamente seguro frente a ese hombrecillo inteligente. Y por primera vez comprendió que él tenía algo en su sensualidad -porque hacía ya ahora mucho que sabía que se trataba de esto- que nadie era capaz de percibir y que tampoco nadie era capaz de imitar. Algo que lo protegía como un supremo, escondido muro contra toda la inteligencia de los demás.

¿Habían, aquellos hombres tan sensatos, aunque sólo fuera una vez en su vida -siguió imaginando Törless-, permanecido al pie de un muro solitario, aterrorizados ante los murmullos del cemento y la piedra, como palabras que busca una cosa inanimada para hablar a los demás? ¿Habían oído alguna vez la música del viento atizando las hojas otoñales, la habían oído en su interior, hasta hacer nacer de pronto un terror que, lentamente, poco a poco, se transforma en sensualidad, pero en una sensualidad tan extraña que parece más bien una huida, y al fin un insulto? Es fácil ser una persona sensata cuando se desconocen todas esas preguntas...

Pero, en el ínterin, volvía a parecerle, una y otra vez, que el hombrecillo crecía, se agigantaba, que asumía un rostro grave severo, y cada vez la imagen obraba como una descarga eléctrica dolorosa que, partiendo del cerebro, le recorría el cuerpo. Y entonces volvía a acometerle todo el dolor de hallarse todavía frente a una puerta cerrada, y una queja sin palabras atravesaba el alma de Törless como el ladrido de un perro resonando por encima de los anchos campos nocturnos.

Y así se adormeció. A medias entregado al sueño, miró todavía varias veces la mancha luminosa que había junto a la ventana, de manera mecánica, como cuando pulsamos una cuerda para comprobar si todavía está tensa. Luego, se hizo de manera imprecisa el propósito de reflexionar al día siguiente sobre sí mismo y se dijo que lo mejor sería hacerlo con papel y pluma... Después, ya no sintió otra cosa que la agradable, suave, tibieza -como un baño y una conmoción voluptuosa- de la que como tal no tenía conciencia pero que,

de alguna manera absolutamente irreconocible, pero muy penetrante, estaba ligada a Basini.

Después se durmió profundamente y no soñó.

Y sin embargo ésa fue la sensación con la que se despertó a la mañana siguiente. Le habría gustado saber qué cosa había a medias pensado y a medias soñado en última instancia, de Basini. Pero no pudo establecerlo.

Le había quedado sólo un estado de ánimo de ternura, como el que reina los días de Navidad en una casa en la que los niños saben que los regalos ya están dispuestos, pero que se hallan aún detrás de una misteriosa puerta cerrada, a través de cuyas rendijas sólo se vislumbra, aquí y allá, un rayo de luz.

Al anochecer, Törless permaneció en la sala de estudio, Beineberg y Reiting se habían marchado a alguna parte, probablemente al cuartucho del altillo. Basini estaba sentado más adelante, en su lugar, con la cabeza sostenida por las dos manos e inclinada sobre un libro.

Törless se había comprado un cuaderno y preparaba cuidadosamente la pluma y la tinta. Al cabo de alguna vacilación, escribió en la primera página: De natura hominum. Creía que el tema filosófico merecía aquel título latino. Luego trazó un gran arabesco espiral, artístico, alrededor del título, y se echó hacia atrás en la silla, para esperar a que se secase lo escrito.

Pero pasó bastante tiempo y él no había vuelto a tomar la pluma. Algo lo mantenía inmobilizado. Era el efecto hipnótico de las grandes, blancas lámparas, el calor animal que emanaba de aquel grupo de seres humanos. Siempre había sido sensible a ambientes de este tipo, ambientes que podían excitar en su cuerpo una sensación de fiebre que, de hecho, estaba asociada a un estado de abatida serenidad y a una receptividad extraordinaria del alma. Como en aquel instante. Se había pasado el día reflexionando sobre lo que quería anotar: toda la serie de ciertas experiencias que comenzaban con la noche en que estuvo en casa de Bozena y que llegaban hasta aquella imprecisa voluptuosidad que últimamente había llegado a sentir con tanta agudeza. Si conseguía ordenar aquello, hecho por hecho, esperaba que todo su sentido se le revelara por sí mismo, como la forma de una línea envolvente que en un cuadro se destacara de la confusión de centenares de curvas. Era todo cuanto quería, pero hasta entonces le había ocurrido al igual que un pescador que, sintiendo los movimientos de la red, sabe que en ella ha caído una presa importante y no puede, a pesar de todos sus esfuerzos, levantarla hasta la superficie.

Pero ahora, Törless empezó a escribir. Lo hizo apresuradamente y sin atender ya a la forma. "Siento -anotó- que hay algo en mí y no sé bien lo que es." Tachó inmediatamente lo escrito y en su lugar escribió: "Debo de estar enfermo, loco..." Aquí sintió un escalofrío, pues aquella palabra le sonaba agradablemente patética. "Locura, o ¿qué otra cosa es lo que me hace parecer extrañas las cosas que para los demás son triviales y cotidianas? ¿Por qué eso provoca en mí lascivos sentimientos (eligió deliberadamente esta palabra, llena de resonancias bíblicas porque le pareció más oscura y más plena). Antes podía hacerle frente, como todo joven, como todos mis camaradas..." Aquí se detuvo. "Pero, ¿es cierto?", pensó. "En casa de Bozena, por ejemplo, ya me sentía muy raro. ¿Cuándo comenzó, pues, propiamente?... Bah, es igual. En todo caso, alguna vez...", pero dejó la frase sin terminar.

"¿Cuáles son las cosas que me parecen extrañas?

Las más insignificantes. Casi siempre son cosas inanimadas. ¿Qué es lo

que de ellas me choca? Un no sé qué que no conozco. Sin embargo está ahí. Yo percibo ese 'algo', percibo su existencia; ese algo obra en mí como si quisiera hablarme. Me encuentro en la situación de un hombre que debe enseñar a un sordomudo las palabras con las contorsiones de la boca, y que no consigue su objeto. Es como si tuviera un sentido más que los otros; pero un sentido todavía no desarrollado, un sentido que revela su existencia, pero que no funciona. Para mí el mundo está repleto de mudas voces, ¿soy, pues, un visionario o un alucinado?

"Pero no sólo lo inanimado obra en mí. No. También los hombres; y esto me hace abrigar mayores dudas. En ciertos momentos les veo tal como son. Beineberg y Reiting, por ejemplo. Ellos tienen su cuartito. Un desván oculto, como lugar habitual, porque a ellos les divierte tener ese lugar de retiro; y por dos motivos, se retiran allí: cuando están airados y cuando quieren aislarse de sus camaradas. Son motivos claros, comprensibles. Sin embargo, hoy y muchas veces tengo la impresión de que los veo como en sueños y que ellos son figuras del sueño. No son sólo sus palabras, no son sólo sus acciones, no. Todo lo suyo, todo lo que está ligado a su proximidad física, obra en mí como lo hacen las cosas inanimadas. No obstante, vuelvo a oírlos otra vez hablar como antes. Veo que sus acciones y palabras encajan siempre en las mismas formas, tengo que repetírmelo sin tregua. Aquí no ocurre nada extraordinario. Y sin embargo, incesantemente hay algo en mí que se rebela, que me dice lo contrario. Este cambio comenzó, si mal no recuerdo, con Basini..."

Y aquí Törless, involuntariamente, se puso a mirar a Basini.

Éste seguía inclinado sobre su libro y parecía estudiar. Al contemplarlo se acallaron los pensamientos de Törless, que volvió a sentir aquel delicioso tormento que acababa de describir. Cuando cobró conciencia de lo tranquilo e inerte que parecía Basini sentado ante él, sin que ni a derecha ni a izquierda lo separara nada de los demás, se le hicieron vividas las humillaciones que Basini había sufrido. Se le hicieron vividas..., es decir, que ni se le ocurrió pensar que la humillación es algo que padece todo ser humano, sino que en él se agitó algo como un insensato movimiento circular que, momentáneamente, hizo que la figura de Basini se retorciera, contraída del modo más increíble, para luego volver a agitarse en contorsiones nunca vistas, y las imágenes giraban tan vertiginosamente que Törless sintió vahídos. Éstas eran por cierto metáforas que descubrió después; por el momento, tenía tan sólo la impresión de que algo dentro de él, como una loca peonza, daba vueltas desorbitadamente del pecho a la cabeza: la sensación de su propio vértigo. Y cual puntitos de colores, saltaban en el torbellino sentimientos que él había experimentado en diferentes momentos respecto a Basini.

A decir verdad, era siempre sólo la misma sensación, y lo curioso estribaba en que, en el fondo, no era propiamente una sensación, sino más bien como un terremoto que no difundía ninguna onda perceptible y frente al cual, sin embargo, toda el alma se conmovía tan temblorosa, que la onda misma de las turbulentas sensaciones era como la inocente ondulación de la superficie

Si en otro tiempo esta sensación le había parecido otra cosa, era porque entonces disponía sólo, para la interpretación de estas ondas que penetraban todo su organismo, de las imágenes que se grababan en sus sentidos. Como si

la única cosa visible de una tormenta que se extiende a través de la oscuridad hasta perderse, fuesen las nubes de espuma de las olas que chocan contra las rocas de una orilla iluminada, nubes que saltan por el aire un instante para caer de inmediato, exánimes, fuera del círculo de luz.

Estas impresiones eran siempre cambiantes, fugitivas, penetradas por la conciencia de su fugacidad. Törless nunca podía retenerlas, asirlas, pues cuando pretendía examinarlas mejor, sentía que aquellas señales que aparecían en la superficie no guardaban ninguna relación con la fuerza de la oscura y profunda raíz que aquéllas pretendían representar.

Nunca "vio" a Basini en una actitud físicamente plástica y viva, nunca tuvo una verdadera visión de él, sino tan sólo la ilusión de una visión y en cierto modo, sólo la visión de sus visiones, pues siempre le ocurría como si acabara de aparecer una imagen sobre la misteriosa superficie y, en el momento mismo de aparecer, nunca conseguía atraparla. De ahí la constante inquietud que lo dominaba, como la que se siente en el cinematógrafo cuando junto a la ilusión del conjunto tiene una vaga noción de que, detrás de la imagen que está viendo, hay centenares de imágenes, cada una de las cuales es en sí misma diferente.

Pero Törless no sabía dónde buscar propiamente esa fuerza capaz de ilusionarlo, aunque era una fuerza que sólo podía ilusionarlo en una medida infinitamente pequeña. Presentía oscuramente que esa fuerza se relacionaba con aquella extraña cualidad de su alma por la cual hasta las cosas inanimadas, los meros objetos, se le representaban con centenares de ojos silenciosos, interrogantes.

Törless permanecía inmóvil, mirando continua y fijamente a Basini, mientras se entregaba a su loco torbellino interior. Y de nuevo volvió a presentársele la pregunta: "¿Cuál es esa cualidad especial que poseo?" Poco a poco, dejó de ver ya a Basini, las calientes lámparas, dejó de sentir el calor animal que lo rodeaba, dejó de oír el zumbido y ronroneo que producen muchas personas reunidas, aun cuando sólo susurren. Todo se había convertido en una oscura, ardiente, cálida masa que, indiferenciada, giraba en círculo frente a él. Sólo en las orejas sentía un ardor, y en la punta de los dedos un frío muy intenso. Hallábase en un estado de fiebre, más espiritual que física, que le deleitaba. El torbellino fue subiendo de punto, y a él se mezclaban sensaciones suaves, deliciosas. En ese estado se había abandonado antes a aquellos recuerdos que la mujer deja cuando su cálido aliento roza por primera vez un alma joven; y también ahora se despertaba en Törless esa cansada calidez. Sí, ahí estaba un recuerdo... Había ocurrido durante un viaje..., en una pequeña ciudad italiana... Él vivía con sus padres en un hotel, no lejos del teatro. Todas las noches daban la misma ópera y todas las noches Törless escuchaba cada palabra y cada nota; no entendía la lengua y, sin embargo, cada noche se sentaba junto a la ventana abierta para escuchar. De esa manera se enamoró de una de las actrices sin haberla visto. Nunca le había conmovido tanto el teatro como entonces. Percibía la pasión de la melodía como los aleteos de grandes aves oscuras, como si pudiera sentir las líneas que su vuelo le trazaba en el alma. Lo que oía no era ya la expresión de pasiones humanas; eran pasiones que huían de los hombres como de jaulas estrechas y cotidianas. En su conmoción nunca podía pensar en los personajes

que allá, en el teatro, representaban invisibles esas pasiones; si procuraba imaginárselos, inmediatamente surgían ante sus ojos oscuras llamas o cosas de dimensiones inusitadamente gigantescas, como ocurre en las tinieblas donde los cuerpos se agigantan y los ojos relucen como el espejo de profundos manantiales, y Törless amaba aquellas sombrías llamas, aquellos ojos en la oscuridad, aquellos negros aletazos, con el nombre de la actriz desconocida para él.

¿Y quién había compuesto aquella ópera? No lo sabía. Tal vez el texto fuera un endeble, sentimental, relato de amor. ¿Habría sospechado el autor que, en virtud de la música, ese texto se había convertido en otra cosa?

De pronto, un pensamiento se le metió por todo el cuerpo. ¿Son también así los mayores, los maduros? ¿Es así el mundo? ¿Hay una ley general según la cual en nosotros existe algo más fuerte, más grande, más hermoso, más apasionado, más oscuro, que nosotros mismos? ¿Tan poco poder tenemos que sembramos, sin objeto, millares de semillas hasta que, de pronto, una de ellas surge como oscura llama y nos trasciende, y va mucho más allá que nosotros?... En cada nervio del cuerpo se le agitaba un impaciente "sí" como respuesta.

Törless miró en derredor con ardientes ojos. Allí continuaban estando las lámparas, el calor, la luz, los diligentes estudiantes. Pero se sintió en medio de ellos como un elegido, como un santo de rostro celestial, pues nada sabía de la intuición de los grandes artistas.

Presuroso, con la rapidez que da el miedo, tomó la pluma y anotó en unos cuantos renglones su descubrimiento. Todavía una vez más tuvo la sensación de que en su interior, muy adentro, llameaba una luz... Luego le cayó sobre los ojos una lluvia cenicienta y se apagó el deslumbrante brillo de su espíritu.

...El episodio de Kant quedó casi del todo superado. Durante el día Törless ya no pensaba en él; el convencimiento de que estaba cerca de la solución de su propio enigma era tan vivo que no se le ocurría buscar otro camino para resolverlo. Por las noches tenía la impresión de sentir en la mano el picaporte de la puerta que se abría al misterio, sólo que siempre tornaba a escapársele. Pero, como había comprendido que debía renunciar a la ayuda de libros filosóficos, y como tampoco tenía verdadera confianza en ellos, hallábase un tanto desconcertado sobre la manera de poder atravesar aquella puerta. Varias veces volvió a hacer intentos de poner por escrito lo que le ocurría; pero las palabras escritas permanecían como muertas, eran una serie de bien conocidos signos de interrogación, sin que volviera a darse aquel momento en el cual él, a través de esos signos, había visto como una bóveda iluminada por la temblorosa llama de velas.

Por eso resolvió continuar buscando, lo más pronto posible, aquellas situaciones que en sí mismas pudieran tener para él un contenido tan peculiarmente valioso; y muy frecuentemente dejaba descansar la mirada en Basini, cuando éste, creyendo que nadie lo observaba, se movía inocentemente entre los otros. "Alguna vez -pensaba Törless- volveré a vivir esa sensación y acaso sea más viva y clara que antes." Y este pensamiento lo tranquilizaba por entero. Comprendía que su situación era como la de aquel que, hallándose en un cuarto oscuro, no tiene otra salida, una vez que se le ha escapado el contacto de los dedos la posición de cosas que antes tocaba, que tantear y tantear a la ventura las negras paredes.

Por las noches estos pensamientos perdían, sin embargo, algo de su color. Se avergonzaba, en cierto modo, de haber excluido su primitivo propósito de buscar en el libro que el profesor le había mostrado la explicación que acaso contuviera. Permanecía entonces quietamente tendido en la cama y aguzando el oído en dirección a Basini, cuyo cuerpo ultrajado descansaba en paz como el de todos los demás. Törless permanecía quieto, como un cazador al acecho, con la sensación de que el tiempo empleado en ello tendría su recompensa. Pero, apenas pensaba en el libro, su tranquilidad se veía turbada por una sutil duda, por el presentimiento de que era inútil lo que hacía, por la vacilante confesión de que había sufrido una derrota.

Tan pronto como ese sentimiento impreciso le dominaba, Törless perdía aquella serenidad que se requiere para contemplar el desarrollo de un experimento científico. Basini parecía irradiar una influencia física, un encanto, como el que siente el que duerme junto a una mujer a la que en cualquier momento puede quitarle de encima las sábanas. Era como un cosquilleo en la frente, que se escapaba a la conciencia, la sensación de que bastaba extender la mano. Era lo que, con frecuencia, induce a las jóvenes parejas a entregarse a desórdenes que van mucho más allá de las necesidades de su sensualidad.

Según la vehemencia con que se le ocurría la idea de que su empresa quizá tuviera que parecerle ridícula si supiera todo lo que sabían Kant, su profesor y los que han terminado sus estudios, y según la violencia de ese pensamiento, se hacían más débiles o más fuertes sus impulsos voluptuosos que, a pesar del silencio general del dormitorio, le mantenían los ojos abiertos y ardientes. Y esos impulsos eran a veces tan vigorosos que le ahogaban

cualquier otro pensamiento. Cuando en esos momentos, a medias gustoso, a medias desesperado, se entregaba a sus susurros, a sus insinuaciones, le ocurría como le ocurre a todos los seres humanos que nunca hacen tantas locuras, nunca se desgarran tanto el alma con el voluptuoso propósito de abandonarse a una profunda sensualidad, que cuando sufrieron un fracaso que alteró el equilibrio de su propia conciencia.

Cuando por fin, después de medianoche, era presa de una inquieta modorra, le parecía algunas veces que alguien del pasillo en que estaban las camas de Reiting y Beineberg se levantaba, tomaba el abrigo y se acercaba al lecho de Basini. Luego abandonaban el dormitorio...; pero bien pudiera haber sido un producto de la imaginación...

Se aproximaban dos días festivos. Como coincidían en lunes y martes, el director del instituto resolvió conceder a los alumnos vacaciones también el sábado, de modo que iban a ser cuatro los días de fiesta. Con todo, para Törless no alcanzaban a justificar el largo viaje hasta la casa paterna. Esperaba en cambio, por lo menos, que lo visitaran los padres; pero el consejero estaba retenido en el ministerio por urgentes asuntos y la madre no se sentía bien, de suerte que no se decidió a afrontar sola las fatigas del viaje.

Únicamente cuando recibió la carta en la que los padres le comunicaban su decisión de no ir a verlo y le dedicaban cariñosas palabras de consuelo, Törless sintió que aquella situación era la que más le convenía. Se dio cuenta de que se habría sentido molesto de haber tenido que estar frente a sus padres en las circunstancias actuales.

Los dueños de propiedades vecinas invitaron a muchos estudiantes. También obtuvo permiso para alejarse del instituto Dschjusch, cuyos padres poseían una hermosa heredad a un día de viaje en coche de la pequeña ciudad; y Beineberg, Reiting y Hofmeier lo acompañaron. Dschjusch también invitó a Basini, pero Reiting había ordenado a éste que rechazara la invitación. Törless se excusó alegando que todavía no sabía si sus padres irían a visitarlo. No se sentía de manera alguna con ánimo de entregarse a intrascendentes y alegres diversiones.

Ya el sábado por la tarde, el gran edificio estaba silencioso y parecía abandonado. Cuando Törless andaba por los corredores, los pasos resonaban de uno a otro extremo; nadie se preocupaba de él, pues también la mayor parte de los profesores habían salido a cazar y estaban de viaje. Sólo a la hora de las comidas, que se servían en una habitación pequeña, junto al desierto comedor, se veían los pocos estudiantes que habían permanecido en el instituto. Después de comer volvían a dispersarse los pasos de los alumnos en los amplios corredores y cuartos. El silencio de la casa los absorbía inmediatamente y en el intervalo tenían una vida a la que nadie atendía más que a la de las arañas y ciempiés del sótano y del desván.

De la clase de Törless, sólo se habían quedado él y Basini, fuera de algunos más que estaban internados en la enfermería. En el momento de la despedida, Törless había sostenido un sigiloso cambio de palabras con Reiting; habían hablado de Basini. Reiting temía que éste aprovechara la oportunidad para granjearse las simpatías de algún profesor y obtener su protección. Encomendó pues a Törless con insistencia que vigilara cuida dosamente a Basini.

Sin embargo, no tenía necesidad alguna de dirigir la atención de Törless hacia Basini.

Apenas se disipó la animación de la alegre despedida de los internos que se alejaron en el coche, una vez que uno de los sirvientes hubo acomodado en él las valijas Törless cobró viva conciencia de que se quedaba solo con Basini.

Habían terminado de almorzar. Basini se hallaba sentado delante y escribía una carta: Törless había tomado asiento en el rincón más alejado de la sala y procuraba leer.

Era la primera vez que volvía a tomar el libro de Kant; había preparado cuidadosamente la situación

Delante estaba sentado Basini, detrás él, con los ojos clavados en el

compañero, taladrándolo. Y así se proponía leer, introduciéndose, cada vez que volvía una página, más profundamente en Basini. Le parecía un buen procedimiento. De esa manera tendría que encontrar las verdades que buscaba sin que se le escapara de las manos la vida, la movediza, compleja y misteriosa vida...

Pero el procedimiento no le resultó eficaz. Le ocurrió como siempre que preparaba algo mentalmente con demasiado cuidado. Era demasiado poco directo, de manera que su estado de ánimo vino a paralizarse pronto y a convertirse en el pertinaz, pastoso aburrimiento que invade a todo aquel que demasiado deliberadamente se aferra una y otra vez a nuevos intentos.

Törless arrojó furioso el libro al suelo. Basini, sobresaltado, miró en torno suyo, pero en seguida continuó escribiendo apresuradamente.

Así fueron arrastrándose las horas del crepúsculo. Törless se sentía completamente embotado. Lo único que interrumpía su general sensación de hastío y aburrimiento era el tic-tac de su reloj de bolsillo, ese tic-tac que se arrastraba, como una pequeña cola detrás del pesado cuerpo de las horas. En la sala había oscurecido... Hacía tiempo que Basini ya no debía poder escribir... "Ah, probablemente no se anima a encender la luz", pensó Törless; pero, ¿es que todavía seguía sentado en su lugar? Törless, que había estado contemplando, a través de la ventana, el paisaje crepuscular, tenía que acostumbrar antes sus ojos a la penumbra de la sala. Sí. Allí estaba la sombra inmóvil que debía ser Basini. Ah, si hasta suspira. Una vez, dos veces... ¿O es que está dormido?

Entró un sirviente y encendió las lámparas. Basini se incorporó y se frotó los ojos. Luego tomó un libro y se puso a leer. A Törless le ardían los labios por hablarle y, para no ceder a la tentación, abandonó la sala.

Por la noche, Törless estuvo a punto de precipitarse sobre Basini. Hasta ese punto era viva la voluptuosidad que se le había despertado después de aquel penoso día sordo, pasado sin pensamiento. Afortunadamente, el oportuno sueño se la extinguió.

Transcurrió el día siguiente, que no aportó otra cosa que la misma infecundidad del silencio. El silencio, la espera... excitaban a Törless. La continua atención consumía en él toda energía espiritual, de suerte que se quedó incapaz de cualquier pensamiento.

Agotado, decepcionado, dudando penosamente de sí mismo e insatisfecho, se acostó muy temprano.

Hacía ya rato que estaba a medias entregado al sueño, en un tranquilo sopor, cuando oyó que entraba Basini.

Sin moverse, siguió con los ojos la oscura silueta que pasó junto a su cama; oyó el ruido que el otro hizo al quitarse las ropas y luego el rumor de las sábanas al cubrirse el cuerpo.

Törless contuvo la respiración; sin embargo ya no pudo oír nada más. Con todo, no le abandonaba la sensación de que Basini no dormía, sino que estaba tenso, lo mismo que él, aguzando el oído en medio de las tinieblas. Así pasaron varios cuartos de hora..., horas enteras. El silencio se interrumpía sólo aquí y allá por el leve ruido de un cuerpo que se revolvía en la cama.

Törless se hallaba en un singular estado, que lo mantenía despierto. La noche anterior habían sido imágenes sensuales, productos de su fantasía, lo que lo habían excitado vehementemente. Sólo al final esas imágenes se habían referido a Basini; pero la implacable mano del sueño había terminado por hacerlas desvanecer, y ahora únicamente tenía de ellas un recuerdo muy oscuro. Pero hoy, desde el principio no sentía otra cosa que un deseo impulsivo de levantarse y de llegarse hasta Basini. Mientras tuvo la sensación de que Basini velaba y aguzaba el oído hacia él, apenas pudo contenerse. Y ahora, puesto que Basini ya probablemente estaba durmiendo, sentía la tremenda comezón de precipitarse sobre el joven dormido, como si fuera una presa.

Törless sentía ya en todos los músculos los movimientos que haría al incorporarse para abandonar la cama. Sin embargo, aún no podía salirse de su inmovilidad.

"¿Qué haré, de hecho, junto a él?", se decía por fin, casi en voz alta, sobresaltado. Y tuvo que confesarse que la ferocidad y la voluptuosidad que sentía no tenían un objeto preciso. Si realmente se hubiera avalanzado sobre Basini, se habría encontrado en apuros. ¿Querría golpearlo, flagelarlo? ¡Dios lo librara de ello! ¿Y cómo podría, entonces, acallar la excitación de sus sentidos? Le acometió una náusea de horror cuando involuntariamente, pensó en los diferentes y pequeños vicios de los muchachos. ¿Exhibirse así ante otro ser humano. Nunca...

Pero a medida que iba creciendo esa sensación de horror y de repugnancia, se le hacía más fuerte el impulso de llegarse hasta Basini. Por fin comprendió toda la insensatez de semejante acto. Pero un impulso verdaderamente físico parecía arrastrarlo fuera de la cama, como si Törless estuviera atado a una soga que tirara de él. Y mientras borraba de su cabeza todas las imágenes y se decía, sin cesar, que ahora lo mejor sería buscar el sueño, se incorporó mecánicamente en el lecho. Muy lentamente -Törless

sentía muy bien cómo ese impulso iba venciendo sólo paso a paso las resistencias- se levantó. Primero sacó un brazo, luego dobló el torso, después sacó una rodilla de debajo de las mantas..., y por fin, bruscamente, se precipitó, descalzo y de puntillas, a la cama de Basini, en cuyo borde se sentó.

Basini dormía.

Tenía todo el aspecto de estar soñando cosas agradables.

Törless no era dueño de sus actos. Por un instante se quedó sentado, contemplando el rostro del compañero dormido. Le cruzaron por la cabeza esos pensamientos breves, desgarrados, que tenemos cuando perdemos el equilibrio, cuando tropezamos o cuando alguien nos arrebató un objeto de las manos. Y sin reflexionar, tomó a Basini de los hombros y lo sacudió para despertarlo.

El durmiente se agitó varias veces, luego despertó y miró a Törless con ojos soñolientos.

Törless se sobresaltó. Estaba completamente perturbado. Por primera vez se daba cuenta de lo que había hecho y no sabía qué decir ahora. Se avergonzó profundamente. Oía cómo le golpeaba el corazón en el pecho. A la lengua le acudieron palabras de explicación, de excusa. Iba a preguntarle a Basini si tenía fósforos o si podía decirle qué hora era...

Basini seguía mirándolo aún sin comprender.

Törless retiró de pronto la mano, sin decir palabra; ya se disponía a apartarse de esa cama para deslizarse a la suya..., y en ese momento Basini pareció comprender la situación y se incorporó dando un respingo.

Törless permaneció indeciso junto a Basini. Éste seguía mirándolo con ojos inquisitivos, interrogantes. Luego abandonó el lecho, se cubrió con un abrigo, se calzó las pantuflas y avanzó con pasos cautelosos.

Törless comprendió claramente que aquello no ocurría por primera vez.

Al pasar por su cama recogió la llave del cuarto de arriba, que tenía oculta bajo la almohada...

Basini tomó directamente el camino que conducía al cuartito. Parecía conocer perfectamente aquel camino que en otra ocasión le habían ocultado. Mantuvo firmemente la caja de madera cuando Törless se subió a ella hizo a un lado las bambalinas, todo con discretos movimientos como un diestro lacayo.

Törless abrió la puerta y entraron en la habitación. De espaldas a Basini tardó un rato en encender la lamparilla.

Cuando se volvió, Basini estaba frente a él, desnudo. Involuntariamente, Törless retrocedió un paso. La repentina aparición de ese cuerpo desnudo, blanco como la nieve, detrás del cual el rojo de las paredes parecía sangre, lo deslumbró y lo intimidó. Basini tenía hermosas formas. Su cuerpo estaba desprovisto casi de todo rastro de líneas viriles. Era de una delgadez esbelta, casta, como la de una muchacha; y Törless sintió que la imagen de esa desnudez encendía sus nervios con cálidas, blancas llamas. No podía sustraerse a la fuerza de esa belleza. Antes no había sabido lo que era la belleza, porque, ¿qué podía saber del arte a su edad? Hasta una cierta edad, cuando uno ha sido educado al aire libre, el arte es una cosa incomprensible y aburrida.

Pero ahora la belleza se le había manifestado por el camino de la

sensualidad. Secretamente, de improviso De la piel desnuda se desprendía como un aliento cálido, enloquecedor, una suave y voluptuosa coquetería. Y sin embargo, en aquel cuerpo había algo de solemne e inexpugnable que incitaba a doblar las manos en señal de respeto.

Pero, pasado el primer momento de sorpresa, Törless se avergonzó tanto de una cosa como de la otra. "¡Pero, si es un hombre!" El pensamiento le sublevó; más, así y todo, le parecía que una muchacha no podía estar hecha de otra manera.

Avergonzado, increpó a Basini.

-Pero, ¿qué te has creído? ¡Vuelve a vestirte inmediatamente...!

Basini pareció confundido; titubeando y sin dejar de mirar a Törless recogió el abrigo del suelo.

-¡Siéntate allí! -dijo Törless señalándole un lugar; Basini obedeció. Törless, con las manos cruzadas a la espalda, se apoyó contra la pared-, ¿Por qué te has desnudado? ¿Qué pretendías de mí?

-Yo... pensé... -dijo Basini titubeando.

-¿Qué pensaste?

-Pues los otros...

-¿Qué otros ?

-Beineberg y Reiting...

-¿Beineberg y Reiting? ¿Y que hacían ellos? ¡Tienes que contármelo todo! ¡Lo quiero! ¿Entiendes? Aunque, por supuesto, ellos ya me lo dijeron.

Törless enrojeció al decir esta torpe mentira. Basini se mordió los labios.

-¡Bueno, empieza!

-No. No me pidas que te cuente. ¡Por favor, no me lo pidas! Haré todo lo que quieras, pero no me hagas contar esas cosas... ¡Oh, tienes una manera muy especial de atormentarme...!

En los ojos de Basini luchaban el odio, el miedo y un suplicante ruego. Törless moderó involuntariamente su actitud.

-No quiero atormentarte. Sólo quiero que me digas tú mismo toda la verdad. Quizá en tu propio interés.

-Pero, si yo no hice nada que valga la pena contarse.

-¿Sí? ¿Entonces por qué te desnudaste?

-Ellos me lo exigían.

-¿Y por qué lo hacías lo que ellos te exigían? Eso significa que eres un cobarde, un miserable cobarde.

-¡No, no soy cobarde! ¡No digas eso!

-¿Quieres callarte? Si temes los golpes de ellos, tampoco los míos te vendrán mal.

-No tengo miedo a que me peguen.

-¿No? ¿Y entonces...?

Törless volvía a hablar con calma. La grosera amenaza que había proferido lo irritaba. Pero se le había escapado involuntariamente, sólo porque le parecía que Basini alzaba más la cresta con él que con los otros.

-Si verdaderamente, como dices, no tienes miedo, ¿qué ocurre contigo?

-Ellos dicen que si me someto a su voluntad, al cabo de un tiempo me será perdonado todo.

-¿Que ellos dos te perdonarán ?

-No, en general.

-¿Cómo pueden prometer tal cosa? También estoy yo, ¿no es cierto?

-Dicen que ellos se ocuparán de arreglarlo todo.

Al oír estas palabras, a Törless le pareció que había recibido un golpe en la cabeza. Pensó en lo que le había dicho Beineberg, quien le asegurara que, dado el caso, Reiting obraría con él del mismo modo que con Basini ¿Y qué haría si realmente era víctima de una intriga? No estaba a la altura de los otros dos para hacerles frente ¿Y hasta dónde llevarían ellos sus maquinaciones ¿Hasta el punto en que las habían llevado con Basini? Todo en él se rebelaba furiosamente contra ese malicioso pensamiento.

Transcurrieron algunos minutos. Sabía que, a fuerza de osadía y perseverancia, podían hacerlo víctima de una de esas maquinaciones, pero sólo porque él mismo se interesaba tan poco en esas cosas, porque nunca sentía que toda su personalidad estaba en juego. Y en ellas siempre era más lo que podía perder que lo que podía ganar. Pero si alguna vez los hechos se presentaran de otra manera y lo urgieran a la acción, él -estaba seguro- sería enérgico, resistente, arrojado. Sólo había que saber cuál era el momento oportuno para jugarse todo.

-¿Te han dicho algo más...? ¿Sobre lo que piensan hacer... ? Quiero decir, ¿que se refiera a mí ?

-¿Algo más? No. Sólo dijeron que ya se ocuparían de arreglarlo todo.

Sin embargo... había ahora un peligro..., oculto en alguna parte..., que acechaba a Törless; ...a cada paso podía caer en una trampa, cada noche podía ser la última anterior a la lucha. Ese pensamiento estaba henchido de una horrible incertidumbre. Ya no se trataba ahora de un blando abandonarse, de jugar con enigmáticos rostros... Esto tenía ahora aristas muy duras, y era sensiblemente la realidad.

Tornaron a hablar.

-¿Y qué hacen contigo?

Basini permaneció en silencio.

-Si realmente quieres corregirte, debes decírmelo todo.

-Me hacen desnudar.

-Sí, sí, ya lo vi... ¿Y luego?...

Pasó un breve momento de silencio y, de pronto, Basini dijo:

-Varias cosas.

Lo dijo con una entonación amorosa, femenina.

-¿Quieres decir entonces que eres su... a...mante?

-¡Oh, no, soy su amigo!

-¿ Cómo puede entenderse lo que dices ?

-Sí, ellos mismos lo dicen.

-¿Cómo...

-Sí, Reiting.

-¡Ah, Reiting!

-Sí, es muy amigo mío. Casi siempre me hace desvestir y luego que le lea en voz alta libros de historia: de Roma y de sus emperadores, de los Borgia, de Timur Chan. Bueno, ya sabes, esas cosas horribles, sangrientas. Pero después es incluso cariñoso conmigo... y después, casi siempre me pega...

-¿Cómo?... Ah, sí.

-Sí. Reiting dice que, si no me azotara, él creería que soy un hombre y entonces ya no podría ser tan blando y cariñoso conmigo. Pero de esa manera yo vengo a ser cosa suya, y él ya no se avergüenza.

-¿Y Beineberg?

-Oh, Beineberg es horrible. ¿No te parece que hasta tiene mal aliento?

-¡Calla! Lo que a mí me parezca no es cosa que te importe. Cuéntame lo que Beineberg hace contigo.

-Pues también más o menos lo que hace Reiting, sólo que... ¡Pero no vuelvas a injuriarme así!...

-Adelante.

-...sólo que da ciertos rodeos. Me suelta largos discursos sobre mi alma, me dice que la he manchado; pero, en cierto modo, sólo la primera morada del alma. Y esa primera morada es algo completamente insignificante, exterior, respecto de la morada más íntima. Según él, habría que matar los deseos de esa morada. Así muchos pecadores llegaron a ser santos. El pecado no es cosa tan mala considerado desde un punto de vista superior; sólo que es menester llevarlo hasta un extremo para vencerlo. Luego Beineberg me hace permanecer inmóvil, contemplando un cristal tallado...

-¿Te hipnotiza?

-No. Dice que lo que quiere es adormecer y privar de fuerza aquellas cosas que andan vagando por la superficie de mi alma. Sólo así podrá tener relaciones con mi misma alma.

-¿Y qué clase de relaciones tiene con tu alma?

-Éste es un experimento que todavía nunca dio buen resultado. Él se sienta y yo debo tenderme en el suelo de manera que Beineberg pueda ponerme los pies sobre el cuerpo. La contemplación del cristal debe adormecerme. Entonces él me manda que ladre y me dice con detalle cómo debo hacerlo; suavemente, con un gemido, más alto, es decir, de la manera que ladra un perro cuando se despierta.

-¿Y todo eso para qué?

-No se sabe para qué puede servir. También me hace gruñir como un cerdo y no deja de repetirme que en mí hay algo de ese animal. Pero no lo dice por insultarme. Me lo repite en voz muy baja y en tono muy ansioso, como para, según dice él, metérmelo en los nervios. Porque él sostiene que probablemente una de mis existencias anteriores haya sido la de un animal, que es menester expulsar de mí con alguna artimaña para neutralizar sus malos efectos.

-¿Y tú crees todo eso?

-¡Dios me libre de tal cosa! Me parece que ni siquiera él mismo lo cree. Además, al terminar se comporta de una manera bien diferente. ¿Por qué iba a creer en semejante cosa? ¿Quién cree hoy en las almas y en la transmigración de las almas? Bien sé que cometí una falta, pero siempre tuve la esperanza de poder repararla. No me parece que sea necesaria aquí ninguna artimaña. Por lo demás, no me rompo la cabeza tratando de averiguar cómo pude dar ese mal paso. Esas cosas ocurren tan rápidamente, tan por sí mismas. Sólo después advierte uno que ha hecho algo insensato. Pero si a Beineberg le da gusto buscar allí algo sobrenatural, por mí que lo haga. Claro está que por el

momento estoy sometido a su voluntad. Si a lo menos se le ocurriera ahora dejar de pincharme...

-¿Cómo?

-Sí, con una aguja...; pero no muy vivamente, sólo para ver cómo reacciono. Por ver si en algún lugar de mi cuerpo se manifiesta algo notable. De todas maneras es doloroso. Beineberg sostiene que los médicos no saben nada de esto. No sé qué pretende demostrar. Sólo recuerdo que me habla mucho de faquires que, cuando contemplan su alma, son insensibles a los dolores corporales.

-Ah, sí, conozco esas ideas; pero tú mismo dijiste que eso no era todo.

-Claro está que no. Te dije también que todas estas cosas me parecían sólo rodeos. Después llega un momento en el que Beineberg permanece callado y yo no sé qué le pasa. Pero de pronto estalla y exige de mí favores..., como un poseso..., con mucha más violencia que Reiting.

-¿Y tú haces todo lo que te piden?

-¿Qué otro remedio me queda? Quiero volver a ser otra vez un hombre decente y estar tranquilo.

-Pero, ¿lo que ocurre mientras tanto te es tan indiferente ?

-No puedo hacer otra cosa.

-Presta ahora atención y contesta a mi pregunta: ¿cómo pudiste robar?

-¿Cómo? Pues mira, necesitaba urgentemente ese dinero. Tenía una deuda con Traiteur y él ya no quería esperar más para cobrarla. Además, yo sabía que en esos días iba a recibir cierta cantidad de dinero. Ninguno de los compañeros quería prestarme. Algunos no tenían ellos mismos nada, y los que ahorran se alegran cuando uno que no lo hace se ve en dificultades. Por cierto que yo no quería estafar a nadie. Lo único que quería era tomar en préstamo secretamente...

-No tengo la misma opinión -le interrumpió Törless impaciente por la manera que Basini tenía de aligerar su falta-. Te pregunto cómo pudiste hacer eso, qué sentiste en ese momento, qué experimentaste en tu interior en ese instante.

-Pues bien..., absolutamente nada. Sólo duró un instante, no sentí nada, no pensé en nada; sencillamente ocurrió de pronto.

-Pero, ¿y la primera vez con Reiting? ¿Cuando por primera vez te pidió ciertas cosas? ¿Comprendes...?

-Oh, me fue bastante desagradable, porque era algo que me mandaba hacer. Pues si hubiera sido de otro modo..., piensa que muchos hacen lo mismo voluntariamente, por gusto, sin que los demás se enteren de nada. Así probablemente no sea tan duro.

-Pero tú lo hiciste obedeciendo a un mandato. Te has envilecido, te has humillado. Es como si te hubieras estado revolcando en medio de las inmundicias.

-Lo admito, pero tenía que hacerlo.

-No, no tenías que hacerlo.

-Me habrían azotado, me habrían denunciado. Toda la vergüenza hubiera caído sobre mí.

-Bueno, dejemos eso. Quiero saber otra cosa de ti. Escucha, sé que has gastado mucho dinero en casa de Bozena, que te has pavoneado, te has

jactado ante ella, has hecho gala de tu virilidad, ¿no? Quieres decir entonces que quieres ser un hombre. No sólo de palabra y con..., sino con toda el alma. Pues mira, ya que alguien te pide una vez algo tan humillante y en el mismo momento sabes que eres demasiado cobarde para decirle "no", ¿no sientes como un desgarramiento en todo tu ser? ¿Un horror impreciso, como si se hubiera consumado en ti algo indecible?

-Dios mío, no te comprendo. No sé lo que quieres. No puedo decirte nada, absolutamente nada.

-Entonces, presta atención. Ahora te mandaré que vuelvas a desnudarte.

Basini sonrió.

-Vamos, tiéndete en seguida en el suelo. No te rías. Te lo mando de veras, ¿oyes? Si no obedeces inmediatamente ya verás lo que te espera cuando regrese Reiting... Así, así está bien. ¿Ves? Ahora estás desnudo ante mí en el suelo. Y hasta tiembles. ¿Tienes frío? Ahora podría escupirte en el cuerpo si se me antojara. Aplasta más la cabeza contra el suelo. ¿No te parece muy singular el polvo del suelo? ¿No es como un paisaje lleno de nubes y rocas grandes como casas? Podría pincharte con agujas. Allá, en el hueco donde está la lámpara, hay todavía algunas. ¿Ya las sientes en la piel?... Pero no quiero, no quiero hacerlo. Podría hacerte ladrar, como hace Beineberg, hacerte tragar el polvo como un cerdo. Podría hacerte mover..., ya sabes..., y tendrías que suspirar y decir: ...Oh, querida mamá...

Törless puso repentinamente término a sus ultrajes.

-Pero no quiero, no quiero hacerlo, ¿entiendes?

Basini lloraba.

-Me estás atormentando...

-Sí, te estoy atormentando. Pero, ¿qué me importa lo que te ocurra? Sólo quiero saber una cosa: ¿qué su-cede en ti si te meto todo esto como un cuchillo? ¿Qué pasa dentro de ti? ¿Se rompe algo? ¡Dime! ¿No se rompe algo de repente, como un cristal que, sin tener aún ninguna rajadura, se destroza de pronto en mil pedazos? La imagen de ti que me has pintado no se borra de un soplo; ¿no surge acaso otra en su lugar, como ocurre con las imágenes de la linterna mágica que salen de la oscuridad? ¿Es que no me comprendes? No puedo explicarte más... Tú mismo debes decírmelo...

Basini lloraba sin tregua. Se le agitaban los femeninos hombros y no cesaba de repetir:

-No sé, no sé lo que quieres. No puedo explicarte nada. Ocurrió en un instante. No podía haber sido de otra manera. Tú habrías hecho lo mismo que yo.

Törless permaneció callado. Agotado e inmóvil, se apoyaba en la pared y miraba fijamente ante sí, al vacío.

-Si estuvieras en mi situación te comportarías del mismo modo -dijo Basini. Allí estaba lo que había ocurrido como una sencilla necesidad, serena y sin deformaciones.

La conciencia de Törless se rebeló, llena de desdén, contra la sola idea; y sin embargo esa rebelión interior de todo su ser no le ofrecía ninguna tranquilizadora garantía. "...Sí, yo tendría más carácter que él, yo no toleraría semejante posibilidad...; pero, ¿esto es tan importante? ¿Es importante que

yo obre de manera diferente por mi firmeza de carácter, por decencia, por motivos morales que ahora me parecen completamente accesorios? No, eso no es lo importante. Lo importante es que, si alguna vez yo obrara como Basini, no encontraría en ello nada más extraordinario que lo que él encuentra. Sí, eso es: el sentimiento que tendría de mí mismo sería tan sencillo y alejado de toda duda como el de Basini..."

Este pensamiento -que acudía con frases inconexas que se perseguían entre sí y que empezaban siempre otra vez desde el principio- esta idea, que al desprecio que sentía por Basini agregaba un dolor muy íntimo, suave pero mucho más profundo que toda reflexión moral en su equilibrio interior, procedía del recuerdo de una sensación que Törless tuviera poco antes y de la que no podía liberarse. Cuando, a través de Basini, advirtió el amenazador peligro que representaban para él Reiting y Beineberg, sencillamente se había asustado. Se había asustado, como ante un súbito accidente y, sin reflexionar, había buscado, rápido como el rayo, defensa y protecciones. Por el momento se trataba de un verdadero peligro; y la sensación que antes había tenido lo excitaba ese rápido impulso instintivo. Y ahora procuró en vano volver a desatarlo; pero sabía que ese impulso había despojado momentáneamente al peligro de todo su carácter singular y dudoso.

Sin embargo tratábase del mismo peligro que, semanas antes, él había sentido en aquel mismo lugar, cuando se había sobresaltado por aquel cuartucho, que, cual un olvidado resto medieval, estaba separado de la cálida y clara vida de las salas de clase, y por Beineberg y Reiting, porque los seres humanos que ellos eran en aquellos otros lugares claros parecían haberse transformado de pronto en personas diferentes, cargadas de sombras, ávidas de sangre, que vivían otra vida.

Esta sensación había sido, para Törless, algo así como un salto, como una transformación; como si la imagen de su entorno apareciera de pronto ante unos ojos distintos de los suyos, ante unos ojos que despertaban de un sueño de siglos...

Y sin embargo era el mismo peligro... No dejaba de repetírsele y procuraba una y otra vez comparar los recuerdos de las dos sensaciones diferentes...

A todo esto hacía ya tiempo que Basini se había levantado.; advirtió la mirada ausente, hosca, de su compañero, recogió en silencio su ropa y se marchó.

Törless lo vio como a través de una niebla y lo dejó ir sin decir palabra.

Tenía la atención concentrada en el esfuerzo de encontrar de nuevo en él aquel punto en el que repentinamente se había operado el cambio de su perspectiva interior.

Pero tan pronto como se aproximaba a ese punto le ocurría como a aquel que pretende comparar cosas que están cerca con cosas que están lejos: nunca conseguía atrapar las imágenes del recuerdo de las dos sensaciones juntas, sino que cada vez se producía una especie de quebranto en la sensación, como ocurre en la acomodación del ojo en la que las sensaciones musculares que la acompañan son apenas perceptibles. Y cada vez, en el momento decisivo, esto le ocupaba toda la atención; el acto de comparar se imponía al objeto de la comparación, se producía una sacudida apenas

perceptible..., y todo volvía a quedar quieto.

Y Törless comenzaba de nuevo.

Este proceso mecánicamente simétrico, regular, lo amodorraba y lo mantenía en una especie de rígido, despierto, helado sueño, que lo tuvo clavado, inmóvil, en su lugar. Por tiempo indefinidamente largo.

Sólo un pensamiento despertó a Törless como el leve contacto de una cálida mano. Era un pensamiento tan obvio que Törless se maravilló de que no se le hubiera ocurrido ya mucho antes.

Era un pensamiento que no hacía sino registrar la experiencia de manera sencilla, sin deformaciones, en una proporción cotidiana y natural, lo que de lejos nos parecía tan grande y misterioso; como si hubiera invisibles fronteras alrededor de los hombres. Lo que fuera de ellas se va preparando y acercándose desde lejos es cual un mar neblinoso, lleno de gigantescas, cambiantes, formas. Lo que entra dentro de esas fronteras, lo que se convierte en acción, lo que viene a formar parte de la vida de cada individuo, es claro y pequeño, de dimensiones humanas, y de líneas humanas. Y entre la vida que se vive y la vida que se siente, que se presiente, que se ve desde lejos hay como una estrecha puerta que marca esa invisible frontera y en la cual se agolpan las imágenes de los hechos para penetrar en los hombres.

Y como esto convenía tan por entero a su experiencia, Törless inclinó, pensativo, la cabeza. "Singular pensamiento...", se dijo.

Por fin se encontró tendido en su cama. Ya no pensaba en nada, pues pensar le era muy difícil y estéril... Verdad es que por la cabeza le pasó lo que había sabido de los secretos actos de sus amigos; pero tales cosas le parecieron tan indiferentes y faltas de vida como las noticias que uno lee en un diario extranjero.

De Basini no cabía esperar ya nada. Por cierto, ahí estaba su problema, pero el problema era tan dudoso y el estaba tan cansado y abatido... Tal vez todo fuera un engaño.

En las oscuras sensaciones que precedieron al sueño, sólo exhalaba su aroma, como flores de saúco, el rostro de Basini, su desnuda y deslumbrante piel. Y allí hasta se extinguía toda repugnancia moral. Por fin Törless se durmió.

Ningún sueño turbó su tranquilidad; pero una tibieza infinitamente agradable tendía blandos tapices bajo su cuerpo. Se despertó de pronto y tuvo que ahogar un grito de sorpresa. Junto a su cama estaba Basini que, con frenéticos y rápidos movimientos, se despojó de la camisa, se metió bajo las sábanas y apretó su desnudo y tembloroso cuerpo contra Törless.

Apenas Törless se dio cuenta de esta acometida, apartó a Basini de sí.

-¿Estás loco? ¿Qué te has creído?

Pero Basini suplicaba.

-Oh, no vuelvas a ser así conmigo. Nadie es como tú. Ellos no me desprecian, como tú. Son rudos sólo para poder luego portarse de otro modo. Pero tú, justamente tú... Si hasta eres más joven que yo, aunque en verdad eres más fuerte...; nosotros dos somos más jóvenes que ellos... Tú no eres tan rudo y vanidoso como ellos... Eres suave, tierno... Te quiero...

-¿Cómo?... ¿Qué dices? ¿Qué tengo que ver yo contigo? ¡Vete! ¡Sal en seguida de mi cama!

Y Törless, atormentado, apartó con el brazo el hombro de Basini; pero la cálida proximidad de la piel blanda, extraña, lo perseguía, lo abrazaba y lo ahogaba. Y Basini susurraba sin cesar:

-...¡Oh, por favor, por favor, oh, me gustaría tanto complacerte...!

Törless no sabía qué responder. Mientras Basini hablaba, mientras transcurría un segundo de duda y reflexión, los sentidos volvieron a hundirse en un mar verde y profundo. Sólo las móviles palabras de Basini refulgían en él como destellos de plateados peces.

Con el brazo continuaba aún apartando el cuerpo de Basini, pero ahora estaba invadido por una tibieza húmeda, pesada. Los músculos se le adormecían, se olvidaba de ellos... Sólo cuando le llegó otro torrente de conmovidas palabras, despertó de aquel estado, porque de pronto sintió -como algo terriblemente inasible- que precisamente -como en sueños- sus manos acababan de atraer a Basini hacia él.

Entonces quiso agitarse, gritarse: "Basini te engaña, quiere atraerte sólo para que ya no puedas despreciarlo"; pero el grito se le ahogó en la garganta. Ningún sonido vivía en el enorme edificio. En todos los corredores parecían dormir, inmóviles, las oscuras olas del silencio.

Quiso recobrar, volver a sí mismo pero, como negros guardianes, las olas estaban echadas ante todas las puertas.

Entonces Törless ya no buscó palabras. La voluptuosidad que, poco a

poco, se le había ido metiendo furtivamente desde aquellos primeros momentos de desesperación, había alcanzado ahora sus plenas dimensiones. Allí estaba esa voluptuosidad, desnuda junto a Törless, extendida, cubriéndose la piel con su blanda y negra capa. Y le susurraba dulces palabras de resignación al oído, y con sus cálidos dedos hacía a un lado todos los problemas y deberes que parecían vanos. Y le susurraba: "En la soledad, todo está permitido..."

Sólo en un instante en que logró deshacerse de aquella fuerza voluptuosa, despierto, vigilante durante un segundo, se aferró desesperado a un pensamiento: "Éste no soy yo... No soy yo... ¡Sólo mañana volveré a ser yo!... ¡Mañana!"

El martes por la tarde volvieron al instituto los primeros estudiantes. Otra parte de ellos llegó con el tren de la noche. Había gran animación en todo el edificio.

Törless recibió a sus amigos de mal humor y con fastidio; no había olvidado. Por lo demás, ellos traían de fuera un aire fresco y mundano. Eso hacía avergonzar a Törless, que ahora amaba la agobiante atmósfera de los cuartos estrechos y cerrados.

En general ahora se avergonzaba a menudo; pero no tanto porque se hubiera dejado seducir -pues estas cosas no son raras en los institutos- como porque no podía evitar una especie de cariño por Basini, siendo así que, por otro lado, sentía con mayor agudeza que nunca cuán despreciable y vil era el muchacho.

Tuvo con él frecuentes entrevistas secretas. Lo llevaba a todos los escondites que conocía por Beineberg y como él mismo no era hábil para recorrer aquellos tortuosos caminos, Basini, que se orientaba mejor por ellos, vino a ser el guía.

Por las noches no lo dejaban tranquilo los celos que sentía cuando observaba a Reiting y a Beineberg.

Sin embargo los dos se mantenían apartados de Basini; tal vez ya se habían cansado de él. En todo caso parecía que en ellos se hubiera operado un cambio. Beineberg guardaba una actitud sombría y cerrada. Cuando hablaba, lo hacía siempre para hacer misteriosas alusiones a algo inminente. Y Reiting, por lo visto, había vuelto a concentrar su atención en otras cosas. Estaría tejiendo con su habitual destreza la urdimbre de alguna intriga, pues mientras buscaba ganarse a unos mediante pequeñas amabilidades, asustaba a los otros astutamente haciéndoles comprender que conocía sus secretos.

Cuando estaban los tres juntos, Beineberg y Reiting proponían llevar nuevamente a Basini al cuarto de arriba o que le ordenaran arrastrarse por el suelo.

Törless procuraba postergar aquellos proyectos con toda clase de excusas, pero sufría constantemente al darse cuenta de la simpatía que Basini le inspiraba.

Pocas semanas antes no habría entendido en modo alguno aquel estado en que se hallaba, pues tenía el carácter sano, fuerte y natural, heredado de sus padres.

Pero en realidad Basini no había despertado en Törless un auténtico -aunque igualmente confuso, fugitivo- y verdadero deseo. Ciertamente es que en Törless había nacido algo semejante a la pasión, pero el amor seguramente no era más que un nombre casual, accesorio, de ello, y Basini sólo su meta interina, transitoria. Porque, en efecto, cuando Törless se encontraba con Basini su deseo nunca se satisfacía en éste, sino que crecía hasta convertirse en una nueva sed sin objeto, que trascendía a Basini.

Lo que ante todo le había deslumbrado era la desnudez de aquel esbelto cuerpo de adolescente.

Törless había tenido la impresión de hallarse frente a una muchachita aún muy joven, en la que todavía no se hubieran desarrollado las formas del sexo. Había sido como un avasallamiento, como un ataque por sorpresa. Y la

pureza que en última instancia había en ese estado era lo que animaba aquellas relaciones con un sentimiento maravillosamente nuevo, inquieto. Todo lo demás contaba poco. Lo otro, el deseo, hacía ya mucho que estaba presente. Lo estaba en casa de Bozena y aún mucho antes. Era la misteriosa y melancólica voluptuosidad sin objeto, que no se refería a nadie; era esa voluptuosidad del adolescente que es como la húmeda, negra tierra de primavera, cargada de simientes, y como esas oscuras corrientes subterráneas que sólo necesitan un motivo fortuito para aflorar a la superficie.

La aventura que había vivido Törless había sido ese motivo. Por obra de una sorpresa, de un equívoco, de un desconocimiento de sus propias impresiones, los callados escondites en los que el alma de Törless había reunido todo lo secreto, prohibido, lascivo, incierto y solitario, habían estallado y toda aquellas oscuras conmociones se encauzaron hacia Basini. Porque allí toparon por fin con algo cálido, con algo que alentaba, que exhalaba cierto aroma, que era carne; con algo en lo que los imprecisos y voluptuosos sueños cobraban forma sin perder su belleza, siendo así que en cambio Bozena los había azotado con cáustica fealdad. Aquello le había abierto de golpe una puerta a la vida y, a la media luz que surgiera, se mezclaba todo, deseo y realidad, lascivas fantasías e impresiones que aún conservaban los cálidos rastros de la vida, sensaciones que le venían de fuera y llamas que la envolvían desde dentro, abrazándolas hasta el punto de que ya no era posible reconocerlas.

Y el propio Törless ya no podía discernir estas cosas; para él todo estaba unido en un único, confuso, inarticulado sentimiento, que Törless, en su sorpresa, bien podía confundir con el amor.

Sin embargo, pronto aprendió a distinguirlo todo con más claridad. Una extraña inquietud lo llevaba de aquí para allá sin reposo. Dejaba en seguida, apenas iniciada, cada cosa que emprendía. No podía sostener ninguna conversación con sus camaradas; sin motivo alguno se quedaba callado o distraídamente cambiaba de tema. Le ocurría también que, en medio de la charla, lo inundaba una ola de vergüenza, de modo que enrojecía, comenzaba a balbucear y debía alejarse.

Durante el día eludía a Basini. Cuando no conseguía evitar mirarlo, casi siempre, le sobrecogía un sentimiento de desencanto; cada movimiento de Basini le llenaba de asco. Las inciertas sombras de sus ilusiones daban paso a una fría, chillona claridad. El alma parecía encogerse hasta que ya no le quedaba otra cosa que el recuerdo de un deseo anterior que se le antojaba ahora indeciblemente incomprensible y repulsivo. Golpeaba el suelo con los pies y encorbaba el cuerpo sólo para librarse de esa dolorosa vergüenza.

Se preguntaba qué dirían los demás, sus padres, sus profesores, si conocieran su secreto.

Pero con esta última reflexión desaparecían regularmente sus tormentos. Era entonces presa de un fresco cansancio. La piel caliente de su cuerpo se le estiraba en una sensación de agradable frescura. Y entonces, tranquilo, veía pasar a todos ante sí; pero sin embargo sentía por todos cierta animadversión. En secreto sospechaba las peores cosas de cualquiera con quien hablara.

Y además creía que a los otros les faltaba esa vergüenza suya. No creía que los otros sufrieran como él; le parecía que les faltaba la corona de espinas del remordimiento.

También se sentía como aquél que ha despertado de una profunda agonía. Como aquél que ha sido rozado por las sigilosas manos de la disolución, como aquél que no puede olvidar la serena sabiduría de una enfermedad prolongada.

En ese estado se sentía feliz y tornaban a darse con más frecuencia los momentos en que anhelaba encontrarse a sí mismo.

Esos momentos comenzaron cuando de nuevo pudo contemplar a Basini con indiferencia, y, sonriente, considerar lo repugnante y bajo de su conducta. Sabía entonces que se envilecía, pero él daba a esto un nuevo sentido. Cuando más feo e indigno era lo que Basini le ofrecía, tanto más opuesto era el sentimiento de una pasión delicada, que solía invadirle después.

Törless se retiraba a algún rincón apartado desde el que poder ver a los demás sin ser visto. Cuando cerraba los ojos, sentía nacer en él un impulso impreciso, y cuando los abría no encontraba nada con que poder compararlo. Y luego surgía de pronto el pensamiento de Basini, que lo arrastraba todo con él. Pero ese pensamiento pronto perdió su carácter determinado. Ya no parecía pertenecerle a Törless ni referirse a Basini. Era un pensamiento que estaba cercado enteramente por sensaciones, como por voluptuosas mujeres vestidas con largos disfraces y con los rostros cubiertos por antifaces.

Törless no conocía a ninguna por el nombre; no sabía de ninguna qué cosa ocultaba; pero precisamente en ello estribaba su fascinante hechizo. Él mismo ya no se conocía; pero justamente por eso se le agigantaban las ansias de entregarse a violentos y despreciables excesos, como cuando en una fiesta galante se apagan de pronto las luces y ya nadie sabe a quién arrastra al suelo y cubre de besos.

Cuando hubo dejado atrás los acontecimientos de su adolescencia, Törless se convirtió en un muchacho de espíritu refinado y sensible. Entonces fue uno de esos seres de naturaleza estético-intelectual, a los cuales, la observancia de la ley, e incluso, en cierta medida, de la moralidad pública, ofrece tranquilidad y serenidad, pues así se ahorran el tener que reflexionar sobre cosas groseras y sobre todo lo que se halle lejos de los estados espirituales más exquisitos; uno de estos seres, sin embargo, en los cuales la magnífica corrección exterior, teñida de un toque de ironía, se relaciona en seguida con una sutil indiferencia cuando se espera de ellos que muestren por las cosas concretas un interés personal que trascienda la legalidad y la moralidad estrictas. Pues ese interés personal, ese justo conocimiento de sí mismo, se concentra sólo, en esos seres, en el desarrollo del alma, del espíritu, o como quiera se llame aquello que, en nuestro interior, se hace grande mediante un pensamiento nacido entre las palabras de un libro o a través de lo que nos dice un cuadro, a media voz, cuando nos hallamos frente a él; aquello que de vez en cuando se despierta en nosotros cuando alguna melodía solitaria y voluble pasa por delante nuestro sin pararse y, desde lejos, con movimientos que nos resultan extraños, pinza el hilo rojo y delicado de nuestra sangre y lo arrastra; algo que, de todos modos, no se halla presente cuando escribimos un documento oficial, cuando planeamos una máquina, cuando vamos al circo, o

al librarnos a mil actividades parecidas.

A tales seres, pues, les resultan de una importancia suprema todas las cosas que signifiquen exigencia para su propia circunspección moral. Por eso Törless, a lo largo de su vida, nunca se arrepintió de aquella experiencia en el instituto. Sus inclinaciones se habían vuelto tan selectivas y de una exquisitez tan afilada que, si alguien le hubiera contado alguna historia similar sobre los excesos de cualquier libertino, ni se le hubiera ocurrido dirigir la indignación contra tamaños disparates. No habría despreciado a un ser así por el sólo hecho de ser un libertino, sino por el hecho de no ser nada mejor; no por las fechorías cometidas, sino por el estado espiritual que le movía a cometerlas; por el hecho de ser estúpido o porque su razón habría demostrado no conocer el sentido del equilibrio espiritual...: es decir, lo habría criticado sólo a causa del aspecto triste, miserable y desvalido que habría ofrecido. Y lo habría despreciado tanto en el caso de que el vicio consistiera en desarreglos sexuales, como en el fumar de un modo incontrolado y excesivo, como en la tendencia a beber.

Y, como en el caso de todos los que se ocupan exclusivamente de mejorar y hacer más elevada su espiritualidad, la mera presencia de afanes voluptuosos o desaforados significaba muy poca cosa para él. Le gustaba tener en cuenta que la capacidad de gozar, la habilidad artística y en general la vida espiritual más refinada son una joya delicada que hay que tratar con cuidado porque podemos hacernos daño con ellas. Consideraba como una cosa inevitable que una persona con una vida interior rica y agitada viva momentos de los que nadie debe saber nada y tenga recuerdos que conserva en los recodos más secretos del pensamiento. Y sólo exigía, de una persona así, que más adelante fuera capaz de servirse de su propia finura.

Así, cuando una vez alguien a quien él había contado la historia de su adolescencia le preguntó si este recuerdo no le causaba vergüenza de vez en cuando, Törless respondió, con una sonrisa: "No puedo negar que se trató de una bajeza. ¿Por qué iba a negarlo? Ha pasado. Pero algo quedó: aquella pequeña dosis de veneno necesaria para liberar el alma de un exceso de salud segura y acomodada, pero que le da, a cambio, una salud más aguzada, sutil e inteligente."

Al fin y al cabo, ¿hemos de contar las horas de de gradación que nos han dejado una marca de fuego en el alma después de cada gran pasión? ¡Pensad sólo en las horas de voluntaria humillación a causa del amor! Esas horas ensimismadas en que los enamorados se abocan como ante el borde de un profundo pozo, o en que descansan mutuamente el oído en el corazón del otro por ver si oyen en su interior el ruido impaciente de las garras de grandes gatos intranquilos rascando las paredes de su prisión. ¡Y todo para acabar sintiendo su propio temblor! ¡Y todo para aterrorizarse ante la propia soledad más allá de estos fondos de tinieblas, marcados con fuego! ¡Y todo para echar a correr -con el miedo de quedarse solo con estas fuerzas siniestras- y refugiarse del todo uno en el otro!

Basta con mirar a los ojos los matrimonios jóvenes. Parece que sus ojos digan: -Eso es lo que crees, ¿verdad?..., pero no puedes ni imaginar hasta qué profundidad podemos sumergirnos! En tales ojos hay una mofa muy grande contra aquél que no sabe nada de todo lo que sus propios ojos saben, y el

afectuoso orgullo de los que han caminado juntos a través de todas las moradas del infierno.

Y así como esos enamorados caminan uno al lado del otro, asimismo ando yo a través de todas estas cosas vividas.

A pesar de todo, aunque más adelante Törless considerara así las cosas, antes, cuando se había hallado bajo el empuje de sensaciones solitarias y anhelantes, no siempre había tenido la confianza, ni mucho menos, de que las cosas llegarían a buen fin. De los enigmas que lo habían estado acechando hasta hacía poco, había quedado una especie de secuela que vibraba en el fondo de sus experiencias como el eco lejano de una nota oscura. Eso era aquello en que no quería ya continuar pensando.

Pero de vez en cuando algo le obligaba a pensar en ello de nuevo. Entonces quedaba sumido en una profunda desesperación; y una vergüenza muy distinta, una vergüenza cansada y desalentada lo abrumaba en medio de tales recuerdos.

A pesar de todo, fue siempre capaz de sobreponerse, hasta que pasó aquéllo.

Eso era algo que facilitaban las peculiares condiciones de vida en el instituto. Allí, donde las fuerzas impetuosas de la juventud quedaban limitadas entre las paredes grisáceas, esos impulsos se dirigían hacia una fantasía que acariciaba sin orden alguno imágenes tan voluptuosas, que a más de uno le habían sacado de quicio.

Un pequeño grado de desenfreno era incluso considerado como muestra de virilidad y de audacia, como la atrevida toma de posesión de placeres considerados hasta entonces como prohibidos. Sobre todo, si uno se comparaba con el aspecto honorable y tieso de los profesores. Porque entonces la palabra de advertencia "moral" quedaba asociada ridículamente a espaldas estrechas, barrigas prominentes sobre dos piernas como palillos y unos ojos tan inofensivos, tras las gafas, como dos ovejas paciendo, como si la vida no fuera más que un prado florido, algo edificante y solemne.

En el instituto, por fin, nadie sabía todavía lo que era la vida, ni tenían la más pequeña idea de todas las gradaciones que bajan de la ordinariéz y la corrupción hasta el nivel de la enfermedad y lo grotesco, que es lo que primero llena de repulsa a los adultos cuando oyen hablar de estas cosas.

Todas estas inhibiciones, que tienen una repercusión más grande de lo que tendemos a imaginar, era algo desconocido para Törless. Había sido su absoluta inconciencia lo que le había movido a cometer semejante debilidad.

Pues la fuerza mortal de la resistencia, esta delicada facultad sensible del espíritu que más adelante llegó a ponderar en tal extremo, era algo que desconocía en aquel tiempo de instituto. Pero apuntaba ya, por cierto. Törless andaba despistado, sólo veía las ondas que proyectaba en su conciencia alguna cosa todavía desconocida, y las tomaba ya, erróneamente, por verdades: pero tenía una labor que cumplir con sí mismo, una empresa espiritual. Aunque no fuera lo suficientemente mayor como para asumir la responsabilidad que ello comportaba.

Sabía sólo que había estado siguiendo alguna cosa todavía indefinida, por un camino que conducía hasta lo más profundo de su ser, y estaba ya

agotado. Se había acostumbrado a depositar esperanzas en descubrimientos misteriosos y extraordinarios, y por eso se había metido por los callejones estrechos y retorcidos de la sensualidad. No por una perversión, sino movido por una situación espiritual todavía desprovista de meta.

Y, esa deslealtad hacia alguna cosa seria y esforzada, centrada en él mismo, la experimentaba con una turbia conciencia de culpabilidad, un asco indeterminado y oculto no acababa de abandonarlo, y un incierto temor lo perseguía a aquél que, en la oscuridad, no sabe ya si está corriendo por el mismo camino que eligió una vez, o si ha perdido aquella pista desde hace tiempo.

En tales casos se esforzaba en no pensar nada. Sordo y mudo, iba haciendo mientras olvidaba todas las preguntas de otrora. El delicioso goce que había sentido en los actos de humillación, se volvió cada vez más raro.

Cierto es que aquel goce no le había abandonado del todo, pero Törless, al final de esta etapa, no presentaba ya resistencia de ningún tipo cuando se tomaban nuevas decisiones sobre el destino de Basini.

Y la ocasión de demostrar esa indiferencia se presentó a Törless pocos días después, cuando los amigos se reunieron en el cuarto de arriba. Beineberg estaba muy serio.

Fue Reiting quien comenzó a hablar.

-Beineberg y yo creemos que la manera que hasta ahora hemos tenido de tratar a Basini ya no da resultados. Basini se ha hecho por completo la idea de obedernos; se ha acostumbrado tanto que no sufre; se ha hecho tan descaradamente dócil como un sirviente. Me parece pues que ha llegado la hora de emplear otros métodos. ¿Estás de acuerdo?

-No tengo la menor idea de lo que queréis hacer con él.

-Sí, no es fácil. Deberíamos continuar humillándolo, mortificándolo. Me gustaría ver hasta qué punto llega. Ahora bien, de qué manera podemos hacerlo es otra cosa. Se me ocurrieron algunas buenas ideas. Por ejemplo, podríamos azotarlo y obligarle a que cantara salmos de agradecimiento. No estaría mal oír el tono de ese cántico. Cada nota tendría un no sé qué de carne de gallina. Podríamos obligarle a hacer las cosas más puercas; podríamos llevarlo a casa de Bozena y hacerle leer en voz alta cartas de su madre. Y Bozena ya se encargaría de poner la nota divertida. Por lo demás, no tenemos prisa alguna. Tendríamos que imaginar y perfeccionar cada detalle, pues sin los detalles resultaría demasiado aburrido. No estaría mal entregarlo a toda la clase hasta sería lo más inteligente. Si muchos contribuyen, aunque cada uno aporte poco bastará para hacerlo pedacitos. En general, me gustan los movimientos de conjunto. Nadie hace nada especial, y sin embargo las oleadas suben cada vez más alto hasta que cubren todas las cabezas. Ya veréis. Nadie se alterará y sin embargo se producirá una tempestad gigantesca. Poner en escena un espectáculo semejante, me agrada sobremanera.

-Pero, ¿qué haréis primero?

-Como te dije, me gustaría reservar para después esto último. Por lo pronto, me contentaría con seguir amenazándolo y azotándolo para que continúe asintiendo a todo.

-¿Para qué? -preguntó Törless; y los dos se miraron fijamente a los ojos.

-Vamos, no disimules. Sé muy bien que estás enterado de todo.

Törless se quedó callado. ¿Había sabido algo, Reiting?... ¿O era que sólo le hacía una zancadilla?

-Si lo sabes desde hace tiempo -continuó Reiting-, Beineberg te dijo para qué sirve Basini.

Törless respiró aliviado.

-Pero no pongas esos ojos de sorpresa. Ya los pusiste aquella vez, y al fin de cuentas no se trata de nada tan grave. Por lo demás, Beineberg me confesó que él hacía lo mismo con Basini.

Y entonces Reiting miró a Beineberg con una mueca irónica. Ésa era su manera de tender a otro una trampa, abiertamente y sin ceremonias.

Beineberg, empero, no replicó nada; permaneció en actitud pensativa y apenas abrió los ojos. Reiting dijo:

-Vamos, dínos de una vez qué te propones. A éste se le ha ocurrido una peregrina idea que quiere aplicar a Basini, antes de que nosotros le hagamos otra cosa. Y es una idea muy divertida.

Beineberg continuaba serio; echó a Törless una penetrante mirada y

dijo:

-¿Recuerdas lo que una vez hablamos en la sala, detras del perchero de los abrigos?

-Sí.

-Desde entonces ya nunca hablé de esto, pues la mera charla no tiene sentido para mí; pero no he dejado de reflexionar en ello muy a menudo, puedes creerme. También es cierto lo que Reiting acaba de decirte. Hice con Basini lo mismo que él y tal vez algo más. Y lo hice porque, como ya dije aquella vez, abrigo la creencia de que la voluptuosidad sea quizá la puerta verdadera. Fue como un intento, digamos. No conocía otro camino que llevara a lo que yo buscaba. Pero si uno hace esas cosas sin plan alguno, todo pierde su sentido. Por eso he meditado noches enteras, he meditado sobre la manera de hacer algo sistemático. Ahora creo que la encontré y hemos de hacer la prueba. Verás tú también hasta qué punto estabas entonces equivocado. Todo lo que se afirma del mundo es incierto; todo se comporta de forma diferente. En cierta manera, antes aprendíamos a conocer sólo por el reverso de las cosas, buscando los puntos que la verdadera explicación nos ocultaba; pero ahora creo que puedo mostrar el anverso, el lado positivo, lo otro.

Reiting distribuyó las tacitas de té mientras, con expresión divertida, decía a Törless:

-¡Presta atención! Es muy elegante lo que éste ha tramado.

Y en ese momento Beineberg apagó la lamparilla con rápido movimiento. En medio de la oscuridad, sólo la llama de alcohol del infiernillo proyectaba inquietas, azuladas luces sobre las tres cabezas.

-Apagué la lámpara, Törless, porque así se hablan mejor de estas cosas. Y en cuanto a ti, Reiting, por mi puedes echarte a dormir, si eres tan tonto que no puedes comprender especulaciones más profundas.

Reiting se rió divertido.

-¿Recuerdas, pues, el tema de nuestra conversación, no? Tú mismo echaste de ver esa pequeña particularidad que tienen las matemáticas. Eso es un ejemplo de que nuestro pensar no tiene una base regularmente fija, segura, sino que se mueve entre brechas. Cierra uno los ojos, deja uno por un momento de ser y, no obstante, se encuentra luego con seguridad al otro lado del abismo. A decir verdad, hace ya mucho que deberíamos estar desesperados, pues nuestro saber en todos los aspectos presenta semejantes abismos y no viene a ser otra cosa que una serie de fragmentos de puente que se extienden por un océano insondable. Sin embargo, no desesperamos y nos sentimos tan seguros como si pisáramos terreno firme. Si no tuviéramos este sentimiento de seguridad, nos daríamos muerte, desalentados por nuestro pobre entendimiento. Y ese sentimiento nos acompaña permanentemente, nos mantiene íntegros, protege a nuestra pobre razón y la lleva de la mano, como si fuera un niño. Pero una vez que hemos cobrado conciencia de esto, ya no podemos negar la existencia del alma. Tan pronto como analizamos nuestra vida espiritual y reconocemos la insuficiencia de la razón, sentimos cabalmente la existencia del alma. La sentimos, ¿comprendes?, pues si no tuviéramos ese sentimiento, desfalleceríamos y nos plegaríamos como bolsas vacías. Ocurre que nos hemos olvidado de considerar ese sentimiento, que sin embargo es uno de los más antiguos. Hace millares y millares de años que lo conocían

pueblos separados por millares y millares de millas. Una vez que uno cobra conciencia de él ya no puede negarlo. Sin embargo, no pretendo persuadirte con mis palabras. Te diré sólo lo que es indispensable para que tengas siquiera alguna preparación. Los hechos lo demostrarán. Si aceptamos pues, que el alma existe, entonces es obvio que no tengamos anhelo más vehemente que el de volver a establecer nuestro perdido contacto con ella, familiarizarnos de nuevo con ella, aprender otra vez a emplear mejor sus fuerzas, esas fuerzas suprasensibles que relucen en las recónditas profundidades del alma y cuyo dominio podemos conquistar. Porque todo eso es posible. Ya más de una vez se logró, como lo atestiguan los milagros, los santos, los contempladores indios de Dios...

-Oye Beineberg -le objetó Törless-. Me parece que ahora hablas como apoyándote ya en esas creencias. Has tenido que apagar la lámpara; pero yo te pregunto: ¿hablarías así si estuviéramos ahora entre los otros, si estuviéramos estudiando geografía o historia, si estuviéramos escribiendo cartas a nuestros padres; es decir, si estuviéramos en lugares en que las lámparas arden con claridad y en donde tal vez el prefecto se paseara por entre los bancos? ¿No te parece que tus palabras son un tanto románticas, aventuradas, como si correspondieran a otro mundo de ochocientos años atrás?

-No, mi querido Törless; sostendría exactamente lo mismo. Por lo demás, es un defecto muy tuyo ése de fijarte siempre en los otros. No eres un ser autosuficiente. ¿Escribir cartas a los padres? ¿Quién te dice que ellos puedan seguir las especulaciones nuestras? Somos jóvenes, somos de una generación posterior, tal vez nos estén reservadas cosas que ellos no presintieron en toda su vida. Por lo menos yo lo siento en mí mismo. Pero, ¿de qué sirve hablar tanto? Yo voy a demostrároslo.

Sobrevino un prolongado silencio, y al cabo, dijo Törless:

-Y dime, ¿cómo harás para apoderarte de tu alma?, ¿para atraparla?

-Eso no es cosa que vaya a discutir ahora contigo, pues tengo que hacerlo en presencia de Basini.

-Pero por el momento podrías, a lo menos, decirlo.

-Bueno, sí. La historia enseña que existe un solo camino: la absorción en uno mismo. Sólo que eso es muy difícil. Los santos antiguos, por ejemplo, los que vivían en la época en que el alma aún se expresaba en milajeros¹⁷⁷, podrían alcanzar esa meta con la oración ferviente. Y en esas épocas el alma era de otra índole, pues hoy ese camino le está vedado. Hoy no sabemos qué debemos hacer. El alma ha cambiado y desgraciadamente, mientras tanto, corrieron tiempos en los que no le prestó la atención debida y en los que se perdió irremisiblemente todo contacto con ella. Sólo mediante las más cuidadosas meditaciones podemos encontrar ahora un nuevo camino. De eso me estuve ocupando intensamente en los últimos días. Tal vez pueda lograrse del modo más sencillo con ayuda del hipnotismo; sólo que hasta ahora nunca se ha intentado. Siempre se practica el hipnotismo como una muestra de habilidad profesional; pero no se ha probado todavía si los métodos pueden llevar a algo superior. Lo que sobre esto puedo ya adelantaros es que con Basini no intentaré la manera corriente de hipnotismo, sino una forma más propia que, si no me equivoco, es muy parecida a una que ya se practicaba en

la Edad Media.

-¿No es portentoso este Beineberg? -rió Reiting-. Debería haber vivido en la época de las profecías del fin del mundo y entonces habría terminado por creer verdaderamente que el mundo había continuado gracias a sus magias del alma.

Cuando, al oír esta broma, Törless miró a Beineberg, observó que el rostro de éste estaba deformado y rígido, como convulso a causa de una concentración desmesurada. Un instante después se sentía aferrado por dedos fríos como el hielo. Törless se asustó de tan extremada excitación, luego se aflojó la tensión de aquella rígida mano. Y Beineberg dijo:

-¡Oh, no era nada! Sólo un pensamiento. Se me ocurrió algo muy similar, una indicación de lo que habría que hacer...

-Oye, ¡estás realmente un tanto alterado! -dijo Reiting en tono jovial-. Antes parecías un hombre de acero y todo lo que tramabas lo hacías como quien practica un deporte; pero ahora eres como una muchacha.

-¡Ah...! ¡No tienes la menor idea de lo que significa saber que uno está próximo a semejantes cosas, cosas que uno tiene cada día ante sí al alcance de la mano!

-No riñáis -dijo Törless. (En el curso de las últimas semanas se había hecho más firme y enérgico.) -Por mí cada cual puede hacer lo que le parezca. Yo no creo en nada. Ni en tus torturas refinadas, Reiting, ni en las fantasías de Beineberg. Yo mismo no tengo nada que decir. Me limitaré a esperar para ver qué ocurre.

-¿Para cuándo, entonces?

Resolvieron que sería dos días después, por la noche.

Törless dejó que los otros actuaran sin oponerles resistencia. En la nueva situación que había surgido, los sentimientos que tenía por Basini se habían enfriado completamente. Y ésta era hasta una solución muy feliz, porque, al menos de un solo golpe lo liberaba de ese vaivén que iba de la vergüenza al deseo, y del que sus simples fuerzas no podían sacarlo. Ahora sentía por lo menos una aversión clara, precisa, contra Basini, como si las humillaciones que éste iba a sufrir fueran a mancharlo.

Por lo demás, estaba distraído y no podía pensar en nada serio, es decir, en lo que antes le había preocupado tanto.

Sólo cuando subía en compañía de Reiting las escaleras que conducían al cuarto de arriba -Beineberg y Basini ya se habían adelantado- se le avivó el recuerdo de lo que antes había experimentado en él. Tenía lúcidamente presentes las palabras con que en aquella ocasión había objetado a Beineberg y ahora deseaba ardientemente volver a adquirir aquella firme confianza, aquella seguridad en sí mismo. En cada escalón echaba vacilante el pie hacia atrás; pero no volvía a sentir la seguridad de antes. Recordaba, eso sí, todos los pensamientos que tuviera entonces; pero ahora le parecían lejanos, como sombras.

Por fin, como no encontraba nada dentro de sí mismo, dirigió su curiosidad otra vez a los hechos que pudieran llegarle desde afuera, y entonces sintió el impulso de adelantarse.

Con rápidos pasos recorrió detrás de Reiting los últimos escalones.

Cuando se cerró detrás de él la chirriante puerta de hierro, Törless pensó con un suspiro que, si bien lo que se proponía hacer Beineberg era tan sólo una ridícula artimaña, representaba, por lo menos, algo seguro, meditado, en tanto que en él mismo todo era impenetrable confusión.

Se sentaron sobre un tirante transversal, llenos de expectación, como antes de comenzar una obra de teatro.

Beineberg y Basini ya estaban allí.

El escenario parecía apropiado para lo que Beineberg se proponía hacer. La oscuridad, el aire pesado, el olor dulzón, pútrido, que exhalaban la tinajas llenas de agua, creaban un estado de sueño del que ya nunca parecía posible salir, una inercia fatigada, floja.

Beineberg mandó a Basini que se desvistiera. En medio de la oscuridad la desnudez del muchacho tenía un destello azulado, ambiguo, que en modo alguno resultaba atractivo.

De pronto, Beineberg sacó el revólver del bolsillo y apuntó con él a Basini.

Hasta Reiting se inclinó hacia adelante para poder interponerse en cualquier momento.

Pero Beineberg sonrió, con el rostro singularmente deformado, como si no hubiera querido sonreír, sino tan sólo acallar palabras fanáticas que se le agolparan a los labios.

Basini había caído de rodillas y permanecía como paralizado, mirando con desorbitados ojos el arma.

-Levántate -dijo Beineberg-. Si haces exactamente todo lo que te digo no te ocurrirá nada malo; pero a la menor oposición dispararé contra ti. No lo olvides. De todos modos te daré muerte, pero retornarás a la vida.

La muerte no nos es tan ajena como tú crees. Morimos diariamente..., en el sueño profundo, sin visiones.

De nuevo una contraída sonrisa deformó la boca de Beineberg.

-Ve y arrodíllate ahora allá arriba. -A una altura media corría por debajo del techo un ancho tablón horizontal-. Así, bien recto. Mantente completamente derecho. Debes llegar hasta el punto en que se cruza la otra viga. Y ahora mira hacia arriba, pero sin pestañear. Debes mantener los ojos lo más abiertos que puedas.

Beineberg encendió una lamparilla tan pequeña que, para poder ver algo, tuvo que inclinar la cabeza un poco hacia atrás.

En la penumbra no podía verse gran cosa, mas al cabo de un rato el cuerpo de Basini comenzó a balancearse como un péndulo. Los azulados reflejos le daban aquí y allá en la piel. De vez en cuando Törless creyó distinguir el rostro de Basini contraído por una expresión angustiada.

Al cabo de un rato, Beineberg preguntó:

-¿Estás cansado?

Hizo la pregunta en el tono habitual de los hipnotizadores.

Luego comenzó a explicar en voz baja, velada:

-La muerte es sólo una consecuencia de nuestro modo de vivir. Vivimos pasando de un pensamiento a otro, de una sensación a la siguiente; de suerte que nuestros pensamientos y sensaciones no fluyen serenamente, como un río, sino que "nos sobrecogen", caen sobre nosotros como piedras. Si observas bien, te das cuenta de que el alma no es algo que paulatinamente vaya cambiando sus colores. Lo que ocurre es que los pensamientos surgen hacia arriba, como guarismos, de un negro foso. Ahora tienes un pensamiento o una sensación y luego otro, como surgido de la nada. Si observas bien, podrás percibir el instante que media entre dos pensamientos y en el que todo es negro. Ese instante es (una vez aprehendido) para nosotros precisamente la muerte; porque nuestra vida no es otra cosa que ir poniendo piedras señaladoras e ir saltando de una a otra, diariamente, por encima de millares de segundos de muerte. En cierto modo vivimos tan sólo en los puntos de apoyo. Por eso tenemos ese ridículo temor a la muerte irremisible, pues ella es el abismo inconmensurable en que caemos cuando no tenemos esas piedras en que apoyar nuestro pie. Para ese modo de vivir ello representa realmente el anonadamiento total; pero sólo en las perspectivas de esta vida, sólo para quien no ha aprendido sino a sentirla de instante en instante. Esto es lo que yo llamo el mal que da saltos, y el secreto de triunfar está en superarlo. Es menester despertar en uno la sensación de que la vida se desliza serenamente. En el momento en que se logra esto está uno tan cerca de la muerte como de la vida. Ya no se vive (según nuestro concepto terrenal), pero tampoco puede uno ya morir. Porque junto con la vida se ha anulado también la muerte. Ése es el instante de la inmortalidad, el instante en que el alma, saliendo de nuestro estrecho cerebro, entra en los maravillosos jardines de su vida. Atiéndeme bien ahora. Adormece en ti todo pensamiento, contempla fijamente esta llama..., no pienses en una cosa y en otra, a saltos... Concentra toda tu atención hacia dentro... Contempla fijamente la llama... El pensamiento se te irá haciendo como una máquina que marcha cada vez más lentamente..., cada

vez más... lentamente... Mira hacia adentro... largamente, hasta que encuentres el punto en que te sientas sin ningún pensamiento, sin ninguna sensación... Tu silencio me dará la respuesta... No apartes la mirada de tu interior... Transcurrieron algunos minutos...

-¿Sientes ya el punto...?

No le llegó respuesta alguna.

-Escucha, Basini. ¿Lo has logrado?

Silencio.

Beineberg se puso de pie y su sombra, alargada, se proyectó en lo alto junto a la viga. Arriba el cuerpo de Basini se tambaleaba, perceptible de vez en cuando, absorbido por las tinieblas.

-Vuélvete hacia un lado -le mandó Beineberg-. Lo que ahora obedece es sólo el cerebro -murmuró-. Lo mecánico aún funciona tenuemente, hasta que se borren los últimos rastros. El alma misma está en alguna parte... Tal vez en su futura existencia. Ya no lleva las cadenas de las leyes naturales...

Y volviéndose hacia Törless, le dijo:

-Ya no está condenada a permanecer, como castigo, pesadamente en un cuerpo. Inclínate hacia adelante, Basini. Así, así, muy suavemente... Más todavía, con el cuerpo hacia afuera... Hasta que no se borre el último rastro en el cerebro, los músculos no se aflojarán y no desfallecerá el vacío cuerpo. O bien quedará flotando, no lo sé. El alma ha abandonado el cuerpo. No es ésta una muerte habitual; acaso el cuerpo también quede flotando en el aire, porque ya no lo posee nada, ninguna fuerza de la vida ni de la muerte... Inclínate hacia adelante... Más..., más aún.

En ese momento, el cuerpo de Basini que, con temor había seguido todas las órdenes, cayó pesadamente y con gran estrépito al suelo, a los pies de Beineberg.

Basini lanzaba gritos de dolor. Reiting rompió a reír a carcajadas; pero Beineberg, que había dado un paso atrás, estalló en un grito de furia al comprender la superchería. Con fulminante movimiento se quitó el cinturón de los pantalones, cogió a Basini por el pelo y lo azotó como un loco. Toda la tremenda tensión que había acumulado se descargaba, violenta, en aquellos furiosos azotes. Y Basini aullaba de dolor, y sus gritos resonaban en todos los rincones como los de un perro castigado.

Mientras se desarrollaba toda aquella escena, Törless había permanecido tranquilo. En silencio espero que ocurriera algo capaz de volver a lanzarlo de nuevo al círculo de sus perdidas sensaciones. Era una esperanza insensata, de la que en ningún momento dejó de tener conciencia; pero así y todo, se había aferrado a ella. Sin embargo, ahora sentía que todo había terminado. La escena le repugnaba, le despertaba una aversión muda, muerta, irracional.

Se levantó en silencio y se marchó sin decir palabra. Mecánicamente.

Beineberg continuaba azotando a Basini, implacable.

Cuando Törless se acostó en la cama, sintió que todo había llegado a su término, que todo había pasado.

Durante el día siguiente se dedicó, con tranquilidad, a cumplir sus deberes de estudiante. No prestó atención a ninguna otra cosa; Reiting y Beineberg tal vez estuvieran poniendo en obra su programa, punto por punto; pero Törless los evitó.

Al cuarto día, precisamente cuando se encontraba solo, se le acercó Basini. Tenía un aspecto miserable. El rostro pálido y enflaquecido. En los ojos le brillaba la fiebre de un continuo temor. Con tímidas miradas oblicuas y palabras apresuradas, le dijo:

-Tienes que ayudarme. Sólo tú puedes hacerlo. Ya no puedo soportar lo que hacen conmigo. Aguanté todo lo anterior; pero ahora, ahora quieren matarme.

A Törless le resultó difícil responderle. Por fin, dijo:

-No puedo ayudarte. Tú mismo tienes la culpa de todo lo que te pasa.

-Pero, hasta hace poco eras tan cariñoso conmigo...

-Nunca.

-Pero...

-¡Cállate! No era yo... Eso fue un sueño..., un capricho... Y hasta me conviene mucho que la nueva vergüenza que cae ahora sobre ti me haya liberado... Para mí todo está bien así...

Basini dejó caer la cabeza. Sentía que entre él y Törless se extendía ahora un grisáceo, frío mar de desilusión... Törless se mostraba reservado. Era otra persona.

Entonces Basini cayó de rodillas ante él, golpeó con la cabeza en el suelo y clamó:

-¡Ayúdame, ayúdame! ¡Por Dios, ayúdame!

Törless titubeó un instante. No tenía ni el deseo de ayudar a Basini ni la suficiente animadversión para apartarlo de sí. Por eso le dijo lo primero que se le ocurrió.

-Ve hoy por la noche al cuarto del altillo. Volveré a hablar todavía una vez contigo de todo esto.

Al instante siguiente ya estaba arrepentido de haber propuesto tal cosa.

"¿Para qué ir allá otra vez?", se le ocurrió, y luego dijo, pensativo:

-Pero ellos te verán. No puede ser.

-Oh, no. Anoche estuvieron conmigo hasta la madrugada. Hoy dormirán.

-Bueno, por mí, vayamos. Pero no esperes que te preste ayuda.

Törless había concedido a Basini aquella entrevista contra su voluntad, porque estaba convencido de que, habiendo perdido todo interés íntimo por Basini, éste ya no volvería a despertarle ninguna emoción. Sólo una especie de pedantería y una escrupulosidad obstinada le habían llevado a mezclarse una vez más en todo aquello.

Sentía la necesidad de terminar definitivamente.

Basini no sabía cómo comportarse. Estaba tan apaleado, que apenas se atrevía a moverse. Le había desaparecido todo rasgo personal; sólo en los ojos le quedaba un resto que parecía aferrarse angustiosa, suplicantemente, a Törless.

Basini esperaba a ver qué hacía Törless.

Por fin, éste rompió el silencio. Habló rápidamente, de una manera despreocupada, como si una mera cuestión de formalismo le obligara a volver sobre un tema ya cerrado.

-No te ayudaré. Verdad es que por un momento tuve interés en ti, pero eso ya ha pasado. No eres más que una mala persona, un cobarde. Seguramente no eres otra cosa. ¿Qué puede unirme a ti todavía? Antes había creído que podía decir alguna palabra en favor de ti, algo que te disculpara; pero hoy verdaderamente lo único que puedo decir es que eres un mal sujeto y un cobarde. Sé que eso es muy sencillo y que no quiere decir nada, pero es todo cuanto puede decirse de ti. He olvidado lo que antes quería de ti, desde que viniste a verme con tus voluptuosas súplicas. Yo quería encontrar un punto, situado fuera de ti, para observarte desde él... En eso estribaba el interés que tú me despertabas; tú mismo lo has destruido... Bueno, pero basta ya, no te debo ninguna explicación. Sólo quiero preguntarte algo. ¿Cómo te sientes ahora?

-¡Cómo iba a sentirme! Ya no puedo soportarlo más.

-Ahora te tratan con severidad excesiva y eso te duele ¿no?

-Sí.

-Pero, ¿es sencillamente un dolor? ¿Sientes que sufres y quieres evitar el sufrimiento? ¿Así, sencillamente y sin complicaciones?

Basini no supo qué responder.

-Sí, comprendo que lo pregunto sólo porque sí; pero me es indiferente. Ya no tengo nada que ver contigo. Te lo dije. Tu trato ya no me hace sentir absolutamente nada. Haz lo que quieras...

Törless hizo ademán de marcharse.

Entonces Basini se arrancó la ropa y se apretó contra Törless. Tenía el cuerpo cruzado por cardenales..., desagradable. Su movimiento le pareció a Törless triste, como el de una prostituta desmañada. Törless se volvió con repugnancia.

Pero apenas hubo dado los primeros pasos en la oscuridad se topó con Reiting.

-¿Qué es esto? ¿Tienes ahora reuniones secretas con Basini?

Törless siguió la mirada de Reiting y vio a Basini, que había quedado atrás. Precisamente en el lugar en que se hallaba de pie Basini entraba, a través de una claraboya, la luz de la luna. La piel azulada, mortecina, marcada por los cardenales, parecía la de un leproso. Mecánicamente Törless procuró explicar su situación.

-Él me pidió que viniéramos aquí.

-¿Y qué quiere Basini?

-Que yo lo proteja.

-Ah, fue en busca del más apropiado para hacerlo.

-Quizá le hubiera prestado protección; pero toda esta historia ya me aburre.

Reiting lo miró, desagradablemente sorprendido. Luego, con tono airado, dijo a Basini:

-Ya te enseñaremos a urdir maquinaciones contra nosotros. Tu propio ángel de la guarda, Törless, será testigo y se divertirá bastante.

Törless se disponía ya a marcharse, pero esa alusión a su propia maldad lo hizo volverse sin reflexionar.

-Escucha, Reiting. Yo no estaré presente. No quiero tener ya nada que ver con este asunto; me repugna.

-¿Así? ¿De golpe?

-Sí, de golpe. Porque antes buscaba algo detrás de esto...

¿Por qué volvía a dominarle ahora esa idea?

-¡Ahá, el segundo rostro!

-Sí, eso mismo; pero ahora sólo veo que tú y Beineberg sois... absurdamente groseros.

-Oh, ya verás cómo Basini come inmundicias -dijo Reiting con aire jocoso.

-Ya no me interesa...

-Pero, te interesó...

-Te dije que sólo mientras la posición de Basini fue para mí un enigma.

-¿Y ahora?

-Ahora no sé nada de enigmas. Las cosas suceden; he aquí la suprema sabiduría.

Törless se asombró de que otra vez se le ocurriesen comparaciones que lo acercaban a aquel perdido círculo de antiguas sensaciones. Cuando Reiting le replicó burlonamente: "Pues no se necesita ir muy lejos para encontrar esa sabiduría"; surgió en él un airado sentimiento de superioridad que le amontonó duras palabras en la boca. Por un momento despreció tanto a Reiting que tuvo ganas de aplastarlo con los pies.

-Podrás burlarte todo lo que quieras. Pero lo que vosotros dos hacéis no es otra cosa que una odiosa, repugnante, sucia infamia.

Reiting echó una mirada oblicua a Basini, que estaba escuchando todo aquello.

-¡Será mejor que te contengas, Törless!

-¡Repugnante, sucia infamia! Ya lo has oído. Entonces Reiting montó en cólera.

-Te prohibo que nos insultes delante de Basini.

-¡Vaya! No tienes nada que prohibir. Ya pasó el momento en que podías hacerlo. Antes tenía respeto por ti y por Beineberg; pero ahora veo que estáis contra mí. Sois unos locos bestiales, torpes, odiosos.

-¡Cállate la boca, o...!

Pareció que Reiting iba a abalanzarse sobre Törless. Éste dio un paso atrás y le gritó:

-¿Crees que voy a agarrarme a golpes contigo? Ahí está Basini. Haz con él lo que quieras. Y ahora déjame pasar.

Tras breve momento de reílexión, Reiting se hizo a un lado. Ni siquiera tocó a Basini; pero Törless, que lo conocía, estaba seguro de que a sus espaldas un perverso peligro se incubaba.

Ya al segundo día, después del almuerzo, lo abordaron Reiting y Beineberg.

Törless advirtió la maligna expresión de sus ojos. Evidentemente Beineberg arrastraba aún consigo la vergüenza del fracaso de sus ridículas profecías, y Reiting debía de haberlo preparado para encontrarlo aún más.

-He venido a saber que nos insultas. Y que además lo haces en presencia de Basini. ¿Por qué?

Törless no respondió.

-Bien sabes que nosotros no toleramos semejante cosa. Pero porque fuiste tú y porque estamos acostumbrados a tus caprichosas ocurrencias, no nos ofendemos y echaremos tierra sobre el asunto. Sólo que deberás hacer algo.

A pesar de estas afables palabras, en los ojos de Beineberg relucía un maligno brillo.

-Basini irá esta noche al cuarto de arriba. Allí lo amansaremos y le enseñaremos a rebelarse contra ti. Cuando veas que nos levantamos, siguenos.

Pero Törless dijo:

-No... Haced vosotros lo que queráis; pero a mí no me mezcléis en este asunto.

-Esta noche nos aprovecharemos de Basini por última vez; mañana lo entregaremos a la clase, pues comienza a indisciplinarse.

-Haced lo que queráis.

-Pero tú tendrás que estar presente.

-No.

-Basini tiene que ver, precisamente en presencia tuya, que nada puede hacerse contra nosotros. Ayer incluso se permitió desobedecer nuestras órdenes. Lo azotamos hasta dejarlo casi muerto. Y sin embargo conserva su actitud obstinada. Debemos recurrir ahora a medios morales. Humillarlo primero ante ti, luego ante toda la clase.

-Pero yo no iré.

-¿Por qué?

-Porque no.

Beineberg contuvo el aliento. Parecía querer juntar veneno en los labios. Luego se acercó a Törless, casi hasta tocarlo.

-¿Crees verdaderamente que no sabemos por qué? ¿Piensas que no sabemos hasta dónde has llegado con Basini ?

-No más lejos que vosotros.

-¿Sí...? ¿E iba a elegirte precisamente a tí como amo protector? ¿Qué me dices? ¿Y precisamente contigo iba a tener tanta confianza? No somos tan tontos.

Törless se enfureció

-Pensad lo que queráis. Lo único que deseo es que me dejéis en paz con vuestras asquerosas historias.

-Ah, ¿te pones otra vez grosero? -Me repugnáis. No tiene sentido vuestra vileza. Sois infames y odiosos.

-Bueno, escucha. Por muchas cosas deberías estarnos agradecido y si, a pesar de eso, crees ahora que puedes rebelarte contra nosotros que fuimos tus

maestros, te engañas de medio a medio. ¿Irás esta noche con nosotros o no?

-No.

-Mi querido Törless, si te rebelas y no vas, te ocurrirá exactamente lo que a Basini. Ya sabes en qué situación te encontró Reiting. Eso basta. No te valdrá de nada que nosotros hayamos hecho más o menos lo mismo. Te lo cargaremos todo a ti. Para estas cosas siempre fuiste muy bobo, muy irresoluto; de manera que no sabrás defenderte. Si no modificas a tiempo tu actitud, te entregaremos también a la clase como cómplice de Basini. Y ya veremos cómo él te protege. ¿Entendido?

Como una tempestad cayó sobre Törless aquel torrente de amenazas proferidas ya por Beineberg, ya por Reiting, ya por los dos a la vez. Cuando Beineberg y Reiting se marcharon, Törless se frotó los ojos. Le parecía que había estado soñando; pero conocía a Reiting y sabía que, enojado, era capaz de las mayores ruindades. Y la rebelión y los insultos de Törless parecían haberlo herido profundamente. ¿Y Beineberg? Lo había visto tembloroso, como presa de un odio contenido durante años... Y además, aunque sólo fuera porque se había puesto en ridículo ante Törless...

Sin embargo, cuanto más trágicos se agolpaban en su cabeza los hechos, más indiferentes y mecánicos le parecían a Törless. Tenía miedo de las amenazas. Eso sí, pero nada más. El peligro lo había arrojado en medio del torbellino de la realidad.

Estaba acostado en su cama. Vio cómo Beineberg y Reiting salían del dormitorio y cómo detrás de ellos se arrastraba Basini, con cansado paso. Pero él no los siguió.

Sin embargo, lo torturaban horribles pensamientos. Por primera vez volvió a pensar con entrañable cariño en sus padres. Sentía que necesitaba ese suelo firme, sereno, para asegurar y fijar en él lo que hasta entonces fuera sólo confusión.

Pero, ¿qué era eso? No tenía tiempo para meditar ni cavilar sobre los hechos, que se precipitaban. Sólo sintió un vehemente deseo de salir de esa situación confusa, turbadora, un deseo de paz, de leer muchos libros, como si su alma fuera tierra negra en la cual ya germinaban las semillas, sin que todavía nadie supiera lo que habría de nacer de ellas. Se le metió profundamente en el pensamiento la imagen de un jardinero que cada mañana riega los parterres con complacencia regular, serena, en actitud expectante. No podía deshacerse de esa imagen. Su seguridad le parecía concentrar todos los deseos que sentía. ¡Si todo se resolviera de esa manera! ¡Oh, si todo terminara así! Y, sobreponiéndose a su angustia y preocupación, tuvo el convencimiento de que debía hacer cualquier cosa para poder alcanzar ese estado.

Sólo que no veía todavía con claridad lo que debía hacer inmediatamente, pues sus ansias de paz y profundidad no hacían por el momento sino aguzar aún más el terror que sentía por las intrigas que sin duda le estaban preparando. Tenía verdadero miedo de la venganza que le acechaba. Si los otros tramaban realmente entregarlo a la clase, defenderse le demandaría un enorme gasto de energías que era lo que ahora precisamente le faltaba. Y entonces, al pensar en este lío de acontecimientos, en este choque con las intenciones y la enérgica determinación de los demás, un choque muy claramente desprovisto de todo valor, entonces el asco lo abrumaba.

Luego recordó de pronto una carta que recibiera mucho antes de sus padres. Era la respuesta a una que él les había escrito y en la cual les daba cuenta de los singulares estados de ánimo en que solía vivir, antes de que los acontecimientos se hubieran precipitado por el lascivo comportamiento de Basini. La carta de los padres contenía, como siempre, una respuesta serena, formal, llena de aburrida ética, y le aconsejaban que indujera a Basini a denunciarse a sí mismo para poner fin a ese indigno y peligroso estado de dependencia.

Törless había vuelto a leer después aquella carta, cuando tenía junto a sí a Basini desnudo, sobre las blandas mantas del desván. Y en esa ocasión había encontrado un placer especial en hacer que su lengua modulase aquellas sencillas, sobrias, graves palabras, mientras pensaba que los padres, en su clara existencia, llena de luz, permanecían ciegos a las tinieblas en que estaba agazapada, por el momento, el alma del hijo, como un elástico y voraz gato.

Pero hoy, cuando pensó en la carta, le produjo un efecto completamente diferente.

Le invadió una agradable sensación de tranquilidad, como si hubiese sentido el contacto de una mano firme y bondadosa; y en ese instante tomó una resolución. Era una idea que centelleó ante su vista y a la que él se aferró sin pensarlo más, bajo el patrocinio de sus padres.

Aguardó despierto a que los tres volvieran. Luego siguió esperando hasta que oyó la respiración regular de los que dormían. Entonces arrancó presurosamente una hoja de su libreta de notas y, a la incierta luz de la lámpara de noche, escribió en letras gruesas y vacilantes:

"Mañana te entregarán a la clase y allí te aguardarán terribles pruebas. La única salida es que tú mismo te denuncies al director. De cualquier modo, se enterará de todo, pero por lo menos te habrás evitado horribles tormentos. Haz responsables a R. y a B. No digas nada de mí. Ya ves que quiero salvarte."

Y entonces, sigiloso, metió ese billetito en la mano de Basini, que dormía. Luego él también se durmió, agotado por la excitación.

Al día siguiente, pareció que Beineberg y Reiting aún querían conceder una tregua a Törless.

Pero para Basini las cosas se iban poniendo muy feas.

Törless vio como Beineberg y Reiting se acercaban a éste o a aquel compañero y como formaban grupos en los que se cuchicheaba vivamente.

Por lo demás, no sabía si Basini había encontrado su billete, pues como Törless se sentía observado no tuvo ocasión de hablarle.

Al principio sintió miedo de que se estuviera tramando también algo contra él; mas ahora que se encontraba frente al peligro se sentía tan paralizado por su infortunio que habría dejado que todo se le viniera encima sin pestañear.

Sólo más tarde se mezcló, medroso, entre los camaradas, temiendo que de un momento a otro pudieran abalanzarse contra él.

Pero nadie reparaba en él. Por el momento sólo se trataba de Basini.

La excitación fue subiendo de punto. Törless pudo advertirlo. Reiting y Beineberg tal vez hubieran agregado hasta mentiras... Al principio todos se reían, luego algunos se pusieron serios y Basini comenzó a ser el blanco de perversas miradas. Por fin se extendió por toda la clase un sombrío, cálido, silencio, preñado de oscuros caprichos.

Quiso la casualidad que aquél fuera un día festivo.

Todos se reunieron detrás de las arcas. Luego llamaron en voz alta a Basini.

Beineberg y Reiting estaban de pie, a uno y otro lado de él, como dos domadores de fieras.

Una vez que cerraron las puertas y establecieron puestos de guardia, el eficaz procedimiento de hacer desvestir a Basini produjo hilaridad general.

Reiting, que tenía en la mano un paquetito de cartas de la madre de Basini, comenzó a leer una en voz alta:

-Querido hijito...

Griterío general.

-...bien sabes que del poco dinero de que dispongo como viuda...

Incontenibles carcajadas, chanzas, se oyeron por todas partes.

Reiting quería continuar leyendo, pero de pronto uno de los muchachos dio un empujón a Basini. Lo siguió otro que lo empujó, a medias bromeando, a medias indignado. Se agregó un tercero y repentinamente Basini echó a correr, desnudo, con la boca deformada por el miedo, mientras iba botando como una pelota por toda la sala, entre las risas, empujones y gritos jubilosos de todos. Iba golpeándose e hiriéndose contra las agudas aristas de los bancos. Por fin le brotó sangre de una rodilla y cayó al suelo, abatido, sangrante, cubierto de polvo, con ojos animales, vidriosos, mientras sobrevenía un momento de silencio en el que todos se precipitaron para verlo tendido en el suelo.

Törless se estremeció. Había visto el poder que tenían las tremendas amenazas de Beineberg y Reiting

Además, no sabía todavía lo que harían por fin con Basini.

La noche siguiente atarían a Basini a la cama y azotarían con los floretes de esgrima.

Pero, para sorpresa general, por la mañana siguiente, ya muy temprano, apareció en la clase el director. Lo acompañaban el consejero del

colegio y dos profesores. Hicieron que Basini saliera de la clase y lo encerraron solo en un cuarto.

Después el director pronunció un exasperado discurso, en el que se refirió a las crueldades de que había sido objeto Basini, y dispuso que se llevara a cabo una severa investigación.

El propio Basini lo había confesado todo.

Alguien debió advertirle acerca de lo que le esperaba.

Nadie concibió la menor sospecha de Törless. Éste permanecía tranquilamente sentado, concentrado en si mismo, como si todo aquello no le importara nada.

Tampoco Reiting y Beineberg pensaron que él hubiera sido el traidor. Las amenazas que profirieron no habían sido hechas en serio; ellos habían pretendido intimidarlo para hacerle sentir su superioridad, y acaso también por pura irritación; pero ahora que se les había pasado el enojo, no pensaban ya en las amenazas. Por otro lado las amabilidades que debían a los padres de Törless les habrían impedido emprender nada contra él. Eso contaba tanto, para ellos, que incluso habían evitado, personalmente, realizar ningún acto de violencia delante de Törless.

Törless no estaba en modo alguno arrepentido de su proceder. Su acción secreta y cobarde de escribir aquella nota a Basini no bastaba para anularle el sentimiento de una liberación total. Después de tantas excitaciones todo se le había hecho maravillosamente claro y remoto.

No participó en las vivas conversaciones que sostenían por todo el instituto sobre lo que ocurriría en la próxima investigación. Vivió todo aquel día serenamente y solo consigo mismo.

Cuando anocheció y se encendieron las lámparas, se sentó en su lugar teniendo delante el cuaderno en que había anotado aquellas fugaces observaciones.

Pero no leyó mucho tiempo. Con la mano volvía distraídamente las páginas. Tenía la sensación de que desprendían un suave aroma, como el de espliego que exhalan las cartas viejas. Era como esa ternura mezclada de melancolía que sentimos por aquellos momentos de nuestra vida que forman parte irrevocable del pasado, cuando una sombra amorosa y pálida surge de aquel ámbito con flores marchitas en las manos, y en ello descubrimos una apariencia olvidada de nosotros mismos.

Y esa sombra melancólicamente delicada, ese suave aroma, parecía perderse en una ancha, cálida, honda, corriente..., la corriente de la vida que ahora se extendía abierta ante Törless.

Se había cumplido una fase de su desarrollo interior. El alma, cual un árbol joven, había echado un nuevo anillo anual. Y esa sensación poderosa, que no podía expresar con palabras, disculpaba todo lo que había ocurrido.

Törless comenzó a hojear otra vez lo que había escrito. Las frases en las que, impotente, había consignado lo que le pasaba -esa múltiple sorpresa, ese múltiple asombro de la vida- volvían a reanimarse; parecían agitarse y cobrar sentido. Se entendían ante él como un camino claro, iluminado, en el que estaban impresas las huellas de los pasos que él había dado a tientas; pero todavía le parecía que les faltaba algo; no era una idea, oh, no, lo que echaba de menos, tenía que ser alguna cosa que, añadida a aquellas frases, consiguiera conmoverlo plenamente.

De pronto se sintió inseguro. Le sobrecogió el temor de tener que verse al día siguiente ante sus profesores y justificarse. ¿De qué? ¿Cómo iba a explicarles a ellos lo que le había ocurrido? Ese camino misterioso, oscuro, que recorriera... Si le preguntaban: "¿por qué has maltratado a Basini?", no podría responder: "Porque hallé en ello un interés favorable al proceso de mi entendimiento, algo de lo que, a pesar de todo, aún sé muy poco y que

consigue, a la postre, que todo lo que acude a mi pensamiento me parezca sin importancia".

Ese pequeño paso que aún lo separaba del punto final del proceso espiritual que él había sufrido, lo espantaba como un horroroso abismo.

Y antes de que cayera del todo la noche, Törless se encontraba dominado por una febril, angustiosa excitación.

Al día siguiente, cuando la comisión convocó uno a uno a los alumnos al interrogatorio, Törless había desaparecido.

Lo habían visto por última vez, la noche anterior, ante un cuaderno que aparentemente estaba leyendo.

Lo buscaron por todo el instituto. Beineberg se llegó secretamente hasta el cuarto del altillo, pero tampoco encontró allí a Törless.

Era evidente que se había fugado del instituto, y el director encargó a las autoridades que lo buscaran y lo devolvieran al colegio discretamente.

Mientras tanto, la investigación comenzó.

Reiting y Beineberg creyeron que Törless se había escapado por miedo a sus amenazas, se sintieron obligados a apartar de él toda sospecha y, en efecto, lo defendieron calurosamente.

Echaron toda la culpa a Basini. La clase entera, alumno por alumno, confirmó que Basini era un ladrón, un hombre indigno que había respondido con nuevas faltas a los mejor intencionados intentos de hacer que se corrigiera. Reiting declaró que, si bien comprendían que habían cometido una falta, ésta se debió sólo a que, obedeciendo a la compasión, se habían dicho que no era lícito hacer castigar a un camarada sino después de haber agotado todos los medios para corregirlo por las buenas, y de nuevo toda la clase juró que los malos tratos de que habían hecho objeto a Basini respondían sólo a la rebotante indignación que se encendió en ellos cuando comprobaron que Basini había replicado con los mayores y viles sarcasmos y afrentas a los más nobles sentimientos de sus camaradas.

En suma, que se representó una bien preparada comedia, que Reiting puso brillantemente en escena. Se tocaron en ellas todas las cuerdas éticas que pudieran haber sonado bien a los oídos de los educadores.

Basini, anonadado, respondía con el silencio a todas estas cosas. Desde el día anterior estaba mortalmente aterrorizado, de manera que la soledad del cuarto en que lo habían confinado y la marcha tranquila, oficial, del interrogatorio, eran para él como una liberación. No deseaba otra cosa que un rápido fin. Por su parte Reiting y Beineberg no habían dejado de advertirle que se vengarían de manera tremenda si declaraba contra ellos.

Por fin llevaron a Törless al instituto. Lo habían detenido en la ciudad próxima, medio muerto de cansancio y hambriento.

Su fuga parecía ahora el único enigma que quedaba de todo aquel asunto. Sin embargo la situación le era propicia. Beineberg y Reiting habían preparado bien los ánimos, habían hablado de la nerviosidad que en los últimos tiempos había manifestado Törless, de su fino sentido moral, de lo que lo había conmovido verse frente a algo delictuoso; dijeron que, sabiéndolo todo desde el principio y no habiéndolo denunciado en seguida, se sentiría culpable de la catástrofe que había sobrevenido.

De manera que todos recibieron a Törless con conmovida buena voluntad y simpatía.

Sin embargo, estaba tremendamente excitado y el miedo de no poder explicarse lo agotaba por entero...

Como se temía que pudieran salir a la luz cosas desagradables, el interrogatorio se llevó a cabo, por discreción en la vivienda privada del director. Además de él, intervenían en el proceso el consejero del instituto, el profesor

de religión y el profesor de matemáticas. A este último, por ser el más joven de los docentes, le tocó la tarea de redactar las actas y las notas protocolares.

Cuando le preguntaron por los motivos de su huida. Törless no respondió.

Los miembros de la comisión menearon la cabeza, sin comprender.

-Bueno, pues -dijo el director-, en cierto modo ya estamos informados. Pero, díganos usted lo que le impulsó a mantener en secreto la conducta de Basini.

Törless habría podido mentir; mas sus temores se habían disipado y en verdad le encantaba la idea de hablar de sí mismo y de exponer ante los profesores sus pensamientos más recónditos.

-No lo sé con precisión, señor director. Cuando por primera vez me enteré de lo que Basini había hecho, me pareció algo horrible..., algo en verdad inconcebible...

El profesor de religión asintió con la cabeza, en actitud tranquilizadora y como para animar a Törless a seguir hablando.

-Yo..., yo pensaba en el alma de Basini...

El rostro del profesor de religión resplandeció satisfecho. El profesor de matemáticas se limpió los lentes, volvió a colocárselos, cerró los ojos...

-No podía imaginarme a Basini en el momento en que cometía semejante vileza y por eso mismo me sentía cada vez más impulsado hacia él, a tratarlo.

-Sí, ya veo. Sin duda quiere usted decir que sentía un natural horror por la falta de su compañero y que el espectáculo del vicio en cierto modo le hechizaba, así como la mirada de la serpiente atrae a su víctima.

El consejero del instituto y el profesor de matemáticas se apresuraron a manifestar su acuerdo con la metáfora, con vivos ademanes.

Pero Törless dijo:

-No, a decir verdad, no era horror. Yo me decía: puesto que Basini ha cometido una falta, sería menester entregarlo a quienes corresponde que lo castiguen...

-Y así debería haberlo usted hecho.

-...y sin embargo otras veces me parecía tan extraño, que no pensaba en que tuviera que ser castigado. Lo veía todo desde un punto de vista diferente. Y cada vez se producía en mí como un salto cuando pensaba en el asunto...

-Debería usted expresarse con mayor claridad, mi querido Törless.

-No se puede decir de otra manera, señor director.

-Bueno, bueno, está usted excitado, bien lo vemos; confuso... Lo que acaba de decirnos es muy oscuro.

-Pues sí, me siento confundido. En otras ocasiones podía expresarlo mejor; pero a fin de cuentas vendría a ser lo mismo. Había en mí algo singularmente extraño...

-Bien. Por lo demás, es muy natural, tratándose de cuestión tan espinosa como ésta.

Törless meditó un instante.

-Tal vez pueda expresarlo así: hay ciertas cosas que entran en nuestra vida, por así decirlo, con doble forma. Eso me pasó con personas y hechos,

frente a oscuros y polvorientos rincones, o ante una alta, fría, silenciosa pared, que de pronto me parecía viviente...

-Pero, por amor de Dios, Törless. ¿Adonde quiere usted ir a parar?

Pero Törless sentía un singular placer en arrojarlo todo fuera de sí.

-...y también me pasó con los números imaginarios...

Todos se miraron, miraron a Törless y luego volvieron a mirarse entre sí. El profesor de matemáticas tosió ligeramente.

-Para que se entienda mejor esta oscura alusión, he de decir que una vez el alumno Törless fue a mi casa para pedirme una explicación de ciertos conceptos fundamentales de las matemáticas con motivo precisamente de esos números imaginarios, conceptos que para el intelecto no preparado presentan efectivamente graves dificultades. Y hasta debo confesar que en este punto el alumno Törless mostró una innegable agudeza intelectual, aunque sólo una verdadera manía lo llevaba a considerar estas cosas que en cierto modo bien pudieran parecer, por lo menos a él así le parecieron, una laguna en la causalidad del pensar. ¿Recuerda todavía, Törless, lo que dijo usted en aquella ocasión?

-Sí, dije que me parecía que en esos puntos el pensar solo no bastaba, sino que necesitábamos además de otra seguridad, de una seguridad interior que en cierto modo, nos permitiera superar esas lagunas. En el caso de Basini también comprendí que el pensamiento solo no bastaba.

El director ya se había impacientado por este giro filosófico que había tomado la investigación; pero el catequista estaba muy complacido por la respuesta de Törless.

-¿Quiere decir entonces -preguntó- que se sintió usted impulsado a abandonar el punto de vista científico para adoptar el religioso? Evidentemente frente a Basini debe haber sentido algo parecido -dijo volviéndose a los otros-. Törless parece tener una sensibilidad muy aguda para captar la esencia delicada -diría yo divina, pues trasciende los límites de la razón- de la moral. Entonces el director se sintió obligado a continuar preguntando en ese orden de cosas:

-Escuche usted, Törless: ¿es entonces como dice el reverendo? ¿Buscaba usted verdaderamente un fondo religioso detrás de los hechos o cosas, como acaba usted de decir de un modo bastante general?

El propio director se habría quedado contento, si por fin Törless hubiera asentido y le hubiera ofrecido de esa manera un terreno más seguro para juzgar. Pero Törless dijo:

-No, tampoco se trataba de eso.

-Entonces, díganos de una vez, y llanamente -exclamó el director ya fuera de sí- de qué se trataba. No nos es posible sostener aquí con usted una discusión filosófica.

Pero Törless seguía obstinado. Aunque por una parte sentía que no se había expresado bien, la falta de comprensión que encontraba le suscitó el sentimiento de una soberbia superioridad sobre aquellos señores que parecían saber tan poco de los estados íntimos del hombre.

-No puedo remediar que las cosas no sean como ustedes quisieran. Y yo mismo no estoy en condiciones de describir con precisión lo que sentía cada vez; pero si digo ahora lo que pienso de ello, podrán ustedes tal vez

comprender por qué durante tanto tiempo no conseguí superar esos estados.

Se había erguido tan orgulloso como si allí fuera él el juez. Dirigió la vista más allá de sus interlocutores. No podía mirar aquellas ridículas figuras.

Ante la ventana se veía afuera una corneja posada en una rama y más lejos sólo la blanca, gigantesca extensión de la llanura.

Törless sintió que había llegado el momento en que hablaría claramente, consciente de su victoria, de lo que había sido primero sólo impreciso y atormentador luego carente de vida y fuerza.

Y no era que un nuevo pensamiento le hubiera dado esa seguridad y claridad, sino que se sentía todo él de-vado²⁰⁸ como si no lo rodeara otra cosa que un cuarto vacío, todo él sentía como sintiera antes, cuando hizo vagar los asombrados ojos entre los camaradas que escribían, estudiaban y trabajaban diligentes.

Porque, en efecto, con los pensamientos ocurre algo muy singular. A menudo no son otra cosa que hechos contingentes, casuales, que pasan sin dejar rastro alguno. Los pensamientos tienen además instantes vivos e instantes muertos. Puede uno lograr un genial conocimiento, y que, no obstante, se le marchite lentamente entre las manos como una flor. Queda la forma, pero los colores, el aroma, desaparecen. Es decir, que lo recuerda una palabra por palabra, y el valor lógico de la frase que uno encontró para expresarlo continúa siendo perfectamente impecable. Sin embargo, ese pensamiento no hace sino recorrer sin tregua la superficie de nuestro ser íntimo y no nos sentimos más ricos a causa de él..., hasta que -tal vez al cabo de años-, de golpe, sobreviene un momento en que comprendemos que en todo ese ínterin no sabíamos absolutamente nada de aquel pensamiento, aunque lo sabíamos todo lógicamente.

Sí, hay pensamientos vivos y pensamientos muertos. El pensamiento que se mueve en la superficie de nuestro ser y que en cualquier momento puede referirse al hilo de la causalidad, no tiene por qué ser vivo. Un pensamiento que se nos da de esa manera es algo indiferente, impersonal, como un hombre que marcha en una columna de soldados. Un pensamiento..., que acaso ya desde mucho tiempo atrás se nos metió en el cerebro, llegará a ser un pensamiento vivo sólo en el momento en que lo anime algo que ya no es pensamiento, algo que ya no es lógico, de manera tal que sentimos su verdad más allá de toda justificación intelectual, como un ancla que desgarrar carne viva, sangrante... Un elevado conocimiento está sólo a medias en el círculo luminoso del intelecto; la otra mitad tiene sus raíces en el oscuro suelo de lo más recóndito; de suerte que un gran conocimiento es ante todo un estado de ánimo y sólo en su punta más exterior está el pensamiento, como una flor.

Törless había necesitado sólo una gran conmoción del alma para cobrar este último impulso que lo hacía elevarse sobre sí mismo.

Sin prestar la menor atención a los sorprendidos rostros que tenía frente a él, habló de un tirón para sí mismo hasta el final, con la mirada dirigida fijamente hacia adelante.

-...Quizá sepa yo todavía demasiado poco para expresarme correctamente; pero así y todo intentaré describir lo que me ocurre. No puedo decir sino que veo las cosas en dos formas. Todas las cosas, también los

pensamientos. Hoy son las mismas que ayer. Así lo veo cuando me esfuerzo por establecer su diferencia. Pero cuando cierro los ojos, las cosas viven iluminadas por otra luz. Es posible que me haya equivocado en lo que dije sobre los números irracionales. Cuando pienso en ellos desde el punto de vista de las matemáticas, me parecen naturales; pero, cuando los considero en su peculiaridad, me parecen imposibles. Sin embargo, bien pudiera ser que aquí me equivocara. Sé muy poco sobre ellos; pero no me equivoco con Basini. No me equivoco cuando oigo el ligero murmullo de los altos muros. No se equivocan mis ojos cuando contemplan la silenciosa vida del polvo que la luz de una lámpara súbitamente encendida puede matar. No, no me equivoco cuando hablo de una segunda, misteriosa, inadvertida vida de las cosas. No..., esto no ha de tomarse literalmente. No es que las cosas vivan ni que Basini tenga dos rostros; pero, en mí, él tenía dos rostros, y los ojos del entendimiento no podían ver ese segundo rostro. Así como siento que un pensamiento cobra vida en mí, siento también que en mí vive algo al contemplar las cosas, cuando los pensamientos callan. Detrás de todos los pensamientos hay en mí algo oscuro que no puede medirse con el pensamiento, una vida que no puede expresarse con palabras, y que, sin embargo, es mi vida... Y esa vida silenciosa me iba sofocando, rodeando, y alguna fuerza desconocida me obligaba a mirarla cada vez más cerca. Tenía miedo de que toda nuestra vida fuera así y que yo, sólo aquí y allá, fragmentariamente, la viviera... Oh, tenía un miedo terrible... Me flaqueaban los sentidos...

Estas palabras y metáforas que estaban mucho más allá de la edad de Törless acudieron fáciles y naturales a sus labios en aquel momento de aguda vehemencia, casi de inspiración poética. Luego bajó la voz y, como presa de honda pena, agregó:

-Ahora todo ha pasado. Sé que me equivoqué. Ya no temo nada. Sé que las cosas son las cosas y que siempre seguirán siendo ellas mismas, y que yo las veré ora de una manera, ora de otra. Ora con los ojos del entendimiento, ora con los otros... Y ya no intentaré compararlas, cotejarlas...

Y allí calló. Le pareció completamente natural que lo dejaran marcharse, sin oponerle la menor objeción.

Cuando estuvo afuera, los profesores se miraron desconcertados. El director no cesaba de menear la cabeza. El consejero del colegio fue el primero en encontrar palabras para quebrar el silencio.

-¡Vaya! Este pequeño profeta quería darnos una conferencia. Pero el diablo cargue con su agudeza. Esa excitación, y además esa manera de confundir las cosas más sencillas...

-Aguda receptividad y espontaneidad del pensamiento -dijo el profesor de matemáticas-. Parece que, al dar una importancia desmesurada al factor subjetivo de todas nuestras vivencias, se le ha confundido el entendimiento y se ve impulsado a emplear esas oscuras metáforas.

Sólo el profesor de religión permaneció callado. Del discurso de Törless había retenido la palabra alma, tan frecuentemente pronunciada, y sentía simpatía por el joven.

Pero de todos modos no había llegado a formarse una opinión clara del sentido en que Törless la había empleado.

A todo esto, el director puso fin a la situación de manera tajante:

-No sé verdaderamente lo que pasa por la cabeza de este Törless. En todo caso se halla en un estado de sobreexcitación tal que permanecer en un instituto probablemente ya no le convenga. Me parece que necesita una vigilancia en su alimento espiritual más cuidadosa que la que nosotros podemos ofrecerle. No creo que podamos seguir asumiendo semejante responsabilidad. A Törless le conviene una educación especial, privada. Escribiré a su padre para sugerírselo.

Todos se apresuraron a apoyar esta excelente proposición del escrupuloso director.

-En verdad se comportó de manera tan estafalaria que estuve a punto de creer que sería presa de un ataque de histeria -dijo el profesor de matemáticas a su vecino.

Junto con la carta del director, les llegó a los padres de Törless otra de éste, en la que les pedía que lo sacaran del instituto, porque allí no se sentía cómodo.

Se había castigado a Basini expulsándolo del colegio. En el colegio todo volvió a su curso habitual.

Se convino que la madre de Törless iría a buscarlo. El joven se despidió con indiferencia de sus camaradas. Casi empezaba ya a olvidar los nombres.

No volvió a subir al cuartito rojo. Aquello le parecía lejano, muy lejano, detrás de él.

Desde la expulsión de Basini todo estaba muerto, casi como si con el muchacho hubieran desaparecido las situaciones creadas a su alrededor.

Törless estaba sumido en un estado de sereno escepticismo. Ya no sentía desesperación.

"Probablemente habían sido sólo aquellas secretas cosas que ocurrieron con Basini las que me desconcertaron tanto", pensaba para sí. No podía encontrar ninguna otra causa precisa.

Pero también estaba avergonzado, como se avergüenza uno por la mañana cuando durante la noche, castigado por la fiebre, se ve surgir de todos los rincones del oscuro dormitorio terribles formas amenazadoras.

En cuanto a la conducta que había tenido ante la comisión, le parecía enormemente ridícula. ¿No habían tenido razón en el fondo? ¡Qué lío, por una cosa tan insignificante! Sin embargo sentía en él algo que quitaba las espinas de su vergüenza. "Por cierto que alardeé de manera nada razonable" reflexionaba; "sin embargo, me parece que toda esta historia tenía que ver muy poco con mi razón". Ése era ahora su nuevo sentimiento. Tenía el recuerdo de una tremenda tempestad que había estallado en su interior y que en modo alguno bastaba para explicar los motivos que todavía seguía buscando "Entonces debe de haber sido algo mucho más necesario y profundo", concluyó, "algo que no puede aprehenderse con la razón y los conceptos..."

Y aquello que había estado presente antes de sus tribulaciones y de su pasión, aquello que ésta sólo había sofocado, lo peculiar de él, su problema, continuaba aún firmemente arraigado. Esas cambiantes perspectivas que le hacían ver todo ora más lejos, ora más cerca, esa inasible relación que, según nuestro punto de vista, confiere de pronto valores a las cosas y a los hechos, que son entre sí ajenos e imposibles de comparar...

Eso y todo lo demás, lo veía ahora singularmente claro y puro..., y pequeño; así como ve uno las cosas por la mañana, cuando los primeros rayos limpios del sol han secado el sudor de la angustia y el miedo nocturnos, y la mesa y el armario, lo hostil y el destino, vuelven a adquirir sus dimensiones naturales.

Pero a Törless le quedaba todavía un ligero, sutil cansancio. Ahora sabía distinguir entre el día y la noche.

Y el caso es que siempre había sabido hacerlo, sólo que una pesadilla se le había filtrado, borrosa, a través de esa frontera, y se avergonzaba de tal confusión; mas el recuerdo de que podía ser otra cosa, de que hay alrededor de los hombres tenues fronteras que fácilmente pueden deshacerse, de que febriles sueños rondan el alma, corroen los firmes muros y abren de pronto inquietantes, trágicas calles... También este recuerdo se le había grabado profundamente y proyectaba pálidas sombras.

No podía explicarse gran cosa de este estado; pero el hecho de que no

podiera expresarlo con palabras le parecía valiosísimo, como la seguridad del cuerpo fecundado que ya siente en su sangre el tenue tirón del futuro.

Y en Törless se mezclaban el cansancio y la confianza absoluta en sí mismo... Y así fue como al llegar el momento de la despedida, se halló pensativo y sereno...

A la madre, que esperaba encontrar a un joven sobreexcitado y confundido, le sorprendió el frío abandono de su hijo.

Cuando llegaron a la estación, vieron a la derecha el bosquecillo en el que estaba la casa de Bozena. Parecía tan insignificante e inofensivo; era un polvoriento conjunto de sauces y álamos.

Törless recordó cuán inconcebible le había parecido en casa de Bozena la vida de sus padres. Y entonces observó furtiva y oblicuamente a la madre.

-¿Qué quieres, hijo?

-Nada, mamá. Estaba pensando.

Y Törless absorbió el aroma ligeramente perfumado que exhalaba el corpiño de su madre.

F I N